
HARLEQUIN
Bianca
EL LEGADO
ORGULLO Y DESPRECIO
JENNIFER HAYWARD



ORGULLO Y DESPRECIO

JENNIFER HAYWARD



«Cásate conmigo, véndeme el anillo y esta noche te sacaré de aquí en mi avión privado».

Nate Brunswick, magnate del sector hotelero, perdió la fe en el matrimonio por culpa de su padre. Sin embargo, fue a buscar el anillo que su querido abuelo le había pedido que recuperara y él, el Di Sione ilegítimo que odiaba las bodas, ¡se encontró comprometido!

Mina Mastrantino, la atractiva poseedora del anillo, solo podía venderlo una vez casada. Casarse sería rápido y anular el matrimonio más rápido todavía… pero el futuro les ofreció mucho más de lo que habían previsto.



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Orgullo y desprecio, n.º 131 - agosto 2017
Título original: A Deal for the Di Sione Ring
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-018-0
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

LA riqueza y opulencia de la legendaria Costa Dorada de Long Island era como un viaje en el tiempo a las fortunas ancestrales, a los escándalos y al glamur inmortalizados en la novela estadounidense. Las grandes dinastías surgidas de la revolución industrial habían construido mansiones y castillos a lo largo de esa hermosa y abrupta franja de la costa norte con jardines que podían rivalizar en esplendor con los europeos, habían competido entre sí para ser la joya más resplandeciente de la Costa Dorada. Sin embargo, como pasaba con muchos símbolos de aquellos tiempos ostentosos, poco quedaba de aquel esplendor, solo algunas de esas mansiones inmensas quedaban en pie. Hasta la villa del legendario magnate naviero Giovanni di Sione, construida a finales del siglo XIX como una residencia de verano para recibir a clientes e inversores, se había renovado de arriba abajo hasta convertirse en un símbolo de la arquitectura moderna.

La ostentosa exhibición de riqueza, el casi palpable olor a dinero de toda la vida, tenía algo de irónico para Nate Brunswick mientras conducía su Jaguar por el camino sinuoso que llevaba a los terrenos de la residencia Di Sione. Podría comprar varias veces la Costa Dorada con la fortuna que había amasado y sumarla al imperio de propiedades inmobiliarias que tenía por el mundo, pero, aun así, no se sentía en integrado. Era una lección que había aprendido por las malas. Las viejas heridas no se curaban ni con todo el dinero del mundo. Los nuevos ricos solo serían eso en Nueva York, unos intrusos que nunca se integrarían. La sangre nueva podría mezclarse con la sangre azul, pero nunca tendría la misma categoría en la mentalidad colectiva de la élite. Era una verdad que él añadiría a los Diez Mandamientos. «No aspirarás a entrar en nuestro reino. Nunca ha sido el tuyo ni nunca lo será».

Detuvo el Jaguar delante de la villa de su abuelo con un chirrido desafiante del los neumáticos. La imponente fachada de la villa resplandecía al sol del atardecer y la luz resaltaba los elegantes arcos y el tejado de distintos niveles. Sintió una opresión en el pecho. Ese sitio siempre le inspiraba toda una serie de sentimientos complejos que se habían ido formando a lo largo de décadas, pero ese día era como si quien organizaba desde las alturas esa partida

de ajedrez que era la vida le hubiese arrancado el corazón. Su abuelo estaba muriéndose de leucemia y él había viajado mucho últimamente, había estado supervisando el imperio que tenía diseminado por el mundo y había tenido poco tiempo para su mentor, la única figura paternal que había conocido. Se había quedado de piedra cuando Natalia, su hermana por parte de padre, le había contado en su exposición que su abuelo volvía a tener leucemia y que un trasplante de su médula no lo salvaría como la otra vez. Al parecer, ni el todopoderoso Giovanni podía engañar dos veces a la muerte.

El torbellino de sentimientos que lo había dominado durante el viaje desde Manhattan se adueñó de él y amenazó con borrar la compostura que había logrado convertir en su segunda piel. Parpadeó y lo sofocó. No permitiría esa manifestación de debilidad en ese momento, y mucho menos en ese lugar.

Bajó las largas piernas del coche e hizo una mueca de disgusto cuando los músculos protestaron por ese trayecto tan largo en esa máquina tan baja. No había llegado casi al último escalón de las escaleras que llevaban a la elegante entrada de la villa cuando Alma, el ama de llaves de los Di Sione desde hacía mucho tiempo, abrió la puerta.

–Señor Nate –le saludó Alma–. El señor Giovanni está disfrutando de los últimos rayos de sol en la terraza de atrás. Ha estado esperando con nerviosismo su llegada.

El remordimiento le atenazó las entrañas. Debería haber buscado más tiempo para su abuelo, pero él, como todo el mundo, había caído en la trampa de creer que Giovanni era invencible.

Cruzó un par de cumplidos con Alma y se dirigió hacia la parte de atrás de la villa entre el eco de sus pasos sobre el resplandeciente suelo de mármol. La primera vez que visitó esa casa tenía dieciocho años y Alex, su hermano por parte de padre, lo había buscado porque era el único compatible para hacer el trasplante de médula que le salvaría la vida a su abuelo, un hombre al que Nate no había conocido. La imagen de sus seis medio hermanos en la escalera de piedra con barandilla de hierro no se le borraba de la cabeza. Habían estado sentados, uno detrás de otro como pájaros en un cable telefónico, y lo habían mirado inquisitivamente mientras Alex lo llevaba al salón para que conociera al convaleciente Giovanni.

Su abuelo se había hecho cargo de ellos después de que Benito, el padre de Nate, y Anna, su esposa, murieran en un accidente de coche provocado por las drogas y el alcohol. Fue una tragedia, con toda certeza, pero él solo podía recordar el aislamiento y la

amargura que sintió a los dieciocho años cuando vio la vida que habían vivido sus medio hermanos mientras su madre y él habían sufrido para sobrevivir. La familia nunca había estado al tanto de la existencia del hijo ilegítimo del Benito di Sione.

Se dijo que era una historia muy vieja y salió a la terraza con unas vistas incomparables del estuario de Long Island. Había aniquilado esa copia de sí mismo y la había sustituido por una historia triunfal que nadie podía pasar por alto, ni siquiera esos aristócratas a los que les encantaba desairarlo. Su abuelo estaba sentado en una butaca de madera con respaldo alto y le bañaba la tenue luz del atardecer. Se dio la vuelta por ese sexto sentido que tenía y esbozó una sonrisa.

–Nathaniel, estaba empezando a pensar que Manhattan te había tragado.

Nate rodeó la butaca y se quedó delante del hombre que había llegado a significar tanto para él. Se le formó un nudo en la garganta al ver lo frágil y pequeño que parecía su abuelo, que tan vital había sido. Incluso, parecía más consumido que la última vez que se vieron y sabía por qué. Giovanni se levantó y le dio un abrazo. El tratamiento contra el cáncer le había quitado el brillo de la piel olivácea y la había dejado de un color verdusco. Sus hombros eran piel y hueso y el nudo le atenazó la garganta más todavía por la emoción. A pesar de los sentimientos complejos y contradictorios que tenía hacia la familia Di Sione, Giovanni había sido el hombre íntegro, hecho a sí mismo y triunfador que le había servido de ejemplo en vez de los defectos de su padre. En aquellos años cruciales, cuando su vida podría haberse inclinado en cualquier sentido por la rabia que lo corroía, su abuelo había marcado la diferencia, él le había demostrado el hombre que podía ser. Se apartó y miró el rostro devastado de su abuelo.

–¿No se puede hacer nada? ¿Los médicos están seguros de que otro trasplante no servirá de nada?

Giovanni asintió con la cabeza y lo agarró del hombro.

–Ya sabes que me hicieron el otro trasplante por mi nombre y salud. Ha llegado mi hora, Nathaniel. He vivido más de lo que muchos podrían llegar a soñar. Me conformo.

Su abuelo se sentó y le hizo una señal para que hiciera lo mismo. Nate se sentó enfrente de él y rechazó la oferta para beber algo que le hizo una doncella que apareció de repente.

–Tengo que repasar unos planos cuando vuelva a Manhattan.

Giovanni le dijo a la doncella que llevara una cerveza para Nate.

–Trabajas demasiado. La vida es para vivirla, Nathaniel. ¿Quién

va a quedarse tu empresa cuando hayas ganados tantos millones que no puedas gastártelos?

Para él, el trabajo, el éxito, era natural, estaba espoleado por un instinto de supervivencia que no cesaría mientras hubiera una operación pendiente, mientras pudiera levantar otro edificio.

–Ya sabes que no soy de los que sientan la cabeza.

–No me refería a que no haya una mujer permanente en tu vida –replicó su abuelo en tono sarcástico–, aunque eso también te vendría bien. Me refiero a que eres un adicto al trabajo, a que nunca te bajas de tu avión el tiempo suficiente como para saber qué estación del año es. Estás tan dedicado a ganar dinero que estás perdiéndote el verdadero significado de la vida.

–¿Cuál es? –preguntó Nate arqueando una ceja.

–La familia, las raíces –su abuelo frunció el ceño–. Tu nomadismo, tu incapacidad para quedarte quieto, te resultará insatisfactorio a la larga. Espero que te des cuenta antes de que sea tarde.

–Solo tengo treinta y cinco años –le recordó Nate–. Además, tú eres igual de adicto al trabajo. Es nuestra característica dominante. No la elegimos, ella nos elige a nosotros.

–Creo que estoy tomando cierta perspectiva por mi situación –los ojos de su abuelo se ensombrecieron–. Cuando se lleva el extremo, Nathaniel, se convierte en nuestro vicio. Fallé a tu padre, y a ti por extensión, por dedicar cada segundo de mi vida a levantar la naviera Di Sione.

–Se falló a sí mismo –Nate frunció el ceño–. Debería haber reconocido sus vicios, pero no pudo.

–Hay cierta verdad en eso –Giovanni le clavó la mirada–. Sé que tienes tus propios demonios y yo también los tengo, unos demonios que me han perseguido todos los días de mi vida. Tú tienes toda la vida por delante. Tienes hermanos y hermanas que te quieren, que quieren estar más unidos a ti aunque los rechazas, no quieres saber nada de ellos.

–Vine a la exposición de Natalia –replicó Nate apretando los dientes.

–Porque tienes debilidad por ella –su abuelo sacudió la cabeza–. La familia debería ser lo que te mantenga en pie cuando arrecien los temporales de la vida.

El brillo de recelo en la mirada de su abuelo y el tono agridulce de su voz hicieron que Nate se preguntara, una vez más, por los secretos que Giovanni no les había contado a sus nietos. Por qué había dejado Italia para marcharse a Estados Unidos solo con lo

puesto y nunca había vuelto a tener contacto con su familia.

–Ya hemos hablado de esto –Nate no había querido decirlo con tanta aspereza–. He hecho las paces con mis hermanos y eso tiene que bastar.

–¿Basta? –preguntó Giovanni con una ceja arqueada.

Nate resopló y se quedó en un silencio que indicaba que esa conversación concreta estaba zanjada. Giovanni se dejó caer sobre el respaldo y miró el sol que se ocultaba por el horizonte.

–Necesito que me hagas un favor. Existe un anillo que significa mucho para mí y me gustaría que lo buscaras. Se lo vendí a un coleccionista hace años, cuando llegué a Estados Unidos. No tengo ni idea de dónde está ni quién lo tiene. Solo tengo una descripción que puedo darte.

A Nate no le sorprendió la petición. Natalia le había contado durante la inauguración de la exposición que Giovanni había mandado por el mundo a todos sus nietos, menos a Alex, para que le encontraran tesoros parecidos. La baratijas que su abuelo llamaba sus amantes perdidas en las historias que les contaba cuando eran pequeños eran, en realidad, distintas joyas muy valiosas, una caja de Fabergé y el libro de poesía que Natalia había encontrado en Grecia, además de su marido Angelos. Lo que sus nietos no conseguían adivinar era el significado de esas piezas para su abuelo.

–Dalo por hecho –Nate asintió con la cabeza–. ¿Qué significan esas piezas para ti?, si no te importa que te lo pregunte.

–Espero poder contároslo algún día –contestó su abuelo con una mirada melancólica–, pero antes tengo que volver a verlas. El anillo es muy especial para mí y tengo que recuperarlo.

–Y la última tarea se la encomendarás a Alex –aventuró Nate.

–Sí.

La relación, o falta de relación, que tenía con su medio hermano mayor, quien dirigía la naviera Di Sione, era inestable y compleja. Giovanni había hecho que Alex se ganara el ascenso hasta consejero delegado. Había empezado desde abajo, había cargado mercancías en los muelles, mientras que a Nate le había dado un trabajo en un despacho en cuanto terminó la educación universitaria que él le había facilitado. Nate se imaginaba que fue para compensar lo poco que había tenido antes. Sin embargo, Nate sospechaba que, más que ese trato preferente en la naviera, el trasfondo de todo era que Alex lo culpaba de la muerte de sus padres. Su padre había estrellado el coche contra un árbol, y se había matado con su esposa, la noche en que la madre de Nate, la amante de su padre, se había presentado en casa de Benito di Sione acompañada de Nate, que tenía diez

años, y había pedido ayuda económica. Los adultos habían tenido una violenta discusión antes del accidente y quizá hubiese sido el motivo de que su padre hubiese sido tan imprudente al volante.

–Nathaniel…

Nate sacudió la cabeza para aclarársela de cosas que no podían cambiarse.

–Empezaré a buscarlo ahora mismo. ¿Puedo hacer algo más?

–Conoce a tus hermanos y hermanas –contestó su abuelo–. Entonces, podré morirme contento.

Nate se acordó de la cara de Alex en la ventana la noche que su madre y él se quedaron en el porche de la casa de su padre para suplicarle ayuda. El desconcierto que se reflejaba en la cara de su hermano… Solo Alex había sabido que él existía y no había revelado el secreto hasta que Giovanni había caído enfermo. Los dos hermanos nunca habían hablado de eso aunque la revelación le habría cambiado la vida irrevocablemente, aunque, algunas veces, se preguntaba por qué no lo había revelado y eso lo abrasaba por dentro. Además, ¿qué sentido tenía? Se preguntó sacudiendo la cabeza y volviendo al presente. Nada podría alterar las circunstancias de aquella noche y lo que les había deparado el destino…. Era preferible dejar algunas cosas como estaban.

Nate dio prioridad absoluta a encontrar el anillo de Giovanni. Dio la descripción al detective privado que empleaba para investigar las operaciones de millones de dólares que cerraba todos los días y recibió la respuesta a las cuarenta y ocho horas. Una familia siciliana lo había comprado hacía décadas en una subasta y, al parecer, no estaba en venta. Algo que no tenía sentido para Nate. Todo y todo el mundo estaba en venta si se pagaba lo bastante. Solo tenía que encontrar la cifra que convertiría en irresistible su oferta.

Cuando terminó la jornada en Nueva York, cenó con su madre, quien se quejó, como siempre, de que no estuviera nunca en casa. Él no mencionó que iba a hacerle un recado a Giovanni porque los Di Sione eran un asunto doloroso para ella. El miércoles voló a Palermo y, como nunca perdía una oportunidad, se alojó en el hotel Giarruso, un hotel de seis estrellas que había pensado comprar, y concertó una reunión con la sociedad dueña del hotel.

Subió a su suite de dos niveles y decidió que lo primero que haría sería volver a ser humano. Se metió en una ducha muy caliente en el cuarto del baño de mármol que había en el piso más alto y cerró los ojos. Por muy lujoso que fuese el avión y por muy plácido que fuese el viaje, nunca dormía en los aviones. Josephine,

su secretaria, decía que era el maniático del control que llevaba dentro, pero la verdad era que siempre había dormido con un ojo abierto, una costumbre que había adquirido al haber vivido en unos pisos diminutos que su madre y él habían alquilado en el Bronx y donde podía pasar cualquier cosa, y pasaba.

Haber instalado a su madre en un piso de lujo con seguridad las veinticuatro horas del día y haberse ocupado de que no tuviera que volver a trabajar debería haberle dado cierta tranquilidad, pero seguía siendo cauteloso. Había sido el chico de los recados del matón del barrio, hasta que su madre lo encauzó, y sabía que el peligro acechaba por todos lados, sobre todo, para alguien con su dinero y reputación. Un hombre listo mantenía los ojos bien abiertos.

Cuando se sintió humano otra vez, salió de la ducha y tomó una toalla para secarse. Como quería contestar algunos correos electrónicos antes de echar una cabezada y acudir a la reunión, bajó a la sala. Estaba dándole vueltas a las cifras que le habían dado sus abogados sobre el posible valor del hotel y no se fijó en la doncella que estaba inclinada sobre la mesa de madera de cerezo hasta que estuvo dentro de la habitación. Lo primero que pensó fue que tenía el trasero más bonito que había visto jamás. Unos glúteos firmes y redondeados tensaban la tela del uniforme gris y unas piernas impresionantes completaban la imagen. Su imaginación terminó sin problemas la tentadora perspectiva; su rostro y el resto de sus atributos serían igual de apetitosos. Sin embargo, ¿podía saberse qué estaba haciendo en su suite?

–¿Le importaría decirme qué está haciendo aquí cuando di instrucciones concretas para que no me molestaran?

Ella se incorporó y se dio la vuelta lenta y cautelosamente. La miró de arriba abajo. La cintura, cubierta por un vestido muy estiloso para una doncella, era muy fina y se estrechaba justo por encima de las apetitosas caderas. El amplio busto parecía no caberle en el recatado corpiño de manga corta y los botones parecían a punto de saltar. El pelo castaño oscuro estaba recogido en una coleta y tenía unos pómulos prominentes bajo los ojos marrones como el café más impresionantes que había visto en su vida. Su imaginación se había equivocado. No solo era tentadoramente atractiva, era una de las mujeres más hermosas que había tenido delante.

Su cuerpo reaccionó como tenía que reaccionar ante semejante perfección. Se imaginó que la mayoría de los hombres caería de rodillas ante una mirada sensual de esos ojos.

Sin embargo, en ese momento, esos ojos lo miraban con cautela y se dirigieron hacia la toalla que tenía alrededor de las caderas. Se abrieron como platos color café. La toalla se le había bajado y le colgaba de los huesos de las caderas. Estaba dándole una visión completa. Un caballero lo subsanaría, pero él nunca había sido un caballero ni lo sería. Estaba pensando comprar ese hotel de seis estrellas y le había dicho a su mayordomo particular que no quería que lo molestaran. No pensaba pasarlo por alto.

–¿Y bien? –preguntó él arqueando una ceja.

Dio mio, era hermoso. Mina levantó la mirada al rostro del americano y se mordió el labio inferior. Tenía las proporciones de los modelos de los cuadros que les habían enseñado las profesoras en las clases de anatomía que les habían dado para prepararlas a interactuar, como lo habían llamado ellas, con el sexo contrario. Como si sus compañeras de clase no hubiesen sabido lo que era Internet. Como si algunas de ellas no hubiesen tenido ya sus clases particulares de anatomía…

La miró con sus ojos negros y pensativos y sintió un escalofrío en la espalda. Si hubiese mirado el significado de la palabra «intenso» en el diccionario, seguramente estaría ilustrado con una foto de él. Aunque su mirada daba a entender que también tenía poca paciencia.

–El mayordomo me dijo que usted estaba en una reunión –ella levantó la barbilla e intentó transmitir la seguridad en sí misma que le habían enseñado a transmitir–. Llamé antes de entrar, *signor* Brunswick.

–La reunión es esta tarde –él entrecerró los ojos como si quisiera clavarla en el sitio–. ¿Acaso un hotel de seis estrellas no debería ir seis pasos por delante de mi agenda para prever todos mis deseos?

El cerebro de Mina fue directamente al dormitorio, que estaba en el piso superior, e intentó imaginarse lo que ese hombre tan arrogante le exigiría a una mujer en la cama. No tenía ni la más mínima experiencia y le costaba imaginárselo, pero estaba segura de que esa rendición incondicional merecería la pena. Las mejillas le abrasaron y agarró con fuerza la tableta de chocolate que tenía en la mano. Él entrecerró más los ojos, como si le hubiese leído todos y cada uno de sus pensamientos. Notó un nudo en el estómago. ¿Podía saberse qué estaba pensando? Estaba prometida y, además, no tenía esos pensamientos obscenos. Se aclaró la garganta y levantó la tableta de chocolate.

–Mi trabajo es adelantarme a todos sus deseos. Estaba dejando

nuestro delicioso chocolate siciliano con avellanas.

El americano impresionante se acercó y tomó la tableta de chocolate de su mano. Un olor cítrico y especiado le llenó la cabeza. Era más devastador todavía cuando estaba cerca, tenía el tupido pelo oscuro mojado por la ducha y una barba incipiente, pero meticulosamente recortada, le cubría el mentón.

–Tenemos la costumbre de saberlo todo sobre nuestros clientes, según las visitas previas –siguió ella con nerviosismo–. He traído de avellana y de nueces de Brasil.

Él se cruzó los fibrosos brazos.

–Primer error… Lina –él miró la etiqueta con su nombre, aunque llevaba el nombre que le había dado el director, no su nombre verdadero–. Prefiero el chocolate con leche.

–Ah… –eso la dejó anonadada porque en el hotel Giarruso no se equivocaban jamás–. Bueno… Hemos debido de cometer un error. No sucede casi nunca, pero lo subsanaré.

–¿Qué más? –preguntó él.

–*Scusi*…

–¿Qué más sabe de mí?

¿Aparte de que le gustaban las rubias altas y de que ella no debería ni parpadear si se encontraba una en esa habitación a pesar de las estrictas normas de seguridad? Las mejillas le abrasaron más todavía y él entrecerró los ojos más todavía. Repasó frenéticamente la información que le habían dado.

–Sabemos que suele olvidarse el cargador de su ordenador portátil y le hemos proporcionado uno universal.

Él fue hasta la mesita baja que había delante del sofá y la toalla se le cayó un poco más, permitiendo que ella le viera la cadera. ¡Tenía que salir de allí como fuera!

–¿Y qué más? –comentó él tomando un cable con un cargador.

Ella se clavó las uñas en las palmas de las manos cuando empezó a perder la serenidad. Ese hombre no era normal. Señaló el mueble bar con la cabeza.

–Le hemos proporcionado su whisky de malta favorito.

–Predecible.

La sangre empezó a bullirle. Entre sus cometidos no estaba que la examinara un hombre arrogante cubierto solo por una toalla que podía caérsele en cualquier momento, no le pagaban por eso ni mucho menos. Se puso muy recta.

–Entiendo que nada de todo esto es revolucionario, *signor* Brunswick, pero es lo que se espera de nosotros. Aunque estoy de acuerdo en que podríamos hacerlo mejor.

Esos preciosos ojos oscuros dejaron escapar un destello de curiosidad.

–¿Cómo…? –preguntó él en voz baja–. Soy todo oídos.

Ella retrocedió un paso y él la miró con un brillo burlón en los ojos.

–No me limitaría a catalogar las preferencias de los clientes y me anticiparía a ellas. Por ejemplo, se sabe que le gusta salir a correr por las mañanas. Si yo me ocupara de esas cosas, le dejaría en la mesita una lista con rutas por los barrios más bonitos de Palermo. Incluso, una para que visitara nuestros monumentos más famosos.

–¿Qué más? –preguntó él mientras se le borraba la sonrisa escéptica.

–Usted es aficionado a un pinot noir concreto de la zona del Etna. Dejaría alguna botella en su cuarto, como hemos hecho, pero añadiría un vino menos conocido de los mejores viñedos de esa región, un vino que no se puede comprar en Estados Unidos.

–Otro ejemplo –le pidió él con una mirada de aprobación.

Ella se mordió el labio inferior mientras recuperaba la seguridad en sí misma.

–Se sabe que es aficionado a la ópera si está de viaje con una… acompañante. Sacaría entradas para la ópera y buscaría un vestido para la mujer, de colores que favorezcan a una rubia, ya que, al parecer, son su preferencia.

Él sonrió, se le formó un hoyuelo en la mejilla y pasó de ser arrogante a completamente impresionante.

–Estabas desgranando unas ideas muy interesantes, Lina, hasta que has llegado a mi preferencia por las rubias…

Le miró la coleta y bajó la mirada por la cara y los botones algo tensos del vestido, y que había maldecido desde el primer día de trabajo. El brillo de deleite de sus ojos hizo que se le acelerara el pulso.

–Da la casualidad de que mis últimas… acompañantes han sido rubias, pero la verdad es que me gustan más las morenas de aspecto… exótico.

Ella se quedó sin respiración y la cabeza le dio vueltas por la falta de oxígeno. Su descripción era indecorosa y llevaba un mensaje. Sabía que debería mirar hacia otro lado, pero nunca había sentido un calor así por dentro. Era como si la piel estuviese en llamas, como si él supiese perfectamente lo que había debajo del vestido y quisiera ponerle las manos encima. Retrocedió otro paso y tomó una bocanada de aire para recuperar el buen juicio.

–Si quiere –ella lo miró a los ojos–, podrían traerle una botella

de pinot noir a la habitación…

–¿La traerías tú? –le preguntó él bajando pestañas largas y tupidas.

Ella contuvo la respiración y retrocedió otro paso más.

–Me temo que no va a ser posible. Termino el turno dentro de una hora y esta noche tengo una cita.

–Claro –concedió él arqueando una ceja.

La toalla se le cayó un par de centímetros más. Ella dejó escapar un sonido desde lo más profundo de la garganta, sacó otras dos tabletas de chocolate que llevaba en el delantal, las dejó en la mesa y se marchó.

–*Buonanotte*… –se despidió ella entre las risas de él.

–Que te diviertas en tu cita, Lina. No hagas nada que no haría yo.

Ella pensó que, como estaban hablando del *signor* Brunswick y su indecente toalla, eso le daba un margen muy amplio.

Nate miró a la doncella que se marchaba. No recordaba la última vez que se había divertido tanto. Efectivamente, había sido un poco despiadado hacer que la voluptuosa Lina pasara por eso, pero iba a reunirse con los dueños de ese hotel y un hotel era tan bueno como su servicio. Quería saber cómo eran las personas que contrataba el Giarruso, y Lina tenía posibilidades. Evidentemente, tenía un cerebro que iba a la par que su belleza. Además, no solo tenía cerebro, también entendía muy bien a su clientela y lo que podría mejorar su estancia allí. Lo cual, había compensado la intromisión en su privacidad y el error del mayordomo.

Su doncella le había dado algunas ideas. La sociedad estaba dirigiéndose hacia la personalización y eso se veía en los productos que salían al mercado. Ofrecer a los clientes cosas que no habían pedido pero que podían agradecer complementaba algunas ideas en las que él ya había estado trabajando. No serviría para todos los clientes, a algunos les parecería una intromisión, pero para otros sería un valor añadido que crearía en ellos afinidad por la marca. Le habían encantado los ejemplos de Lina. Eran ideas creativas y factibles que impresionarían.

Justo antes de la reunión, el mayordomo apareció con una botella de vino tinto Guardiola-Etna de la bodega Marc de Grazia. Estaba elaborado con las uvas plantadas a más altura de toda Europa y parecía interesante. Guardó la botella en la nevera con una sonrisa. Mentiría si dijera que no le gustaría que la voluptuosa doncella estuviese allí para beberla con él, que no le habría gustado

catarlo sobre su fantástico cuerpo. Sabía que la atracción que había sentido hacia ella había sido recíproca, lo había visto en el brillo de sus ojos oscuros, pero, desgraciadamente, estaba ocupada, al menos, esa noche.

Además, era posible que eso fuese lo mejor. Estaba allí para recuperar el anillo de Giovanni, para cumplir lo antes posible con el cometido que le había encomendado su abuelo y que pudiera disfrutar de los recuerdos sentimentales asociados a esa baratija mientras se lo permitiera la vida, y, quizá, para adquirir un hotel de lujo en Palermo mientras estaba alojado en él. Seducir a una morena de aspecto inocente no entraba en sus planes por mucho que a su corazón de conquistador no le importara demostrarle a Lina lo deficiente que le parecería su… acompañante si lo comparaba con una noche con él. Una pena…

Capítulo 2

QUÉ te pasa, *bella mia*? –Silvio Marchetti, el prometido de Mina, arqueó una ceja–. Llevas pensando en otra cosa desde que nos hemos sentado, y como sé que no puede ser porque mi compañía no sea apasionante tienes que estar preocupada por algo.

Mina, también conocida como Lina cuando atendía a hombres solo cubiertos por una toalla en la suite de un hotel de lujo, parpadeó. Había creído que había conseguido disimular que estaba pensando en otra cosa, pero, al parecer, su expresivo rostro, que había sido su perdición en las clases de protocolo pensadas para atraer a un hombre como Silvio, seguía delatándola.

–Lo siento –Mina agitó una mano en el aire–. He tenido un día muy ajetreado.

–¿Estás agotada de supervisar a tu equipo de organizadores de bodas? Menos mal que tengo muchos empleados, *cara*. Tendrás muchas responsabilidades en Villa Marchetti cuando seas mi esposa. Tienes que aprender a hacer varias cosas a la vez.

¡Era una especialista en hacer varias cosas a la vez! Ese día había limpiado todo un piso de suites y había sobrevivido al interrogatorio del indecente *signor* Brunswick. Aunque esto último solo era la mitad del problema para que esa noche pensara en otra cosa. No podía quitarse de la cabeza la abrasadora conexión entre ese hermoso americano y ella. Sin embargo, Silvio no sabía nada de sus actividades… extralaborales. Su pluriempleo como doncella en el Giarruso para saldar la deuda que había contraído su madre desde la muerte de su padre era un secreto para todo el mundo. A nadie le interesaba saber que la hija de Simona Mastrantino, que estaba prometida con uno de los hombres más ricos de Italia, limpiaba cuartos de baños y cobraba por horas.

Esbozó una sonrisa falsa. Que a su madre le diera un ataque al corazón si se enteraba de lo que estaba haciendo su hija para mantener las cosas a flote era secundario si se comparaba con su problema más importante; la inminente boda con Silvio, algo que no podía llevar a cabo.

–Es posible que sean los nervios previos a la boda –murmuró ella–. Esta boda es monumental, acudirá muchísima gente.

Silvio le tomó una mano y se la agarró con fuerza.

–Lo único que tienes que hacer es estar guapa. Del resto se ocuparán otros.

Y luego, consumarían su relación. La aterradora idea le atenazó las entrañas. No se había acostado con un hombre. No había tenido la oportunidad porque se madre la había arrastrado de un acto social a otro para buscarle marido, y había presentado su inocencia como un mérito más de un bien muy preciado. «Se mira, pero no se toca», había sido el mensaje implícito de su madre. Además, como no le había gustado ninguno de los candidatos a marido rico de su madre, su madre había elegido por ella.

Miró detenidamente a su prometido mientras le servía más del aterradoramente caro chianti que había pedido para intentar que ella se relajara. Era indudablemente guapo, con rasgos marcados y una nariz muy recta, pero sus ojos, que ella consideraba el espejo del alma, eran inflexibles y estaban dominados por unas cejas tupidas y oscuras que siempre parecían fruncidas. Ella nunca había sentido ni la más mínima… química cuando él la había tocado, la había besado, que era lo más lejos que había podido llegar porque su madre no le quitaba el ojo de encima.

Sin embargo, tenía que reconocer, con un estremecimiento, que esa tarde había bastado que el americano la mirara para que sintiera una descarga eléctrica desde los pies a la cabeza, para que se preguntara qué sentiría si él la llevaba a la cama. Saberlo sería tan fantástico, tan indecente, como todo él.

–Mina…

–Umm…

–Te he preguntado si quieres postre o un Frangelico con café –él la miró con los ojos entrecerrados–. Como sigas a sí, *cara*, empezaré a pensar que mi compañía te aburre.

El pulso se le aceleró por la desesperación que se había adueñado de ella durante todo el día, la desesperación porque solo faltaban cuarenta y ocho horas para la boda.

–Lo que me preocupa es que no nos conocemos casi, Silvio. Es posible que todo esto haya sido un poco precipitado.

–Ahora empiezo a pensar que tienes miedo, Mina –el brillo implacable de sus ojos se hizo más intenso–. ¿Qué más quieres saber? Te proporcionaré una vida lujosa como a la que estás acostumbrada. Tú me complacerás en la cama y serás una buena madre para mis hijos. Es muy sencillo.

Ella se sonrojó y se llevó una mano a la mejilla. Ya había dado el primer paso y podría seguir por ese camino.

–¿Cuándo es mi cumpleaños? –le preguntó ella sin alterarse.

Él apretó los labios con un gesto espeluznante.

–Lo sabré cuando nos hayamos casado.

–¿Me gusta el día o la noche? ¿Sé nadar o me ahogaré si me tiras por la borda de tu yate?

–Estoy planteándomelo –gruñó él–. Ya está bien, Mina.

Ella se mordió el labio inferior.

–Me has preguntado qué me pasaba y estoy diciéndotelo.

Bueno, no del todo. Si le contaba toda la verdad, que su madre estaba casándola para que heredara el valioso anillo que le había dejado su padre a condición de que se casara, quizá él no se quedara tan impresionado. Claro que eso no cambiaba nada. Estaban vendiéndola como una posesión para que tuviera los hijos de Silvio Marchetti cuando ella siempre había querido ir a una escuela de gestión de empresas y seguir los pasos de su padre.

Silvio tiró la servilleta en la mesa.

–Creo que deberíamos marcharnos de aquí.

El corazón se le estrelló contra el pecho cuando su prometido levantó una mano para llamar al camarero.

–A lo mejor deberíamos tomarnos un licor –propuso ella.

Quería que la conversación se enfriara un poco antes de que dejaran de estar en público. Él no le hizo caso. Una vez pagada la cuenta, la agarró del codo, la levantó y la sacó del restaurante tan deprisa que la cabeza le dio vueltas. Había bebido más vino del que solía beber, por los nervios, y en ese momento le parecía que había sido una idea especialmente mala. Había dicho cosas que pensaba, pero que no debería haber dicho jamás. Su madre iba a matarla y parecía como si Silvio quisiera matarla. Iba a pagar las consecuencias.

Se sentó lo más alejada que pudo de Silvio en el coche que los llevaría a casa, con el conductor habitual al volante. Su prometido se sentó con un gesto impasible y no dijo ni una palabra mientras recorrían las calles de Palermo camino del aristocrático barrio de Montepellegrino, donde vivían su madre y ella. Si era posible que un hombre estuviese completamente furioso sin que diera ninguna muestra externa, su prometido lo dominaba.

Cuando el coche se detuvo delante de la casa de su madre, ella dejó escapar un suspiro de alivio. Silvio se bajó del coche, lo rodeó y le abrió la puerta. Ella tomó su mano, sacó las piernas del coche y se levantó.

–Silvio…

–Espera aquí –le ordenó Silvio al conductor en voz baja.

–No hace falta –murmuró ella presa del pánico porque su madre

estaba en la ópera–. Creo que solo estoy cansada. Estoy segura de que si…

Silvio la agarró con fuerza de la mano y la llevó hacia la villa. Ella rebuscó en el bolso para encontrar las llaves y las sacó con los dedos temblorosos. Silvio frunció el ceño cuando metió la llave en la cerradura.

–¿Dónde están los empleados?

–Es la noche libre de Manuel.

Llevaba… libre más de un año, pero no estaba dispuesta a decirle a Silvio que no tenían empleados porque tampoco tenían dinero.

Silvio la soltó y entró en el salón.

–Sírveme una bebida.

Ella quiso negarse, quería con toda su alma que él se marchara porque no le gustaban sus vibraciones, pero, si se negaba, solo echaría más leña al fuego. Fue hasta el mueble bar, sacó una copa y le sirvió un coñac con las manos temblorosas. Silvio la miró con los ojos entrecerrados mientras se daba la vuelta y le llevaba la copa. Dio un respingo cuando se rozaron los dedos y la miró con los ojos como ascuas.

–Dentro de dos días vamos a casarnos delante de cientos de personas, Mina, ¿a qué se debe este ataque de nervios?

No lo amaba, ni siquiera lo apreciaba. Si era sincera, él le daba miedo. ¡Maldita fuera! Ojalá no tuviera que casarse con él para vender el anillo que le había dejado su padre. Sin embargo, la condición del testamento de su padre había sido inflexible. Tenía que casarse para recibir el anillo.

–Ya te lo he dicho –Mina miró a su prometido a los ojos–. Me parece precipitado y… y me gustaría conocerte mejor. Me sentiría más tranquila.

–No te empeñaste en conocerme cuando tu madre te vendió al mejor postor –él dio un sorbo de coñac–. Estuviste encantada de llevarte al soltero más codiciado de Palermo. No me digas ahora cosas raras, Mina. Ya llegaremos a conocernos.

Ella bajó la mirada. Tenía razón. Había sido una operación mercantil, como si su madre hubiese pagado una dote por ella, aunque, como no tenía nada, la había entregado a cambio de su belleza y su capacidad para tener hijos, algo que ni siquiera sabía si tenía. Levantó la cabeza al oír que la copa de su prometido golpeaba contra la mesa.

–A lo mejor estás nerviosa por… nosotros. Te has hecho la reina de hielo durante tanto tiempo que no hemos tenido la ocasión de

conocernos como es debido –sus ojos dejaron escapar un destello cuando la agarró de la cintura y la atrajo hacia sí–. Como ya estamos casi casados, propongo que lo hagamos ahora.

A ella se le paró el pulso.

–Mi madre…

–Está en la ópera –él bajó la cabeza hasta que las bocas se rozaron–. Lo dijiste antes.

Entonces, la besó. Fue un beso implacable, que buscaba el castigo, no el placer. La agarró con fuerza de la muñeca y el corazón se le desbocó. Era alto y grande y no podría soltarse si él no se lo permitía. No se lo permitió. Su boca siguió castigándola y bajó la mano que tenía en la cintura hasta tomarle el trasero por encima del vestido de seda. La estrechó contra sí con un abrazo íntimo que ella no había conocido antes, apretándola con firmeza contra la erección.

–Silvio… –murmuró ella apartando la cara–. Así no.

A él se le desencajó la cara por la rabia.

–Será exactamente como yo quiera. Como me dé la gana.

–Silvio…

Le dio una bofetada tan fuerte que le giró la cabeza y le pitaron los oídos.

–Recházame otra vez y comprobarás hasta dónde puede llegar mi rabia. No pienso oír ni una palabra más de tus ridículos nervios, Mina. Tampoco voy a consentir que se lo comentes a nadie. Serás mi esposa dentro de dos días, toda la ciudad habla de nuestra boda. Tranquilízate y comportarte como una persona mayor.

Ella miró hacia la puerta cuando oyó unas llaves. Su madre entró y miró a Mina y a Silvio, hasta que abrió los ojos como platos al ver la marca en la mejilla de su hija.

–Me ha parecido que era tu coche, Silvio.

Silvio la soltó y retrocedió. Inclinó levemente la cabeza a la madre de Mina y fue hasta la puerta.

–Mi conductor te recogerá mañana a las seis y media para el ensayo de la cena.

Cerró dando un portazo. Su madre se quitó el pañuelo del cuello y se acercó lenta y cautelosamente a ella.

–¿Qué ha pasado?

Que había descubierto que su prometido era un hombre violento. Mina se dejó caer en el sofá con la cara entre las manos.

–No puedo casarme con él.

–Déjame que te vea la cara –le pidió su madre mientras se sentaba al lado de ella.

Ella levantó la cabeza porque estaba segura de que, cuando su madre viera la marca, coincidiría con ella en que no podía casarse con Silvio. Su madre suspiró, se levantó, fue a por hielo al mueble bar, lo envolvió en una toalla y volvió a sentarse al lado de ella mientras se lo ponía en la mejilla.

–¿Qué siciliano hay que no tenga carácter?

Mina se quedó helada sin dar crédito a lo que había oído, hasta que le hirvió la sangre por la rabia.

–¿Mi padre te pegó alguna vez?

–Tu padre era un tipo de hombre distinto.

Efectivamente, lo había sido. Había sido íntegro y cariñoso. No habría levantado la mano ni a su esposa ni a su hija, como no habría pateado a un perro callejero, algo que estaba segura Silvio Marchetti sí haría. Como también estaba segura, a juzgar por lo que había pasado, de que el comportamiento de su prometido empeoraría cuando fuese su esposa y viviese bajo su mismo techo.

–No lo haré. Podemos encontrar a otro.

Su madre sacudió la cabeza con una expresión de resignación.

–Mina, has rechazado a todos los que he elegido durante más de un año. Dentro de dos días te casarás ante la mitad de Palermo. La vida no es siempre un camino de rosas. Hay que hacer sacrificios y necesitamos que te sacrifiques. Ya lo sabes.

¿Su madre estaba dispuesta a sacrificarla con un hombre violento y despiadado? Siempre había sabido que era inhumana, pero eso… ¿Qué clase de monstruo era?

–Tranquilízate –la mirada de su madre se suavizó–. Los hombres son así, pero da la casualidad de que tú vas a casarte con uno inmensamente rico. Que eso te sirva de consuelo.

Capítulo 3

EL día de la boda amaneció fresco y soleado, el primer día de otoño típico de Palermo. Los rayos de sol entraban entre las cortinas de las ventanas abiertas y una ligera brisa le acariciaba los hombros con un aroma a jazmín. En teoría, la temperatura iba a subir por la tarde y sería perfecta para la recepción al aire libre que Silvio y ella iban a ofrecer en Villa Marchetti. Dentro de un rato se pondría el impresionante vestido que colgaba en el armario y acudiría en un carruaje tirado por caballos a la elegante catedral de Palermo, donde se casaría con su rico e influyente novio.

Debería parecerle un día de cuento de hadas, pero tenía mucho miedo. No podía moverse, los músculos estaban entumecidos y el estómago no podía digerir el leve desayuno que había conseguido comer. Iba a casarse con Silvio, un hombre al que no amaba y que había resultado ser violento. Además, no había conseguido decir o hacer nada para convencer a su madre de que no podía casarse. Se miró en el espejo mientras su madre, sin la más mínima compasión por su hija, le aplicaba una capa de maquillaje sobre el moratón que Silvio le había dejado en la mejilla.

–El maquillaje es un milagro para la mujer –comentó Simona Mastrantino–. Nadie verá el moratón, pero no te olvides de meterlo en el bolso para retocarte antes de las fotos.

Mina escuchó ese consejo de su madre y se preguntó si realmente podía ser tan inhumana. La verdad era que su relación siempre había sido tensa y distante, que Simona Mastrantino había dejado muy claro desde el primer momento que no tenía ningún interés en ser madre, que solo lo había hecho para que su marido se quedara contento. Ella se había quedado con las niñeras mientras su madre había vivido una glamurosa vida social como esposa del consejero delegado de una de las empresas más prósperas de Italia. Ella lo había aceptado con la inocencia e inconsciencia de una niña que no conocía otra cosa. Su realidad había sido que Camilla, su niñera, y su adorado papá habían sido la fuente de cariño y amor mientras que su madre era una persona hermosa y extraña a la que había que admirar desde lejos, como a una de sus preciosas muñecas.

Sintió una opresión en el pecho al acordarse de su padre.

Siempre había ido a buscarla en cuanto llegaba a casa, la tomaba en brazos y le llamaba su *piccolo tesoro* mientras la llevaba a la cama para leerle algo. El lazo entre el padre y la hija había sido irrompible y él le ofrecía toda la atención que su madre le negaba.

Hasta el día que llegó del colegio y se encontró a su abuela Consolata en casa y a su padre muerto por un ataque al corazón. Se había aferrado a su *nonna* con el rostro de ocho años hecho un mar de lágrimas y le había rogado que la llevara a ver a su padre. Quizá hubiese intuido que le habían arrebatado su único asidero en la vida, pero su *nonna* había rechazado todas sus peticiones y le había dicho que una niña no podía ir a un hospital. No habían terminado casi de enterrar a su padre cuando su madre ya había vendido la empresa familiar y la había mandado a un internado. Ella, arrancada de todo lo que conocía, sin el amor incondicional de su padre y Camilla, no había sabido qué hacer, se había debatido entre la perplejidad y el remordimiento. ¿Qué había hecho para que su madre la rechazara tan completamente? Su amiga del colegio Celia y su madre, Juliana, quien se había convertido en una madre suplente para ella, la habían salvado durante aquellos años sombríos y desdichados.

Su madre no reconoció su importancia hasta que fue mayor de edad y se convirtió en una atractiva alhaja a la que podía presentar a los solteros más codiciados de Palermo para solventar los problemas económicos. Se convirtió en una carrera interminable para encontrarle un marido rico, no el lazo sentimental que ella anhelaba.

–Por favor, no me pidas que haga esto –suplicó a su madre por segunda vez en ese día y con un nudo en la garganta–. Podemos encontrar a otro, *mamma*.

La mirada de su madre se endureció con impaciencia.

–Ya hemos pasado por eso, Mina. Has podido elegir a otro y no elegiste a ninguno. Yo elegí a Silvio. Deja de ser tan infantil y egoísta. Estás cumpliendo con tu deber hacia esta familia. Cásate con Silvio, vende el anillo y todos nuestros problemas se habrán solucionado.

Todos los problemas de su madre se habrían solucionado, los de ella acabarían de empezar. Cerró los ojos. Eso no debería ser así. Ese día debería ser radiante, su padre debería llevarla al altar, donde la esperaría un hombre tan deslumbrado por ella como su padre lo había estado por su madre. Después, se labraría una vida propia, seguiría los brillantes pasos empresariales de su padre. Ya no tenía Felicia Chocolate, la fábrica de chocolate que había

vendido su madre, pero el tiempo que había pasado en Francia estudiando, y observando el ancho mundo que había allí fuera, le había enseñado que no podía limitarse al papel tradicional de la mujer en Sicilia. Quería llegar a ser mucho más.

Sin embargo, todo eso habría sido en vano si se casaba con Silvio. Agarró los brazos de la silla con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron blancos. Pasaría los días embarazada con los *bambinos* de él y quedaría reducida a un objeto más en su preciosa, fría y austera casa.

La organizadora de bodas entró con el vestido colgado del brazo después de que, discretamente, les hubiese concedido unos minutos para que taparan la marca que le había dejado Silvio.

–¿Preparadas para el vestido?

Su madre se incorporó y asintió con la cabeza. La organizadora de la boda la miró fugazmente.

–Perfecto. Estás muy guapa.

Mina se levantó y la organizadora de la boda se acercó para ayudarla a ponerse el vestido de cuento de hadas, el vestido digno de la esposa de Silvio Marchetti. Levantó los brazos y la organizadora le pasó el vestido por encima de la cabeza y se lo colocó alrededor de las caderas con un susurro de seda y encaje. Ella, obedientemente, contuvo la respiración mientras le arreglaban el vestido para que se ciñera a cada curva de su cuerpo. Sin embargo, podría haberse ahorrado el esfuerzo porque el vestido caía con facilidad, con demasiada facilidad porque había adelgazado durante las últimas semanas por el desasosiego. La organizadora de la boda se quejó por una arruga y sacó unos alfileres para corregirla. Ella se miró en el espejo dominada por un torbellino de sentimientos. Estaba impecable. El vestido era perfecto, el pelo estaba recogido en un moño con flores blancas y la cara era una obra maestra del maquillaje. Unos zapatos de tacón plateados y la gargantilla y los pendientes de diamantes que le había regalado Silvio por la boda completaban el irreprochable aspecto.

Sin embargo, todo eso era un disparate. No podía hacerlo.

Entonces, llegó el momento. Bajó amplia la escalera circular que llevaba al piso principal de la villa mientras la organizadora de la boda le arreglaba la pequeña cola por detrás. Ni siquiera tenía una dama de honor con la que desahogarse. Celia estaba dirigiendo el lanzamiento de un producto en París y no había podido ir, lo que significaba que todas las damas de honor eran de Silvio y desconocidas para ella.

Fue al salón y esperó al carruaje que la llevaría a la iglesia. Su madre y la organizadora irían por delante en la limusina que les había mandado Silvio para cerciorarse de que todo estaba preparado para su llegada. Su madre le dio un levísimo beso en la mejilla entre una nube de perfume.

–Anímate, Mina. Lo tendrás todo después de esto.

Todo menos lo que ella quería de verdad. La libertad y un hombre que la amara sinceramente.

La puerta se cerró detrás de su madre y se quedó sola. Sola con ese vestido precioso que se plegaba alrededor de ella y con esa gargantilla de diamantes que le atenazaba más el cuello con cada segundo que pasaba. Le costaba respirar y tenía las manos sudorosas. Se había quedado sin tiempo ni alternativas.

La elegante y antigua villa Mastrantino estaba en el aristocrático barrio de Montepellegrino y tenía unas vistas magníficas de Palermo, de las montañas que lo rodeaban y del mar Tirreno. A Nate le encantaban esas vistas, pero le interesaba más hablar con los Mastrantino, comprarles el anillo de Giovanni y dar por terminados sus asuntos en Sicilia para que pudiera pasar por Capri, Hong Kong y las Maldivas antes de volver a casa para entregarle el anillo a su abuelo.

Había decidido no comprar el Giarruso en ese momento por muy voluptuosa y lista que fuese su doncella. Además, no era la única oportunidad que había estudiado para aumentar su cartera.

La preciosa villa Mastrantino parecía tan vacía y silenciosa como la noche anterior, cuando fue en busca del anillo y no encontró a nadie. Con la esperanza de tener más suerte, le pidió al conductor que lo esperara, subió los escalones que llevaban a la puerta principal y llamó al timbre. Volvió a llamar con impaciencia cuando no contestó nadie. ¿Por qué no había ni un empleado que abriera la puerta? ¿Acaso se habían ido de la ciudad los Mastrantino? Eso sería un obstáculo considerable para sus planes.

Iba a llamar la tercera vez cuando se abrió la puerta y se encontró con una aparición vestida de blanco. Una aparición de pelo moreno y vestida de blanco. Para ser más exactos, un vestido de novia que flotaba alrededor de la figura increíble de la mujer. Levantó la mirada hasta su cara y se quedó estupefacto. ¿Qué hacía Lina ahí?

–Creí que era mi carruaje –comentó ella recogiéndose la cola.

Él miró sus pies con unos zapatos plateados de tacón de aguja y luego miró el lujoso coche que su conductor había aparcado junto al

bordillo mientras se preguntaba si lo habrían transportado a una recreación disparatada de Cenicienta.

–No –replicó él mientras volvía a mirar a Lina–. Yo me muevo siempre sobre cuatro ruedas.

Entonces, ella parpadeó.

–Signor Brunswick, ¿qué hace aquí?

Él se fijó en las lágrimas que surcaban el maquillaje perfecto, en la inclinación cohibida de la barbilla, en el temblor de los labios y sintió que todo ello lo desgarraba por dentro.

–Estoy buscando a los Mastrantino. ¿Tú vives aquí?

Su preciosa boca tembló un poco más. Él se pasó una mano por el pelo y dejó escapar una maldición. Consolar a mujeres sentimentales no era su fuerte.

–Este no es un momento muy bueno –contestó ella apretando los labios.

Parecía como si fuese a casarse. ¿Estaba llorando el día de su boda? No era un especialista, pero siempre había creído que era el sueño de todas las mujeres…

–Estoy buscando a Sonia o Mina Mastrantino. Me gustaría comprarles un anillo que tienen, pero como, efectivamente, este momento no es muy bueno, volve…

–¿Qué anillo? –le interrumpió ella mirándolo fijamente.

–El Anillo de la Fuente, el que tiene un zafiro…

–¿Por qué sabe que existe ese anillo? –le preguntó ella con los ojos como platos.

–Mi detective privado me lo ha buscado. Quiero comprarlo.

–¿Por qué?

–Tiene un valor… sentimental para alguien muy importante para mí.

Una mujer pasó por la avenida y los miró con curiosidad. Lina retrocedió y le hizo un gesto a él para que entrara. Una vez dentro, ella cerró la puerta.

–Yo soy… Mina Mastrantino –ella se mordió el labio inferior, su gesto favorito cuando estaba nerviosa–. Yo… Yo no empleo mi nombre verdadero en el trabajo, pero usted no puede… quiero decir… por favor, no diga nada.

¿A quién iba a decírselo? ¿Qué no podía decir? ¿Que Lina era Mina? ¿Podía saberse por qué estaba trabajando de doncella?

–Entre, por favor. Siéntese.

Él entró en un salón lujosamente decorado, aunque algo pasado de moda, que había sido el orgullo de la villa con sus chimeneas talladas a mano, las lámparas de techo de cristal y los elegantes

arcos. Mina le señaló una butaca y ella se sentó en el borde de un sofá. Él también se sentó y miró la cara de angustia de la novia.

–Me encantaría venderle al anillo, signor Brunswick, pero, desgraciadamente, no puedo.

–Nate –la corrigió él porque, al fin y al cabo, lo había visto tapado solo por una toalla–. ¿Por qué no puedes?

–Es la reliquia de la familia. Mi padre me la legó a cambio de que me casara.

Él miró elocuentemente el caro vestido de novia.

–Y vas a casarte hoy…

–Sí.

Los labios empezaron a temblarle otra vez y esos ojos negros como la noche derramaron una lágrima. A él se le aceleró el corazón. No era lo que necesitaba en ese momento, ni mucho menos.

–Mina…

Él se levantó y se sentó al lado de ella. No era lo más prudente dada la… química que había entre ellos, pero no pudo evitarlo y le tomó la delicada cara con una mano para que lo mirara. Tenía las pestañas empapadas de lágrimas que le caían por las mejillas como cristales resplandecientes. La sensual boca estaba pálida y temblorosa, pero innegablemente tentadora. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la sombra que se le veía en una mejilla gracias al sol que entraba por las ventanas. Se le heló la sangre. Sabía que no era asunto suyo, que debería marcharse en ese preciso instante y volver al día siguiente, pero no podía moverse. Era un hombre listo, sabía atar cabos y no le gustaba lo que estaba viendo.

–¿Tu novio te hizo el… moratón que tienes en la mejilla? –preguntó él en voz baja y un tono implacable.

Ella se lo tapó precipitadamente con una mano.

–No… Yo…

–Mina.

Ella lo miró fijamente, se tomó la cabeza con las manos y empezó a sollozar. Nate la rodeó con un brazo, la sentó en sus rodillas y la acunó contra el pecho. Ella se quedó rígida como si fuese a salir corriendo, pero sollozó otra vez y su cuerpo menudo se ablandó mientras las lágrimas le empapaban la camisa y hacían añicos el dominio de sí mismo. La abrazó mientras lloraba y ordenó tajantemente a su cuerpo no dejarse llevar por esas curvas que se adaptaban tan bien a él. Acarició el pelo sedoso y le soltó algunos mechones del moño mientras empezaba a moquear. A él le dio igual porque ella estaba temblando como una hoja.

–Cuéntame qué está pasando aquí –le ordenó él.

–Silvio, mi novio, es un hombre muy poderoso –ella sacudió la cabeza–. Me mataría si digo algo.

Él le levantó la barbilla con los dedos.

–Tiene gracia, Mina. Yo también soy un hombre poderoso y no pego a las mujeres. Silvio ¿qué…?

–Silvio Marchetti –ella cerró los ojos con fuerza–. Es el dueño de media Sicilia. No te gustaría enzarzarte con él.

Le encantaría enzarzarse en ese momento con Silvio Marchetti, enzarzarse violenta y agresivamente. Por desgracia, no estaba allí para darle su merecido.

–¿Por qué te casas con un monstruo?

Sus ojos negros brillaron como ébano pulido.

–Lo ha elegido mi madre. Está… concertado.

–¿Todavía se hace eso? –preguntó él con incredulidad.

–Aquí sí.

–¿Tu madre sabe que te pega?

A ella le tembló la barbilla.

–Dile a tu madre que no vas a casarte.

–Ya se lo he dicho, pero yo… lo necesitamos.

–¿Por qué? –preguntó él, que no podía entender que lo necesitara.

–Da igual –Mina sacudió la cabeza–. Todo el mundo está ya en la iglesia. Voy a casarme con Silvio delante de media Sicilia dentro… –ella miró el reloj– de menos de una hora.

–Cancélalo. No puedes casarte con él, Mina. Mírate –ella le puso una mano en el pecho para levantarse, pero él la sujetó con fuerza–. ¿Por qué estás haciendo esto?

–Porque necesitamos el dinero. Tengo que casarme para recibir el anillo y que pueda venderlo para saldar nuestras deudas. Mi madre y yo estamos arruinadas, por eso estoy trabajando en el hotel.

¿Iba a casarse con un hombre violento por eso? La soltó y la observó mientras se levantaba e iba de un lado a otro arrastrando la cola del vestido.

–Entonces, ¿por qué no te casas con alguien que hayas elegido tú?

–Ya te lo he dicho –ella se detuvo y se puso en jarras–. Mi madre concertó este matrimonio. Silvio fue el último de una docena de candidatos, no me quedan alternativas.

–¿Por qué rechazaste a los otros?

–Porque no los amaba.

Vaya, era una de esas. Le fastidiaba explotar la burbuja de la señorita Mastrantino en ese momento tan delicado, pero…

–El amor es un mito, Mina –la miró con un brillo implacable en los ojos–. Encuentra un hombre con el que estés tranquila, que te trate bien, y cásate con él.

–Ya es demasiado tarde –ella miró con angustia hacia la ventana–. El carruaje llegará en cualquier momento.

Él miró con detenimiento la tensión de todos los músculos de su delgado cuerpo. Estaba aterrada de verdad y no le extrañaba, iba a casarse con un maltratador… Entonces, se dio cuenta de que no podía dejar que Mina sufriera ese destino, era un disparate, era absurdo. Nunca se había considerado un caballero andante, pero tampoco iba a marcharse y a dejar a esa mujer vulnerable en manos de un hombre violento. Iba contra todos los principios que le había inculcado su madre.

Se levantó y se acercó a ella, quien dejó de mirar por la ventana y lo miró con una expresión de resignación.

–¿Qué harías si tuvieras otra alternativa? ¿Si pudieras casarte con otro hombre y vender el anillo?

–Saldaría las deudas –contestó ella sin alterarse–, me marcharía y empezaría una vida nueva por mí misma.

–Silvio se pondría furioso si lo dejas plantado en el altar delante de toda la ciudad. Tendrías que marcharte de la ciudad y muy deprisa.

Ella lo miró fijamente y con los ojos muy abiertos.

–Solo estaba hablando de hipótesis. Naturalmente, no lo haría, ya es demasiado tarde.

–Alguien a quien quiero mucho quiere recuperar el anillo –él la miró a los ojos–. Fue suyo, pero tuvo que venderlo hace años para sobrevivir. Tú tienes que salir de esta situación. No puedes casarte con Silvio. Voy a proponerte una solución comercial. Cásate conmigo, véndeme el anillo y esta noche te sacaré de aquí en mi avión privado. Anularemos el matrimonio en cuanto se haya cerrado la operación. Los dos conseguiremos lo que necesitamos.

Ella lo miró boquiabierta.

–Es… un disparate. Yo… Yo ni siquiera te conozco. Silvio… –ella sacudió una mano y el anillo de muchos quilates resplandeció por la luz– se volverá loco.

–Me investigaste en el Giarruso –le recordó él–. Hacen comprobaciones de seguridad exhaustivas. Además, sabes que esto no va a mejorar. Si te ha pegado una vez, seguirá pegándote hasta que te parezca normal despertarte con moratones. Eso si no te

manda al hospital con algún hueso roto.

Ella lo miró fijamente y en silencio.

–Mi avión está esperando –él le aguantó la mirada con firmeza–. Te ofrezco una escapatoria. Tú decides. Si decides casarte con Silvio, yo volveré cuando acordemos y te haré una oferta por el anillo.

Ella se quedó pálida, se llevó las manos a la cara y sacudió la cabeza.

–No sé qué hacer.

–Toma una decisión y tómala deprisa –le aconsejó él mirando por la ventana–. Cuando llegue el carruaje, te habrás quedado sin posibilidades.

Ella fue de un lado a otro por toda la habitación, hasta que se paró delante de él con los puños cerrados.

–¿Realmente estás dispuesto a hacer esto? ¿Cómo se lo tomará la mujer que haya en tu vida?

–No hay ninguna mujer. Además, aunque la hubiera, ella sabría que ni siquiera me planteo el matrimonio. Estoy dispuesto, Mina. La cuestión es si lo estás tú.

Ella movió la cabeza arriba y abajo.

–¿Eso es un «sí»?

–Sí.

–¿Estás segura? Tienes que estar segura, no hay marcha atrás.

–Estoy segura –contestó ella con el miedo reflejado en los ojos–. ¿Qué pasará si Silvio nos persigue?

–Yo me ocuparé de él –que Dios se apiadara de él si le echaba el guante–. Recoge el bolso y el pasaporte. Todo lo demás puede esperar.

Mina se dio media vuelta y salió del salón arrastrando el vestido de novia. Nate se apartó el pelo de la cara. Esa sería la operación comercial más singular que había hecho, pero no la más complicada. Era muy sencilla. Se casaría, conseguiría el anillo y anularía el matrimonio.

Mina estaba aturdida y no era para menos. Estaba sentada en el asiento trasero de un lujoso coche al lado de Nate e intentaba asimilar la magnitud de lo que estaba haciendo. En ese momento, estaba dejando plantado en el altar a Silvio Marchetti, uno de los personajes más poderosos de Sicilia, donde su madre, su familia y todas las personas que habían conocido desde hacía generaciones estaban esperando a que ella apareciera. Pudo ver la cara implacable y despiadada de su novio. Pudo ver su expresión de

incredulidad hasta que la de furia ocupó su lugar. Se volvería loco y lo pagaría con quien estuviera cerca. Sus manos, entrelazadas sobre la seda del vestido, se le quedaron heladas. ¿Lo pagaría con su madre por ser lo más cercano a ella? ¿Se lo perdonaría alguna vez su madre? Simona Mastrantino sería una aristócrata ambiciosa, inhumana y reprimida que estaba dispuesta a comerciar con el destino de su hija, pero era la única familia que tenía. ¿Mandaría Silvio a sus secuaces detrás de ella cuando descubriera lo que había pasado? ¿Tenía secuaces? Se le encogió el estómago. Estaba renunciando a todo lo que conocía, iba a casarse con un hombre al que no conocía e iba a empezar una vida lejos de su tierra. ¿Adónde podía ir? ¿A París con Celia? ¿No estaría demasiado cerca del peligro?

Nate siguió haciendo llamadas una detrás de otra y dando órdenes en su tono autoritario. Las palabras y las frases volaban como dardos. Ceremonia civil, permiso de matrimonio, documentación, contrato prematrimonial…

–¿Puedes conseguir que tu abogado nos de hoy el anillo? –le preguntó él–. Sería mejor que nos marcháramos esta noche y no tener que esperar a que mañana abra el despacho.

Eso le daría a Silvio la oportunidad de encontrarla. Mina se estremeció.

–Lo llamaré y lo averiguaré.

Una breve conversación con Pasquale Tomei confirmó que estaban de suerte. Tenía el anillo en su casa por seguridad y podría verlos a última hora de la tarde, lo que les daba tiempo para casarse antes.

Llegaron al Giarruso unos minutos después. Ella mantuvo la cabeza agachada mientras él la llevaba hasta el ascensor entre las miradas de curiosidad. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando subieron hacia las suites sin haberse encontrado con ningún conocido. Después, todo transcurrió como en una nebulosa. La llegada del mayordomo del Giarruso con el contrato prematrimonial que había mandado el abogado de Nate con un precioso ramo de flores blancas y dos sencillos y elegantes anillos de oro. Ella se quedó de espaldas mientras su colega felicitaba a Nate antes de marcharse. El secretario del Registro Civil llegó milagrosamente después. Era una demostración de la autoridad que tenía el desconocido que estaba a punto de convertirse en su marido. Todos los detalles iban cumpliéndose meticulosamente y nada quedaba fuera de su control.

Entonces, se encontró al lado de Nate, quien se había quitado los

vaqueros y la camisa que llevaba cuando llegó a su casa y se había puesto un impecable traje oscuro. Estaba disparatadamente guapo. El secretario empezó la breve ceremonia. Mina habló en italiano y Nate en inglés. Eran unas palabras que deberían haber sido la confirmación de un amor que debería haber durado toda la vida y debería haberlas dicho en una iglesia delante de un sacerdote, según la tradición de sus creencias. Nate le tomó la mano, la miró a los ojos y le puso el anillo. Ella tragó saliva, tomó el anillo que le entregó él y se lo puso en el elegante y fuerte dedo. Un destello de sensualidad se abrió paso entre el aturdimiento cuando sintió la calidez de su piel. Esas manos preciosas serían muy capaces de… manejar a una mujer. Era devastadoramente excitante, pero también era una pena que nunca llegara a saber hasta qué punto de excitante.

Lo miró a los ojos sin disimular la curiosidad. La mirada inescrutable de él tenía un brillo ardiente que la dejó sin respiración. El secretario le dijo a Nate que podía besar a la novia. Él bajó la cabeza agarrándola ligeramente de la cintura.

–Que parezca de verdad –le murmuró él al oído.

Se apartó un poco y clavó los ojos en sus labios. El corazón se le desbocó cuando inclinó la cabeza y posó sus labios firmes y sensuales en los de ella. Por un instante, se quedó helada, sin corresponder ni rechazarlo. Nate le separó un poco los labios con una ligera presión. Ella dejó escapar un suspiro, se relajó y se dejó llevar por la calidez de su mano cuando le tomó la cara y se la inclinó para besarla mejor. Fue tan maravilloso como se había imaginado. Le flaquearon las rodillas y se agarró a su camisa para sujetarse. Ya la habían besado antes, dos hombres, pero nunca la habían besado así, tan… a fondo. Totalmente cautivada, dejó escapar un sonido. El secretario tosió ligeramente y Nate le soltó la cara mientras se separaba un poco con un brillo en los ojos. ¿De decepción o de deseo? Tenía el pulso alterado. ¿Qué estaba haciendo? Estaba besuqueándose con un playboy como Nate Brunswick, ¡quien pronto sería su exmarido!

Nate se giró para darle las gracias al secretario. Al parecer, el beso no le había impresionado tanto como a ella. Mina intentó recuperar la compostura mientras él se movía con una eficiencia implacable para atar los últimos cabos con el secretario y para que un botones fuera a recoger las cosas y a buscar el coche.

Cuando volvieron a estar sentados en el asiento trasero del coche y se dirigían hacia Mondello, la zona playera donde vivía el abogado, ella apoyó la cabeza en el respaldo cerró los ojos y revivió

el beso, cómo se había derretido.

–¿Te pasa algo?

La voz profunda, aterciopelada y pecaminosa de Nate le interrumpió los recuerdos.

–¿Por qué hiciste eso? –le preguntó ella abriendo los ojos.

–¿El qué…?

–El beso, ese beso.

Su mirada se oscureció con un velo burlón.

–Eso no fue un beso, Mina, fue un roce en los labios para que el secretario del registro se quedara contento.

Ella se preguntó cómo sería un beso de verdad. Inolvidable, seguramente.

–Aunque reconozco que tenemos cierta química, esposa –siguió él mirando cómo se sonrojaba ella–. Es una pena que solo sea un matrimonio… virtual.

Ella se entrelazó las manos sobre las rodillas y lo miró fijamente.

–Habrás besado a Silvio. Incluso, es posible que te hayas acostado con él. Lo he investigado, Mina, y tiene cierta reputación.

–Silvio siempre ha sido un caballero –replicó ella levantando la barbilla.

–Hasta ese… incidente.

Nate cruzó los brazos y le dirigió una mirada enigmática. Seguramente, se alegraría de librarse de ella enseguida… Tardaron bastante poco en llegar a las casa del abogado a pesar de que era domingo. Pasquale Tomei sonrió cuando abrió la puerta de la villa, pero la sonrisa se esfumó cuando dejó de mirar a Mina vestida de novia y miró a Nate.

–¿Dónde está Silvio?

–Se ha casado conmigo, no con él –contestó Nate sin inmutarse–. El amor verdadero y esas cosas.

Pasquale abrió los ojos como platos. Mina se apartó un mechón de pelo de la cara y se puso muy recta.

–Tenemos un poco de prisa, Pasquale. Si nos dieras el anillo, podríamos marcharnos.

–Tengo que ver los documentos –el abogado les hizo un gesto para que entraran en la casa–. Hay ciertas condiciones que tengo que explicar.

¿Condiciones? Mina frunció el ceño mientras seguía al abogado por el pasillo para ir a su despacho. Se sentó al lado de Nate y enfrente de Pasquale y le entregó los documentos por encima de la mesa. Él los leyó y se los devolvió.

–Esto es un cambio de planes considerable. Tu madre estaba

muy emocionada por tu unión con Silvio.

Ella se quedó pálida.

–Mina es libre de casarse con quien quiera –intervino Nate–. Si nos diera el anillo…

Pasquale sacó un estuche de un cajón y se lo dio a Mina. Ella abrió el estuche azul marino y allí estaba el Anillo de la Fuente. Era un impresionante zafiro cuadrado del azul más intenso y rodeado de diamantes sobre una montura de platino. Era precioso, claro, pero lo que hacía que fuese tan valioso era la historia y el misterio que rodeaba su origen. Mina cerró el estuche y miró a Pasquale.

–¿Cuáles son las condiciones que has mencionado?

El abogado le acercó un montón de papeles y buscó una página que había señalado con un rotulador de color.

–Tengo que hacerte saber que hay una condición. Tienes que permanecer casada durante un año para que te conceda la propiedad plena del anillo.

Nate se quedó boquiabierto y pálido como la cera.

–¿Por qué?

–El padre de Mina quería que estuviese felizmente casada antes de que el anillo fuese suyo.

–Nunca me habían hablado de esa condición –intervino Mina sacudiendo la cabeza.

–Lo siento –comentó el abogado–, pero, como verás, está ahí escrito.

Ella miró al hombre que tenía al lado y captó la tensión. Tenía su habitual expresión serena, pero ella podía ver la furia en sus ojos, una furia que contenía a duras penas.

–¿Mina puede quedarse el anillo durante ese tiempo? –le preguntó Nate al abogado.

–Sí.

–Muy bien –Nate la agarró del hombro mientras se levantaba y la levantó con él–. Deberíamos marcharnos.

Dieron las gracias al abogado y fueron apresuradamente hasta el coche. Nate dio la orden al conductor de que los llevara al aeropuerto, y que apretara el acelerador. A ella se le retorció el estómago y esperó a que se levantara la pantalla que los separaba del conductor.

–¿Te preocupa que avise a Silvio?

–O a tu madre.

Sería igual de malo porque su madre se lo diría inmediatamente a Silvio y… Mina tomó una bocanada de aire e hizo un esfuerzo para mantener la calma. Se hizo un silencio tenso.

–Nate… No lo sabía…

Él la miró con los ojos como ascuas.

–Pues es un detalle importante, Mina. Sobre todo, si tenemos en cuenta lo mucho que quieres tener el anillo y venderlo.

Ella apretó los labios.

–Nunca me hablaron de esa condición. No lo sabía, lo juro.

Él la miró fijamente y ella se puso muy recta bajo ese escrutinio implacable y gélido.

–¿Cuáles son las condiciones del documento?

–¿A qué te refieres?

–Me refiero a si tenemos que vivir juntos. ¿Hay alguna condición más aparte del matrimonio?

–Eso es todo lo que dice el documento –contestó ella sacudiendo la cabeza.

Él se quedó en silencio y ella se quedó acurrucada en el rincón del asiento con el pulso palpitándole en las sienes. ¿Qué pasaría si él rompía el acuerdo y la abandonaba para que Silvio se vengara? No tenía ni dinero ni nada para escapar. Al cabo de un rato que le pareció eterno, cuando estaba al borde del pánico total y absoluto, él se volvió hacia ella con una expresión de haber recuperado el dominio de sí mismo.

–¿Qué tenías pensado hacer después de que nos marcháramos? ¿Adónde tenías pensado que te llevara?

Ella sacudió la cabeza con la boca temblorosa.

–Yo… Yo no tenía nada pensado. Me limité a dejar a mi novio en el altar, Nate. Estoy… Estoy…

Estaba aturdida.

–Muy bien. Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a montarnos en mi avión, iremos a Capri, donde tengo que ocuparme de algunos asuntos, y solucionaremos esto por el camino.

–¿A Capri…?

–Ese el destino que puedo ofrecerte –contestó él apretando los labios.

Ella cerró los ojos. ¿Qué podía hacer? Lo primero era salir de allí. Luego, ya vería qué hacía.

Los kilómetros pasaron volando y llegaron al aeropuerto. El paso por el control de seguridad fue un trámite rápido. El agente le pidió el pasaporte, Mina se lo entregó y le sonrió cuando se lo devolvió. Nate la agarró del codo y, apresuradamente, empezó a cruzar puertas camino de la pista.

–Agacha la cabeza –murmuró él– y no dejes de andar.

Ella, natural y instintivamente, miró hacia atrás. Dos hombres

con trajes oscuros estaban discutiendo con los agentes en el control de seguridad. Ella se quedó sin aliento.

–*Dio mio*, Nate…

–Agacha la cabeza –le ordenó él tajantemente– y sigue andando. No va a tocarte, te lo prometo.

Ella siguió andando aunque las rodillas amenazaban con ceder. Nate le rodeó la cintura con un brazo y la llevó hacia delante. Subieron al avión y la puerta se cerró detrás de ellos. Nate le dijo que se sentara y se abrochara el cinturón de seguridad y fue a la cabina para decirle algo al piloto.

Unos minutos después, la torre de control les dio permiso para despegar. Ella no se había sentido tan eufórica en su vida como cuando empezaron a elevarse y una corriente de aire los arrastró.

–Silvio mandó a esos hombres, ¿verdad? –le pregunto Mina a Nate mientras el estómago le subía y bajaba por el ascenso del avión.

Capítulo 4

NATE vio el pánico reflejado en el rostro de Mina, quien tenía los nudillos blancos de agarrar los brazos del asiento. Ese miedo superaba la furia que sentía él por cómo se le había complicado la vida y contra ese maltratador que había intentado ir a por ella.

–Sospecho que sí –contestó él en tono sombrío–. Lo averiguaré, pero no tienes que preocuparte. Ya no puede hacerte nada.

–¿Y si manda a sus hombres detrás de mí? –preguntó ella con un destello en los ojos–. Pasquale podría darle toda nuestra información.

–Entonces, se dará cuenta de que no puede incordiarme, de que es inútil que te persigan.

–Tú eres un hombre solo. Ya viste los hombres que mandó él.

–No superará mi servicio de seguridad.

–¿Tu servicio de seguridad?

–Mina, soy rico y eso es esencial.

Ella se dejó caer sobre el respaldo. Estaba tan pálida que él creyó que podía desmayarse. Cuando se acercó un empleado para ofrecerles bebidas, él pidió dos copas de brandy y dejó una delante de Mina.

–No bebo licores.

–Hoy, sí –él señaló las copas con la cabeza–. Bebe, te relajará los nervios.

Ella miró con recelo el líquido de color ámbar, dio un sorbo y arrugó la nariz.

–No me gusta.

–Sigue bebiendo.

Él también se dejó caer sobre el respaldo y apoyó la copa de brandy en el muslo. Su esposa provisional se había convertido en su esposa durante un año. Jamás se había planteado ni había querido ser un hombre casado. Eso si decidía seguir adelante con el trato que habían hecho Mina y él, que era muy distinto al que él había firmado. Observó a esa persona tan increíble e inocente que era su esposa. Estaba despeinada, el maquillaje se le había corrido y su rostro estaba surcado por arrugas de preocupación. Su lado escéptico le decía que ella podía haber sabido la condición de un año del testamento y que quizá él le hubiese parecido una

escapatoria, suavizada además por la idea de tener un marido rico. Sin embargo, las entrañas le decían que no podía ser. Mina no había parpadeado siquiera cuando él habló de un contrato prematrimonial. Se había quedado tan pasmada y helada como él cuando Pasquale Tomei había desvelado la condición. No podía haber sido premeditado. Esa condición le había arrebatado la posibilidad de escapar y de empezar otra vida lejos de su madre y de su exnovio maltratador. Había sido él quien se había metido en medio y había ofrecido soluciones. En ese momento, tenía que encontrar otra y mucho más grande.

¿Qué iba a hacer con una esposa? ¿Qué iba a hacer con Mina? No podía dejarla en Capri y decirle que se pusiera en contacto con él cuando pudiera venderle el anillo. Era muy probable que Marchetti la encontrara. Ella necesitaba su protección y él necesitaba el anillo para enseñárselo a Giovanni antes de que se muriera, para darle la oportunidad de que conectara otra vez con el pasado. Eso significaba que su esposa era responsabilidad suya durante un año.

–Cuando hablaste de conseguir tu libertad, ¿qué pensaste hacer?

–Hablo varios idiomas y creí que seguiría los pasos de mi padre, que sería empresaria.

–¿Tienes algún título académico?

–No –ella apretó los labios y miró hacia otro lado–. Fui a una escuela… de señoritas en Francia.

¿Todavía existían las escuelas de señoritas?

–Y tu padre, ¿en qué empresa estaba?

–Era el consejero delegado de nuestra empresa familiar de chocolate; Felicia. Era una de las mayores de Europa hasta que mi madre la vendió a un grupo de empresas estadounidenses.

Él dio un sorbo de brandy.

–La mayoría de las personas que quieren entrar en el mundo empresarial han estudiado en alguna escuela o universidad. Es muy difícil que te den un puesto sin un título o una licenciatura.

–Ya sé que tendré que empezar desde abajo –ella levantó la barbilla–. Había pensado que podría trabajar de doncella en el Giarruso y luego ir ascendiendo.

Era admirable, aunque era una ilusa. A no ser, claro, que alguien estuviese dispuesto a darle una oportunidad, como Giovanni se la había dado a él. Se acordó de las respuestas rápidas y bien meditadas que le había dado aquel día en el Giarruso. Ella tenía el instinto empresarial que él también tuvo una vez, y un cerebro moldeable. ¿Había llegado el momento de que él hiciera lo mismo,

de que le diera la oportunidad que le habían dado a él?

Él tenía dieciocho años y trabajaba en el turno de noche de un almacén de alimentos cuando Alex lo encontró para que salvara a su abuelo. Tenía dieciocho años y mucha rabia. Su madre había conseguido enderezarlo después de haber conocido el lado oscuro, le había rogado que dejara de hacer recados para el matón del barrio antes de que lo mataran. Sin embargo, no había conseguido convencerlo para que volviera a estudiar. Necesitaban dinero y no podía dejar que ella se deslomara mientras él estudiaba Literatura Inglesa.

Había aceptado el empleo en el almacén de comida y había comprobado lo que era el infierno. Turnos de ocho horas en un espacio húmedo e iluminado por luces fluorescentes mientras él se partía la espalda colocando paquetes en su sitio. Recordaba que una mañana, a los pocos meses de haber empezado, salió de trabajar cuando se veían los primeros rayos del amanecer. Tenía la espalda molida y sentía una opresión en los pulmones. Se apoyó en la pared del edificio y se preguntó si podía llamarse vida a esa existencia tan atroz. Si lo era, no la quería. Al menos, cuando había trabajado en la calle, había tenido dinero en el bolsillo, había tenido cierta dignidad, había sido alguien. Por primera vez en muchos años, había soltado toda la rabia contra su padre, había dado un puñetazo a la pared de cemento del almacén, se había roto dos huesos y se había quedado con la misma amargura. No había querido una vida como las de sus medio hermanos, pero que ni siquiera fuera digno de que su padre lo reconociera… Eso lo corroía como una enfermedad que se extendía lentamente.

Cuando Alex lo había encontrado unas semanas después, él había estado debatiéndose entre la luz y la oscuridad y el estilo de vida de antes lo había tentado otra vez. Giovanni había hecho que eligiera. Le había dicho que aprovechara la oportunidad que estaban dándole o se aferrara para siempre a su rabia, que no había término medio. La oscuridad que había captado en su abuelo, darse cuenta con crudeza de que él conocía el lado oscuro porque no había sido capaz de sacar a su hijo de ahí, le había llegado muy dentro, le había dado cierta esperanza y había elegido la luz.

Parpadeó, dejó a un lado los recuerdos y se concentró en los ojos grandes y oscuros de Mina. Tenían una expresión de miedo y desorientación como la que había tenido él. Ella no tenía dinero ni a dónde ir, estaba tan perdida como lo había estado él. No podía dejarla a su suerte. Poco después, cuando ya habían aterrizado en Capri, tenía un plan ideado en la cabeza. Resolvería todos sus

problemas, menos el del anillo que tenía en el dedo, claro. Desgraciadamente, eso iba a quedarse donde estaba.

Mina estaba en la terraza de la suite del Grand Hotel Emelia y la bahía Marina Piccola resplandecía a lo lejos. Había estado una vez en la elegante isla de Capri cuando tenía seis o siete años y había ido con su familia. Solo recordaba algunas cosas de aquellas vacaciones, pero eran unos de sus mejores recuerdos. Las playas preciosas y los paseos por la costa habían sido sus actividades favoritas, y muy especiales porque había pasado tiempo con su atareado padre, quien, por una vez, se había tomado unas vacaciones de verdad. Habían pasado horas haciendo castillos de arena mientras su madre iba de compras y almorzaba con sus amigas de la alta sociedad. Su padre le había concedido todos los caprichos a su esposa, su tiempo y su dinero entre otros, y ella, a cambio, había estado resplandeciente y todo había salido bien por una vez. No había habido discusiones entre sus vehementes padres, algo muy frecuente en casa, y todo habían sido risas y buen tiempo. Recordaba haber jugado en la playa con Eva, su muñeca favorita, y su padre. Metida en el mar hasta los tobillos, había dado la espalda a la muñeca y unos segundos después, cuando se dio la vuelta, había desaparecido. Su padre se pasó más de una hora intentando recuperar la muñeca porque sabía que era cuestión de vida o muerte para su hija. Cuando por fin la encontró y le entregó una Eva empapada y manchada, le dio una de sus charlas.

–Mina, tienes que tener cuidado con las cosas que aprecias. Cuando desaparecen, desaparecen. No siempre podré recuperártelas.

A ella se le habían empañado los ojos de lágrimas. Lo perdió poco después, a él, a su punto de apoyo.

Entrecerró los ojos para protegerlos del resplandor del sol y sintió una punzada de nostalgia. Le encantaría que él estuviese allí en ese momento para que le diera sentido a todo. Si estuviera, no habría abandonado su vida para aventurarse en lo desconocido, no estaría casada con un desconocido, con Bastien Nathaniel Brunswick, según el certificado de matrimonio, quien era tan rico que era el dueño de ese hotel de cinco estrellas al que los más sofisticados llamaban «casa», no se sentiría tan total y absolutamente perdida.

Se rodeó con los brazos al sentir un escalofrío. Ni siquiera la ropa que llevaba era suya. El exclusivo vestido que llevaba era uno que Nate había pedido a la boutique para que ella pudiera quitarse

el vestido de novia, lo cual, era de agradecer porque pensaba en Silvio cada vez que se miraba, y en lo furiosos que tenían que estar su madre y él. Algo que, al parecer, Nate quería confirmar porque estaba haciendo infinidad de llamadas para averiguarlo. El pulso se le aceleró y la sangre le bullía en las venas. ¿Qué podía hacer él para suavizar las cosas, para arreglar el jaleo que había organizado ella y para disuadir a Silvio? ¿Estaría cerciorándose de que Silvio la dejaba en paz para dar por terminado su papel de héroe y deshacerse de ella? Había pensado casarse veinticuatro horas a cambio del anillo, pero eso era pasarse de la raya.

Un olor a cítricos le llenó la cabeza justo antes de que un delicado chal de seda le rodeara los hombros. Dio un respingo cuando Nate le ató la seda con un nudo suelto.

–Sigues nerviosa.

Él se apoyó en la barandilla, al lado de ella, y la miró a la cara.

–Me has pillado desprevenida.

Ella miró el chal que él le había puesto alrededor en vez de mirar su abrasadora belleza con una camiseta blanca y unos vaqueros oscuros que se ceñían a los musculosos muslos.

–Otra cosa que no puedo pagarte –añadió ella.

–Eso lo hago encantado, Mina –él esbozó una sonrisa irónica–. Eso lo sé con certeza.

¿Qué no sabía? ¿No sabía qué iba a hacer con ella? Apretó los labios mientras la imaginación se echaba a volar. Tenía que dominarse.

–Este hotel es precioso –comentó ella mientras miraba los yates que se balanceaban en el mar a la luz del sol que empezaba a bajar por el horizonte–. Dijiste que lo llamaste así por tu madre.

Él asintió con la cabeza.

–Entonces, ¿ella es especial?

–Extraordinaria –contestó él con un cariño sincero reflejado en los ojos.

–¿Qué tiene para que sea tan extraordinaria? –preguntó ella ladeando la cabeza.

–Fue madre soltera. Se desvivió por mí y me encauzó por el buen camino.

–Eres muy afortunado por tener una madre que te quiere tanto.

–Sí.

–¿Y tu padre?

–Nunca formó parte de nuestras vidas.

Mina vio que apretaba los dientes y que la calidez de sus ojos había dado paso a un brillo gélido. Era posible que de ahí surgiera

parte de esa severidad que rodeaba a ese hombre. Se obligó a sí misma a hacerle la pregunta que no podía eludir.

–¿Fue Silvio quien iba detrás de nosotros?

–Sí, pero no tienes que preocuparte por él. Me he ocupado de eso.

–¿Cómo? –ella lo miró con el pánico atenazándole la garganta–. Tiene que estar más que furioso. Que lo humillara de esa manera delante de media ciudad… Querría vengarse.

–Está furioso.

–¿Hablaste con él? –preguntó ella con el corazón en la boca.

–Pasquale le dio mi nombre. Le robé la novia –Nate encogió un hombro–. La conversación era necesaria.

–¿Qué dijo?

–Nada que tengas que saber. Solo diré que no volverá a molestarte.

–Nate…

–Basta –él endureció la mirada–. No es un hombre agradable, Mina, eso ya lo sabías. No tenía cosas agradables que decir. Solo tienes que saber que le comuniqué que eres mía. Estás a salvo de él, fin de la historia.

Ella tomó aliento y asimiló el brillo implacable de su mirada. ¿Quién era él que, tan caballerosamente, podía decirle a Silvio Marchetti que dejara de perseguirla y esperar que lo hiciera? ¿Había ido de mal en peor o podía confiar en Nate, como intuía que podía?

–¿Y mi madre?

No le había contestado ninguna de sus llamadas porque no tenía ni idea de lo que le diría si contestaba.

–Me llamó después de que hablara con Silvio. Según ella, estaba preocupada por ti y quería estar segura de que no te pasaba nada –Nate esbozó una sonrisa sombría–. Le dije que te gustaría pasar unos días tranquila para disfrutar de nuestra luna de miel y que después la llamarías.

–¿Qué más dijiste? –preguntó ella sin salir de su asombro.

–Que estamos enamorados, que lo de hoy ha sido arrebato de pasión por nuestra parte –Nate se encogió de hombros–. Me pareció una historia tan buena como cualquier otra para que Silvio te deje en paz. Dije que te echaste atrás por nuestro corto pero intenso idilio.

–No será verdad… –replicó Mina llevándose las manos a la cara.

–Tenía que darle un buen motivo para que te dejara en paz, Mina. Ya lo tiene. Un hombre como Silvio te considerará… de

segunda mano.

¿De segunda mano? Ella sacudió la cabeza por lo disparatado que era todo y fue hasta el final de la terraza. Silvio y su madre creerían que se había acostado con Nate mientras estaba prometida a Silvio. No quería ni imaginarse cómo habría reaccionado su madre, ni lo que habría dejado dicho en el buzón de voz.

–¿Qué dijo Silvio?

–Dijo que no quería saber nada de ti. Yo dije que me parecía muy bien porque le daría su merecido si se acercaba a ti. Puedes estar tranquila, Mina, no va a pasar nada.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Empezó a darle vueltas a la cabeza cuando él desapareció dentro y volvió con una botella de champán y dos copas. Ella lo miró con recelo mientras la descorchaba.

–Creo que el brandy ha sido suficiente.

–Estás muy tensa –él sacó el corcho con un sonido muy característico–. Una copa de champán te vendrá bien y, además, tengo que proponerte algo –añadió él mirándola con los ojos entrecerrados.

Ella se acordó de cuando le pidió que le llevara una botella de vino a la habitación del hotel. No se referiría…

–No, no me refiero a eso –él hizo una mueca al leerle los pensamientos–. Aunque creo que eso te relajaría, lo que tengo pensado es otra propuesta empresarial. Nos guste o no, Mina, estamos atrapados.

¿De verdad? Ella vio un rayo de esperanza.

–¿Estás proponiendo que sigamos casados?

–No veo otra alternativa –Nate sirvió champán en las copas–. Aunque estoy seguro de que Silvio ha captado el mensaje de que eres intocable, no voy a dejarte por las calles de Capri como… una huérfana que busca una casa.

Ella frunció el ceño y él agitó una mano.

–La cuestión es que yo necesito enseñarle ese anillo a mi abuelo y tú necesitas protección. Podemos seguir juntos un año y los dos conseguiremos lo que queremos, como en el plan original.

Ella sintió una oleada de alivio.

–No quiero ser una carga para ti. Podría trabajar en uno de tus hoteles. Soy una doncella muy buena.

–Eres más inteligente que eso –él le dio una copa de champán–. Aquel día en el Giarruso me demostraste que eres innovadora. Tienes grandes ideas, Mina. Te ofrezco que seas mi protegida durante este año.

–¿Protegida…? –preguntó ella agarrando con fuerza la copa.

–Sí. Tengo una cadena de hoteles de lujo por todo el mundo. Son lo mejor de lo mejor. Si quieres aprender algo sobre empresas, puedo enseñarte todo lo que necesitas saber.

–¿Por qué ibas a hacer algo así? –preguntó ella con el ceño fruncido–. Quiero decir, sé que has dicho que tengo buenas ideas, pero estarás demasiado ocupado para hacer algo así.

Él se apoyó de espaldas en la barandilla con la copa de champán en la mano.

–Yo empecé porque alguien me dio una oportunidad y creo hay que corresponder y hacer lo mismo con otra persona.

Ella pensó en que no tenía muchas alternativas, que no tenía ni un céntimo ni una casa a la que volver. Había tomado una decisión cuando se marchó con Nate; no permitiría que nadie la controlara nunca más, se abriría su propio camino en la vida y el único camino que le quedaba era seguir hacia delante. Nate estaba dándole la oportunidad de hacer realidad su sueño, de seguir los pasos de su padre. Era una ocasión única de trabajar con los mejores porque él creía que era inteligente y tenía posibilidades, porque él creía que era algo más que una cara bonita, como siempre la había considerado su madre. Sintió una calidez por dentro por ese reconocimiento que tanto anhelaba, pero decir que convertirse en la protegida de Nate la intimidaba era decir muy poco en comparación con la mezcla de pánico y euforia que le producía la idea. Aun así, confiaba en él. Intuitivamente, había confiado en él durante todo ese disparatado día. Él la había ayudado sin dudarlo un segundo a pesar de todo lo que ella le había dicho. Efectivamente, quería el anillo, pero había algo más. Se preocupaba a pesar del exterior implacable.

–No sé qué decir. Eres un hombre respetable, Nate Brunswick. *Grazie*.

–No tan respetable, Mina –replicó él con un brillo sombrío en los ojos–. Tú misma me llamaste indecente no hace mucho. Puedo ser eso y mucho más. Soy un empresario implacable que hace cualquier cosa por ganar dinero. Venderé un hotel en un abrir y cerrar de ojos si no veo el atractivo que creía que tenía cuando lo compré. Disfrutaré una noche con una mujer y la mandaré a casa al día siguiente si me he aburrido de ella. Que sepas dónde estás metiéndote si aceptas. Aprenderás el planteamiento despiadado de la vida, no el… civilizado.

¿Por qué sintió un estremecimiento por algo que pretendía ser una advertencia? Se arropó más con el chal y miró a Nate a los ojos.

El brillo de sus ojos se hizo cálido y aterciopelado mientras se acercaba y le pasaba un dedo por la mandíbula.

–Regla número uno de este acuerdo, si lo aceptas. No puedes mirarme así, esposa. Si hacemos esto, todo se mantendrá en un terreno estrictamente profesional para que los dos sigamos nuestro camino después de transcurrido el año.

Ella miró hacia otro lado con la sangre bulléndole en las venas.

–Estás interpretándome mal.

–No –él acercó la boca a su oreja y le acarició la mejilla con el aliento–. Tengo mucha más experiencia que tú, Mina. Puedo ver los indicios. Fueron muy claros aquel día en el hotel y lo son ahora.

Ella tomó una bocanada temblorosa de aire. Sería inútil protestar más cuando se sentía como si la piel le quemara y tuviera las rodillas de gelatina. Él la miró como un gato que jugaba con un ratón, completamente seguro de sí mismo y de su poder.

–Lo único que faltaba para que este día fuera más desastroso todavía sería que acabáramos en la cama. Será una sociedad, Mina –él levantó la copa–. ¿Qué dices?

Ella recurrió a todo su sentido común.

–Entonces, estamos casados solo ante la ley y seremos una sociedad empresarial. ¿Cómo presentaremos el matrimonio ante los demás?

–Como si fuese un matrimonio de verdad –él se encogió de hombros–. No tiene nada de malo y, además, hay que tener en cuenta a Silvio.

–¿Y sobre…? –ella se puso roja como un tomate–. Quiero decir, si no vamos a dormir juntos, ¿cómo te… ya sabes…?

Él esbozó una sonrisa maliciosa.

–¿Cómo me aliviaré? Hay maneras, y si decido… echar una cana al aire, seré discreto.

Ella se mordió el labio inferior y aprovechó la ocasión.

–Muy bien –Mina levantó la copa–. *Grazie,* Nate. Acepto.

Su marido, sombrío y, al parecer, no tan respetable, la señaló con su copa.

–Entonces, empezaremos mañana. Duerme bien esta noche. Vas a necesitarlo para el paseo que voy a darte.

Capítulo 5

MINA durmió mal. Se quedó despierta durante horas porque le aterraba que Silvio fuese tras ella a pesar de lo que había dicho Nate, que quizá solo hubiese querido dejar contento a Nate antes de buscarla para vengarse.

«Recházame otra vez y comprobarás hasta dónde puede llegar mi rabia. No pienso oír ni una palabra más de tus ridículos nervios, Mina. Tampoco voy a consentir que lo comentes con nadie».

¡Ella había desoído eso y se había casado con otro hombre!

Tuvo poco tiempo para deleitarse con el café durante el desayuno con Nate. No había terminado de despertarse cuando él le espetó la primera regla del mundo empresarial.

–Solo tienes una ocasión de dar una primera impresión, tienes que parecer lo que representas.

Ella no podía discrepar porque Nate, con un traje gris, una corbata azul claro y unos zapatos italianos hechos a mano, parecía exactamente el poderoso empresario que era. Por eso fue con Susana, la directora de la boutique del hotel, a comprarse ropa informal y de trabajo. Susana había abierto temprano la boutique y sentó a Mina en una butaca con una tableta electrónica y un café mientras su ayudante y ella reunían ropa para enseñársela. Mina empleó ese tiempo en investigar a su enigmático marido con la esperanza de encontrar alguna pista de lo que podía gustarle. Fue inútil porque ya sabía todo lo que encontró y no entraba más en el terreno personal. Era el nieto del Giovanni di Sione, el legendario magnate, y había trabajado en la naviera Di Sione desde el puesto más bajo hasta llegar a dirigir algunas de ramificaciones de la empresa en el extranjero antes de crear Brunswick Developments, su empresa inmobiliaria de miles de millones de dólares.

Un hombre que empezó de cero y que empleó su extraordinaria visión empresarial, su agresiva inteligencia callejera y sus despiadadas tácticas negociadoras para entrar en la lista Forbes de multimillonarios a los treinta y cuatro años.

Se dejó llevar por un arrebato que no pudo dominar y tecleó la palabra «mujer» al lado del nombre de su marido. Aparecieron un montón de fotos. Como había dicho él, la mayoría de las mujeres

con las que había acudido a actos de la alta sociedad eran morenas, menos algunas rubias últimamente. Todas eran impresionantes y mucho más sofisticadas que ella.

–¿Preparada?

Susana entró con los brazos llenos de ropa y Mina dejó la tableta para tomar la mitad.

–¿Puedo darte un consejo? –le mujer miró la tableta–. No hagas eso. Un hombre como Nate tiene que tener un pasado y solo te torturarás –Mina se puso roja como un tomate–. Te doy la enhorabuena por haber conseguido lo imposible –Susana colgó los trajes–. Mingmei estará preguntándose cómo lo has conseguido.

–¿Mingmei?

–La directora del hotel de Hong Kong. Es preferible que lo sepas antes de que te la encuentres cara a cara. Mingmei y Nate tuvieron un idilio antes de que ella empezara a trabajar con él.

–¿Hace cuánto fue eso?

–Tres años. Evidentemente, acabó bien porque él la contrató, pero Mingmei…

–…todavía desea a Nate.

–Es posible –Susana le dio un traje color crema–. ¿Cómo os conocisteis Nate y tú?

Mina le dio mil vueltas a la cabeza.

–Nos conocimos en el hotel de Sicilia donde yo trabajaba. En el bar. Fue… un amor a primera vista.

–Me habría gustado verlo –Susana sonrió–. Me habría encantado ver cómo se derretía el hombre de hielo.

Mina desvió la conversación hacia la ropa y, después de tres horas interminables, salió de la boutique con un guardarropa abundante y elegante.

–Vas a necesitarlo –le había advertido Susana–. La agenda social de Nate es desalentadora.

Estaba cruzando el patio otra vez cuando sonó el teléfono. Miró la pantalla y se le encogió el estómago. Era su madre y quizá fuese preferible quitárselo de en medio. Se sentó en un banco y contestó la llamada.

–*Ciao, mamma.*

Se hizo un silencio hasta que su madre contestó.

–*¿Che pensi che estai facendo,* Mina*?* ¿Qué crees que estás haciendo?

Ella se puso roja y agarró el teléfono con la mano temblorosa.

–No podía casarme con Silvio, *mamma*. Te lo dije, pero no me hiciste caso.

–¿Y deshonraste a tu prometido, a esta familia, delante de toda la ciudad?

–Él me pegó –Mina se mordió el labio inferior–. No puedo vivir con un hombre así.

–¿Y esperas que tu magnate americano sea distinto? Todos los hombres son iguales. Quieren una esposa guapa que los obedezca. Empieza a discrepar con tu americano cuando haya pasado el deslumbramiento y verás lo que hace.

–Nate jamás me pegaría.

–¿Cómo lo sabes?

Ella se mordió el labio con fuerza y su madre dejó escapar un sonido sordo.

–¿Qué vas a hacer? ¿Vas a vivir con él en Estados Unidos? Tendrás que hacerlo porque tu reputación y la de esta familia está por los suelos.

A ella se le formó un nudo en la garganta. Ni siquiera sabía dónde vivía Nate, solo sabía que era en Nueva York.

–Lo siento –murmuró ella con la voz ronca–, pero no me dejaste otra alternativa, *mamma*.

–Me defraudas, Mina.

¿Qué tenía eso de nuevo? Siempre había defraudado a su madre y nunca había entendido por qué cuando había hecho todo lo que le había pedido. Había sacado las mejores notas en el colegio, había salido con su interminable lista de pretendientes y, aun así, no había bastado.

–¿Qué pasa de nuestro plan de vender el anillo?

El alma se la cayó a los pies. Eso era lo que le importaba de verdad a su madre.

–Sigue en pie. Lo venderé y saldaré las deudas, pero no puedo hacerlo hasta dentro de un año, como ya te habrá dicho Pasquale.

–Es posible que tu marido pudiera ayudarnos –replicó su madre sin inmutarse.

–No voy a pedírselo, *mamma*.

Mina cerró los ojos y se hizo un silencio. No iba a preguntarle cómo estaba, si estaba contenta. Eso le daba igual a su madre, como siempre.

–Tengo que irme.

–Mina…

Ella cortó la llamada y le costó respirar por la opresión que sintió en el pecho. Hacía mucho que había perdido la ingenuidad respecto a su madre, pero, en ese momento, le impresionaba hasta qué punto le daba igual a su madre. Estaba completamente sola en

el mundo y tendría que valerse por sí misma.

Nate acababa de revisar las cuentas del Emelia cuando Mina entró vestida con un traje gris. Llevaba unos zapatos de tacón italianos que realzaban sus piernas de infarto. Si había creído que un traje ayudaría a mitigar el atractivo que sentía hacia ella, se había equivocado por completo. Era un traje clásico, pero lo que había debajo era indisimulable. La chaqueta entallada resaltaba la fina cintura y los pechos altos y turgentes. La falda de tubo hasta la rodilla ceñía unas caderas generosas. Sin embargo, volvió a mirarla a la cara y captó la palidez de su piel del color de la miel.

–¿Qué pasa? ¿Silvio se ha puesto en contacto contigo?

–No… No pasa nada.

–Anoche tenías pesadillas. Sí pasa algo.

–¿Te desperté? –preguntó ella sonrojándose.

–Todavía estaba trabajando. Mina, prometí protegerte y te protegeré. No tienes que preocuparte por él.

–Lo sé. Es que… algunas veces la imaginación me juega malas pasadas –Mina se apartó el pelo de la cara–. Pero no estoy afectada por eso. Me llamó mi madre. Estaba furiosa, pero me lo imaginaba. Mi reputación está por los suelos, pero tampoco me sorprende.

–Entonces, ¿por qué estás afectada? ¿Qué te dijo?

–Ahora eres mi jefe –ella sacudió la cabeza–. Debería mantenerlo todo en un terreno profesional.

–También estamos casados –Nate la miró con ironía–. Tenemos una relación bastante singular. ¿Qué te dijo?

–Estaba preocupada por mí –ella resopló–. No me preguntó qué tal estaba. Le da igual si estoy contenta contigo. Dijo que la he defraudado.

–¿Por haberte escapado de un monstruo para casarte con un hombre que declara amarte y que te mantendrá a salvo? –él arqueó una ceja–. ¿Por conseguir el mismo resultado de la venta del anillo? ¿Qué madre es esa?

–Nunca quiso tener hijos, pero mi padre sí quería. Yo estaba siempre con Camilla, mi niñera. Me mandó a un internado en Francia en cuanto murió mi padre, como si no pudiera esperar ni un minuto para deshacerse de mí. Siempre saqué buenas notas y fui la primera de la clase, pero a ella le daba igual.

–¿Cuántos años tenías cuando murió tu padre?

–Ocho.

Se le encogió el corazón al imaginarse a Mina interna en un colegio siendo tan pequeña.

–¿Nunca has hablado de eso con ella? ¿Nunca le has preguntado por qué?

–Mi *mamma*… es fría –Mina se encogió de hombros–. Me conformé, no quería desear lo imposible, pero algunas veces me gustaría saber qué le parece tan… malo de mí para corregirlo.

Él sabía lo que era eso, preguntarse todo el rato qué tenía de malo para que su propio padre no quisiera tener nada que ver con él, para que le diera la espalda a la sangre de su sangre y le cerrara la puerta en las narices cuando fue a rogarle que lo ayudara. Sin embargo, sabía que era una lucha inútil, una lucha demoledora.

–Es mejor no preguntártelo –replicó él con aspereza–. Es mejor no buscar el defecto que crees que ven en ti. No se trata de ti, se trata de ella. Debería haber sido una buena madre contigo y no lo fue. Esa es la cruz que tiene que llevar ella, no tú. No malgastes la vida intentando comprender algo que, probablemente, nunca podrás explicarte.

–¿Estás hablando de tu padre? –preguntó ella parpadeando.

–Aprende a ser tú misma sin su aprobación –siguió él sin contestarle–, será lo más gratificante que podrás hacer.

Ella asintió con la cabeza, pero el dolor todavía le brillaba en los ojos.

–¿Qué pasa? –preguntó él con un suspiro.

–Ella es lo único que tengo.

–Estás mejor sin ella –a él se le encogió el corazón otra vez–. Los padres de verdad no se portan así.

Mina apretó los labios, se dio media vuelta, fue a su dormitorio, volvió y le entregó a Nate el enorme solitario que le había regalado Silvio.

–Tengo que devolver esto.

Él tomó esa pequeña fortuna de su mano.

–Me ocuparé de mandárselo. Ya que hablamos de eso, vamos a necesitar que luzcas un pedrusco.

–No hace falta.

–Eres mi esposa, Mina, y sí hace falta. La gente mirará.

Ella se sentó en el sofá y se sirvió una taza de café.

–Susana me preguntó cómo nos conocimos. Estaba desprevenida y contesté que nos conocimos en el bar del Giarruso. Fue lo primero que se me ocurrió.

–¿Que ligué contigo en el bar de un hotel después del trabajo? –él esbozó una sonrisa y se sentó en el sofá que había enfrente de ella–. Parece un poco forzado, pero lo mantendremos.

–Debería saber algunas cosas de ti si vamos a mantener esto.

Pasé un mal rato con Susana.

–¿Como qué? –preguntó él arqueando una ceja.

–¿Dónde vives en Nueva York?

–Tengo un ático al lado de Central Park, en el corazón de Manhattan. No es tan bonito como Sicilia, pero creo que te gustará la energía de la ciudad.

–Dijiste que no íbamos a volver directamente a Nueva York…

–Antes tenemos que hacer escalas de una semana en Hong Kong y las Maldivas.

Ella parpadeó por el ritmo acelerado de su vida nueva.

–¿Tienes hermanos?

–Tengo siete medio hermanos por parte de padre.

–¿Estás unido a ellos?

¿Qué podía contestar? ¿Que quizá fueran la familia más disfuncional sobre la faz de la tierra? ¿Que no solo había una separación muy profunda entre Alex y él sino que mantenía las distancias con todos porque todos estaban un poco afectados por el pasado y era mejor no reabrir viejas heridas?

–No sé si puede decirse que estamos unidos, pero nos comunicamos de vez en cuando.

–Sé que te gusta la ópera y correr, pero ¿tienes más aficiones o pasiones?

–El trabajo es mi pasión. Trabajo unas quince horas al día, Mina. No tengo mucho tiempo para nada más. Por eso deberíamos concentrarnos en este momento. A no ser que tengas más preguntas.

–No. Eso bastará por el momento.

Él recogió las cuentas del Emelia y se las entregó a ella.

–Repasa esto. Lo comentaremos cuando hayas tenido tiempo para leerlo, pero antes quiero sentar las bases de cómo vamos a trabajar juntos.

Ella cruzó las piernas y se dejó caer sobre el respaldo para escucharlo.

–En primer lugar, estás aquí para aprender. Lo mejor que puedes hacer durante el próximo año es escuchar, absorber todo lo que se dice, analizarlo y luego, cuando estemos solos, hacerme las preguntas que quieras. En segundo lugar, quiero que observes a las personas en todas las reuniones, que observes su lenguaje corporal, lo que transmiten con gestos, porque muchas veces son más elocuentes que las palabras. Busca siempre un punto de vista, todo el mundo lo tiene al hacer un negocio, todo el mundo entra en una reunión con un planteamiento previo. Es esencial entender las metas y las estrategias de una negociación, sea amistosa o no.

–Me han contado que mi padre sabía negociar muy bien –comentó Mina con un brillo de orgullo en los ojos–. Una vez resolvió una huelga que duraba semanas en una de nuestras fábricas porque fue hasta donde estaban los piquetes y negoció un acuerdo con los trabajadores.

–Eso se traduce en mi tercera regla. Quiero que resuelvas problemas, que me des soluciones.

–Muy bien.

–Eso es todo por el momento –él señaló el informe contable con la cabeza–. Los beneficios del Emelia han caído durante el último año. Tenemos que hacer algo. A ver qué se te ocurre.

La reunión con Giorgio y el equipo directivo del Emelia fue peor de lo que Nate había esperado. El conformismo se había adueñado del hotel y el director no tenía un plan para elevar los beneficios porque no creía que tuviera un problema.

–El mercado está deprimido, Nate –explicó Giorgio con esa voz sedosa que tenía–. Hacemos todo lo que podemos para atraer clientes al hotel, pero no podemos fabricarlos.

Nate miró a Mina.

–¿La ocupación del Giarruso bajó este año?

–No mucho –ella frunció el ceño–. Creo que el director dijo que había bajado el cinco por ciento.

–Aquí ha bajado el quince por ciento –le recordó Nate a Giorgio.

Giorgio puso una mano en el brazo de Mina, como si fuese una niña a la que había que corregir.

–Ha tenido que ser más del cinco por ciento. Es posible que te hayas equivocado de cifra.

–No –replicó Mina–. No fue el quince por ciento ni mucho menos.

Giorgio se dejó caer contra el respaldo y se cruzó de brazos.

–¿Qué propones que haga? ¿Altero la economía del mundo occidental? ¿Manipulo los mercados? Hemos aumentado los presupuestos de marketing y ventas. Se ha hecho un esfuerzo, Nate.

–Un esfuerzo que no ha servido.

Giorgio se puso rojo y la mesa se quedó en silencio.

–¿Y la fidelización de clientes? –preguntó Mina–. Lo clientes repiten menos. ¿Y si…?

Nate dirigió una mirada demoledora a Mina y ella cerró la boca.

–¿Cuál es tu plan de ataque en ese sentido? –le preguntó Nate a Giorgio.

–Hemos hecho una campaña de descuentos.

–Entonces, no es lo bastante convincente.

–¿Qué ibas a proponer? –le preguntó Giorgio a Mina.

Nate le hizo un gesto tenso con la cabeza para que contestara.

–Estaba pensando en una campaña para avivar los recuerdos o algo así. Hace años vine a Capri de vacaciones con mi familia y esta vez, cuando llegué, me trajo muchos recuerdos. Quizá algo más basado en los sentimientos que en las cifras.

–Me gusta –reconoció Giorgio.

A Nate también le gustaba, pero le habría gustado que hubiese sido una idea de su director, no de su protegida. Siguió acribillando a preguntas al director durante la reunión de tres horas, hasta que la dio por terminada y subió con Mina a su suite.

–Ya sé que no debería haber hablado –comentó Mina en cuanto estuvieron dentro y cerraron la puerta–. Es que la reunión estaba poniéndose tensa y tenía una idea.

–La tensión está bien. Hace que la gente salga de su zona de confort. Francamente, como Giorgio siga así va a tener que buscarse un trabajo.

Ella abrió los ojos como platos y se quedó pálida.

–Creía que, al ofrecer una idea, Giorgio podría desarrollarla.

–Al hacerlo, me impediste que le diera una lección. Además, te había dicho que no hablaras –Nate la miró fijamente–. Cuando le aprieto las tuercas a alguien, lo hago por algún motivo, Mina. Tú no abras la boca.

–Lo siento –ella retrocedió un paso–. Yo… Yo no me di cuenta de que estabas haciendo eso. No volverá a pasar.

–Claro que no –confirmó él en un tono cortante como una cuchilla de afeitar–. O te atienes a mis reglas o te quedas fuera de juego.

Ella asintió con la cabeza y con los puños cerrados a los costados. Nate la miró con detenimiento. ¿Tenía miedo de él? Entonces, se acordó de lo que le había pasado, de lo intimidante que tenía que parecerle. Era el doble de alto que ella y estaba furioso. Mina no era uno de sus empleados encallecidos y acostumbrados a sus estallidos de cólera, era como un pajarillo que acababa de salir del nido. Se metió las manos en los bolsillos y resopló.

–Las reuniones de trabajo no son como las reuniones para tomar el té donde todo el mundo es amable y sale con una sonrisa en los labios. Es un mundo terriblemente competitivo donde solo sobrevive el más fuerte. Podría dejarte en un despacho, darte trabajo de investigación y que no vieras cómo es de verdad, pero así

no aprenderías. Cúrtete, Mina, aprende a ser una gladiadora porque los sentimientos no importan en este mundo.

–Puedo hacerlo y lo haré, Nate –un brillo de decisión resplandeció en los ojos de Mina y el miedo desapareció de su rostro–. Te pido disculpas otra vez. No quería socavar tu autoridad.

–Muy bien. –él asintió con la cabeza–. Prepárate para la fiesta.

Ella se dirigió hacia su habitación.

–Mina…

Ella se dio la vuelta.

–Creo que tu idea dio en el clavo. Durante una recesión, la gente se gastará el dinero por motivos sentimentales. Voy a decirle a Giorgio que lo estudie con el equipo de marketing.

A ella se le iluminó el rostro como si hubiese salido el sol.

–*Grazie*, Nate.

–Veremos si sigues diciendo lo mismo cuando lleves un mes conmigo –replicó él esbozando una sonrisa.

Capítulo 6

TE parece bien?

Nate apartó la mirada del móvil y la dirigió hacia las piernas impresionantes que tenía delante. La subió por las caderas cubiertas por una tela azul oscuro y llegó hasta el recatado, pero espectacular, escote. Se acordó de la expresión «menos es más». Con Mina, menos siempre era más. Podría perdonarse a un hombre que creyera que ella estaría mejor completamente desvestida.

Aun así, Mina parecía no tener ni idea de lo impresionante que era, algo que aumentaba su atractivo. Se mordía el labio inferior, se retorcía un rizo en un dedo y lo miraba mientras esperaba su aprobación. A él le divirtió imaginarse cuál habría sido la reacción de ella si él hubiese dado a entender lo que le habría pasado por la cabeza si hubiese sido su esposa de verdad.

Se mirarían en el espejo que colgaba de la pared, ella tendría las manos apoyadas en la mesa antigua que tenía delante y la falda levantada alrededor de la cintura…

Mina abrió mucho los ojos y bajó las pestañas para abanicarse las mejillas.

–Estás impresionante –comentó él–. El color te favorece.

–*Grazie* –ella se alisó el vestido–. Dime cuál es el objetivo de esta noche.

Él se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta y pensó que Mina estaba aprendiendo.

–La cadena Grand Hotel se ha asociado con Antonio Davis y Franco Messini, las leyendas de Hollywood, para abrir una serie de clubs en algunos puntos selectos del mundo; Londres, Los Ángeles, Capri y Nueva York. Curious, el nombre de los clubs, refleja la clientela exclusiva y osada que los frecuenta y las experiencias únicas que ofrecen los clubs.

–Conozco a Antonio Davis –comentó Mina con un brillo en los ojos–. Es una leyenda y me encantan sus películas.

–También es un empresario avispado que sabe extender su marca por otros territorios. Esta noche es la inauguración de Curious en Capri y Antonio y Franco han venido con todo su séquito.

–¿Y cuál será la experiencia única de esta noche?

–Serán *Las mil y una noches*. Sensual y exótica, con la decoración habitual, pero también se harán tatuajes de henna. Los invitados podrán enseñarlos después de la fiesta y así se mantendrá el interés.

–Los tatuajes de henna están a la última en las revistas.

–Creo que son muy sexys en una mujer –él arqueó una ceja–. ¿Te has hecho alguno?

–Creo que no son para mí.

–No lo sabrás hasta que lo hayas intentado –ella se sonrojó levemente por el tono malicioso de su voz–. Por cierto, el grupo de Antonio está bien, pero el de Franco puede ser dudoso, mantente alejada de ellos.

Ella asintió con la cabeza y con un brillo en los ojos que él no pudo interpretar.

–¿Qué?

–Crees que soy una ingenua incorregible.

–¿No lo eres? –le preguntó él esbozando media sonrisa.

Ella lo miró un rato y se sonrojó más mientras se inclinaba para recoger el chal de la silla.

–¿Quién se supone que soy esta noche? ¿Tu protegida o tu esposa?

–Mi impresionantemente guapa esposa –él le quitó el chal y le rozó la piel con los dedos al ponérselo alrededor de los hombros–. Los lobos van a salir esta noche, Mina, te lo aviso.

–He asistido a tantos actos sociales que ni los he contado –ella levantó la barbilla–. No pasará nada.

–A ninguno como este.

Ella le miró las manos, que seguían sobre sus hombros, como si se preguntara qué hacían allí. Él también se preguntaba por qué no podía resistirse a cualquier excusa para tocarla. Quizá los lobos también estuviesen dentro. Retiró las manos de sus hombros.

–Esta noche te servirá de ensayo para Nueva York. La noticia de que estamos casados se filtrará a la prensa. Supongo que los tendremos encima durante una temporada.

La aprensión se reflejó en los preciosos ojos marrones de ella. Él le puso una mano en la espalda y la empujó hacia la puerta.

–Recuerda que eres una gladiadora. Esto es pan comido.

La fiesta de Curious, que se celebraba en el salón al aire libre del Emelia con vistas a la bahía, estaba en su apogeo cuando llegaron. Parecía como si los empleados de Giorgio lo hubiesen preparado impecablemente. Tiendas de campaña de estilo árabe cubrían el espacio con distintos muebles esparcidos. Cortinas verdes y

moradas, abiertas y cerradas, creaban ambientes íntimos o más propicios para las relaciones sociales. El interior de las tiendas de campaña eran auténticas fantasías con tapices y almohadones sobre divanes bajos. El ambiente lo completaban las abundantes velas, los faroles labrados, las bailarinas que ejecutaban la danza del vientre y las mujeres que hacían los tatuajes. Era como si hubiese cruzado el desierto y hubiese acabado en un oasis en el que estaban las personas más hermosas del mundo. Había abundancia de joyas y de acompañantes pagadas, que acompañaban a los hombres que querían tener una mujer hermosa al lado.

–¿Acompañantes pagadas? –preguntó Mina como si no hubiese entendido lo que quería decir–. ¿Te refieres a prostitutas?

–No creo que les gustara la expresión –contestó él–. Supongo que algunas ofrecerán servicios… recreativos y que otras solo están por las apariencias.

–Ah…

Ella no dijo nada más mientras él se abría paso con una eficiencia implacable. No era sociable por naturaleza, solo era un medio para alcanzar un fin, una exigencia del trabajo. Su esposa, en cambio, se encontraba en su elemento, se movía con naturalidad y murmuraba frases amables en italiano que se ajustaban a la personalidad o intereses de cada persona que se encontraba. Le cautivó su atractivo, lo camaleónica que era, y le dedicó toda su atención con una fascinación desconocida para él hasta ese momento.

Antonio Davis se apartó del gentío cuando los vio y se acercó con su novia Evangelina. Rodeó a Nate con un brazo y le dio una palmada en la espalda.

–Me habían dicho que estabas aquí. También me han dicho que te has casado con esta mujer impresionante. ¿Qué ha pasado? ¿No ha habido celebración?

–Nos casamos ayer y fue bastante… precipitado. Si no, te habría invitado con toda certeza –Nate señaló a Mina con la cabeza–. Mina, te presento a Antonio Davis y a Evangelina Cabriera, su media naranja.

Antonio y Evangelina besaron a Mina en las mejillas y ella miró cohibida al actor.

–Me encantan tus películas. Aprendí a hablar inglés con ellas.

El galán maduro, cuya frialdad exterior disimulaba el hombre agradable y ambicioso que era por dentro, sonrió.

–Entonces, lo primero que dijiste fue: «Dispárales, Charlie».

–Creo que más bien fue: «No soy un héroe, solo soy un hombre

con un buen caballo y que llega en el momento oportuno».

Antonio echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada estruendosa. La jerga vaquera dicha en el sexy acento italiano de Mina no sonaba igual.

–Te gustaba Carlson, ¿no?

–Me encantaba. Era muy divertido ver cómo descubría que Charlie era una chica.

–Fue divertido representar ese papel –Antonio le arqueó una ceja a Nate–. ¿Has visto a Franco?

–Todavía, no.

–Ha estado… ocupado –comentó Antonio haciendo una mueca de disgusto.

Nate no quería saber más. Parecía que el chico malo de Hollywood no estaba dispuesto a reconocer que no tenía edad para estar toda la noche de juerga con cantidades industriales de drogas ilegales. Él trataba con Antonio y dejaba a Franco al margen.

–¿No te apetece hacerte un tatuaje con Evangelina? –le preguntó Antonio a Mina–. Está deseando hacerse uno y yo tengo que hablar de algunos asuntos con Nate.

Mina miró a Nate como si le pidiera confirmación y él le dirigió una mirada desafiante como si la animara a que ampliara sus horizontes.

–Me encantaría –contestó ella levantando la barbilla.

Antonio le contó la idea que tenía para unos clubs nuevos y a Nate le gustó inmediatamente. Sobre todo, le gustó que Franco no fuese a participar.

–Mándame la propuesta.

–Te la mandaré –el actor sonrió y saludó a alguien con la mano–. Hay un inversor al que deberías conocer.

Él echó una ojeada para buscar a Mina. Evangelina y ella estaban en medio del grupo de Franco. Entrecerró los ojos al ver a Franco con un traje blanco y la sonrisa resplandeciente y depredadora clavada en Mina.

–Es mayorcita –Antonio le rodeó los hombros con un brazo–. No le pasará nada.

Mina intentaba relajarse y disfrutar, pero esa fiesta no se parecía a nada que hubiese conocido antes. Evangelina bebía sin parar y le presentaba a actores, actrices y productores a tal velocidad que la cabeza la daba vueltas. Le daba miedo ofender a alguien por no acordarse de él y los hombres parecían inusitadamente… simpáticos, sus ojos golosos parecían mirarla un poco demasiado

tiempo. Ese ambiente aumentaba la sensación caótica que tenía por todo lo que había pasado durante las últimas veinticuatro horas. Se había escapado de su casa, había tenido esa espantosa conversación telefónica con su madre, Nate se había enfadado con ella por extralimitarse en la reunión… Habría preferido quedarse en su suite para ver una de las películas de Antonio.

–Hola, preciosa.

Franco Messini aprovechó un descuido de Evangelina para agarrarla de la mano y llevarla a la barra.

–Le verdad es que no me apetece otra copa de vino.

–No puedo dejar a mi encantadora invitada con las manos vacías –Franco levantó una mano para llamar al camarero, consiguió dos copas de champán y la sacó de la multitud que había junto a la barra–. Te he oído decir que eres admiradora de Sybil Atkinson. Acabo de verla. Te la presentaré.

A ella le pareció una buena idea. Cuanto menos estuviese sola con Franco, mejor. La llevó entre la gente hasta una de las tiendas de campaña. Ella lo siguió dentro del pequeño espacio con una luz tenue e íntima. Estaba vacío.

–Supongo que se habrá marchado –comentó ella con desenfado–. Debería volver con mi marido, lo más probable es que esté buscándome.

–Debería vigilarte más de cerca.

Franco se acercó y tapó la luz con su corpulento cuerpo. Ella sintió un escalofrío al ver el sospechoso brillo de sus ojos azules y se preguntó si habría estado tomando algo más que alcohol.

–Mina, eres la mujer más hermosa de la fiesta.

Él se acercó más todavía y ella se pasó la lengua por los labios resecos.

–Eres muy amable, pero debería volver con Nate.

–Dentro de un minuto –Franco le acarició el brazo–. No es delito mirar a la mujer de otro hombre, ¿verdad?

Sin embargo, él estaba tocándola. Mina retrocedió un paso y la incomodidad dejó paso al miedo. Le sudaban las manos y tenía el pulso acelerado.

–Me gustaría volver con los demás.

–No te sientas tan amenazada –la mirada de Franco pareció burlarse de ella mientras volvía a acercarse–. No has estado muy simpática conmigo. Solo quiero conocerte mejor. Al fin y al cabo, eres la esposa de mi socio.

–No me parece una buena idea. Mi marido… es muy celoso.

El actor levantó una mano y le pasó un dedo por la mejilla.

–Creo que debería aprender a compartir. Nate siempre ha sido un engreído malnacido. Demasiado para mi gusto.

A ella se le aceleró más el pulso y, esa vez, las manos se le quedaron heladas. Miró hacia la salida, que estaba bloqueada por el cuerpo de Franco. Tenía que mantener la calma, pero la imagen de Silvio que la agarraba de la muñeca, que la besaba y que la abofeteaba hizo que el corazón le golpeara contra el pecho. Franco era mucho más grande que ella. Le costó respirar y la cabeza se le nubló más.

–Por favor… –murmuró ella con la voz quebrada.

Franco le pasó un pulgar por el borde del mentón.

–Por favor, ¿qué?

–Será mejor que quites las manos de encima de mi esposa.

La voz de Nate, tensa y baja, cortó el aire. Franco se dio la vuelta y dejó ver la silueta de su marido contra la luz de la entrada. Tenía los ojos clavados en el actor y una expresión de furia contenida. Era tan alto como el actor, pero menos corpulento, con una musculatura más fibrosa e intimidante. Franco también pareció darse cuenta porque retrocedió con las manos levantadas.

–Tranquilo, Brunswick. Solo estábamos hablando.

–Y por eso mi esposa está petrificada –Nate se acercó a Mina y la rodeó con un brazo–. Estás agotando mi paciencia, Franco. Como no cambies, acabaré con esta sociedad por mucho que aprecie a Antonio.

–Has invertido demasiado para hacerlo –replicó Franco con el ceño fruncido.

–No me tientes. Desaparece, Messini. Como vuelvas a acercarte a tres metros de mi esposa, te machaco.

Franco miró a Nate con un brillo beligerante en los ojos y ella no estuvo segura de cómo iba a acabar eso, hasta que Franco se dio media vuelta y se marchó. Mina resopló con alivio y Nate le dio la vuelta sin soltarle la cintura.

–¿Qué ha pasado?

–Nada –ella sacudió la cabeza–. Él… No debería haber permitido que me trajera aquí. Me dijo que iba a presentarme a Sybil Atkinson, pero no había nadie…

–Te dije que no te mezclaras con Franco o su grupo.

–Estaba eludiéndolos. Entonces, Evangelina fue a hablar con alguien y él apareció.

–¿Qué te dijo?

–Me miraba como un poco ido. Le dije que quería marcharme, pero no me dejaba. Empezó a tocarme. Dijo que no era delito mirar

a la esposa de otro hombre, que… que eres un engreído malnacido, que deberías aprender a compartir.

–¿Dijo eso? –preguntó Nate con los ojos como ascuas.

–Sí –ella se estremeció al ver la repentina quietud de su cuerpo alto y delgado–. Estoy segura de que todo era una fanfarronada, de que yo reaccioné de forma exagerada. Vi… Vi a Silvio en la cabeza, retrocedí a la noche en la que me pegó y me quedé helada. Quise marcharme, buscarte, pero las piernas no me respondían.

–Es normal que una persona se quede helada en una situación amenazante –Nate sacudió la cabeza–. Es culpa mía, no debería haberte dejado sola entre esta gente –entrelazó los dedos con los de ella–. Vámonos.

Lo siguió fuera de la tienda de campaña, pero se paró cuando él se dirigió hacia la salida.

–No quiero estropearte la noche. Ya he causado bastantes problemas entre Franco y tú.

–Franco y yo ya teníamos diferencias. Además, tú no causaste esa escena, fue Franco –le puso una mano en la espalda y la empujó entre el gentío–. Iba a buscarte para que nos marcháramos.

Las luces de Capri resplandecían alrededor de ellos mientras subían a la suite en el ascensor transparente. Empezó a sentirse como una necia cuando vio el gesto sombrío de Nate. Había exagerado mucho, Franco no había sido una amenaza de verdad, había intentado buscarle las cosquillas a Nate y a ella… y ella le había dejado. Probablemente, Nate estaría preguntándose en qué berenjenal se había metido con ella.

–¿Qué tal…?

–Me siento como si siempre estuvieses rescatándome –ella suspiró–. Creerás que soy una especie de damisela en apuros que no sabe cuidar de sí misma.

–Esta noche la culpa ha sido mía, Mina.

–No. Es que… –ella se mordió el labio inferior–. Normalmente no soy así.

–¿Cómo eres normalmente?

–Autosuficiente –ella se encogió de hombros–. Fuerte. Me mandaron a un internado en Francia cuando tenía ocho años. No hablaba el idioma y estaba desamparada. Aprendí a sobrevivir.

–Es verdad –reconoció él–. Pudiste haberte conformado con ser una víctima de Silvio, pudiste haberte casado con él y sufrir sus maltratos toda la vida, pero no lo hiciste y se necesitan agallas.

Ella asintió con la cabeza. No soportaba ser la persona que había sido esa noche, no soportaba que todo se le escapara tanto de las

manos, que fuese como si ya no pudiera confiar en sus instintos.

–Mina, tu vida ha dado un vuelco durante las últimas cuarenta y ocho horas –Nate la miró a la cara–. No seas tan severa contigo misma. Tienes que respetar tu miedo y dejarlo a un lado cuando puedas hacerlo.

Él tenía razón y ella lo sabía.

–¿Has pensado alguna vez hacer artes marciales? –añadió él.

–No creo que sea lo mío –contestó ella con el ceño fruncido.

–Deberías pensarlo. Aprender a defenderse es muy estimulante para una mujer.

–¿Tú lo haces?

–Sí, kárate.

–¿Eres bueno?

–Cinturón negro, pero no tienes que saber mucho para defenderte, basta con que sepas lo elemental.

–Es impresionante –comentó ella mientras salían del ascensor y entraban en la suite.

También era sexy.

Él se desabrochó la chaqueta y se la quitó.

–Me crie en un vecindario conflictivo. Tenía que protegerme y solo había dos formas de hacerlo, con armas o contigo mismo como arma. Acabé eligiendo el kárate.

–¿Acabaste?

–Pasé unos años dudosos antes de tomar esa decisión.

Ella asimiló esa nueva información. Se había imaginado que al ser un Di Sione, o medio, se habría criado entre todo tipo de lujos. Que no se hubiese criado entre algodones parecía reflejar mejor a ese hombre. Franco había visto lo que había debajo del barniz y se había alejado.

Nate la miró mientras se quitaba la corbata y se desabrochaba dos botones de la camisa.

–¿Qué te parece? Podría apuntarte a unas clases en mi gimnasio de Nueva York.

–No lo sé –contestó ella–. No me gusta mucho el ejercicio físico.

–Te recuerdo que eres una gladiadora.

No lo había sido esa noche…

–Si vas a sentirte mejor, puedo demostrarte cómo habrías salido de esa situación con Silvio.

–¿Cómo? –ella frunció el ceño–. Es mucho más grande que yo.

–Podrías haberlo hecho si supieses defensa personal. Muéstrame lo que pasó aquella noche. Te enseñaré un par de técnicas de defensa personal que son muy sencillas.

–¿Ahora…?

–Ahora –contestó él con una mirada burlona.

Ella se mordió el labio inferior. Le costaba resistir las ganas de recuperar el dominio de sí misma, de borrar el miedo de la cabeza.

–Sí, por favor, enséñame.

–Dime qué pasó aquella noche.

–Estábamos en el salón de la casa de mi madre. Acababa de servirle una copa a Silvio. Él estaba enfadado conmigo porque le había dicho que tenía dudas sobre nuestra boda. Él… Él me agarró de la muñeca y empezó a besarme. Yo… me quedé sorprendida porque nunca había sido agresivo conmigo. El beso empezó a ser… íntimo –ella miró hacia otro lado–. No me gustó e intenté empujarlo, pero no me soltaba. Entonces, me dio una bofetada en la cara.

–Enséñame lo cerca que estabas de él –le pidió Nate dando un paso hacia ella.

–¿Qué? –preguntó ella mirándolo fijamente.

–Tengo que saber lo separados que estabais, el espacio que tenías para moverte. Eso condiciona la técnica de defensa personal que puedes emplear.

–Ah… –ella lo pensó–. Estábamos muy cerca.

–¿Así?

Él la agarró de la muñeca y tiró de ella. El roce de su cuerpo alto y fuerte hizo que le abrasaran las mejillas. Cada terminación nerviosa de su cuerpo cobró vida y lo percibió con tanta intensidad que no pudo mirarlo.

–Es posible que esto no sea una buena idea –murmuró Mina.

–Enséñamelo, Mina.

–Estábamos más cerca.

–¿Cuánto?

Ella se acercó hasta que cada centímetro de sus cuerpos, desde el pecho a las rodillas, estaban tocándose. Sus pechos rozaban el pecho de él, sus caderas estaban apoyadas en las de él y eso no podía ser bueno. Era abrumadoramente viril y ella estaba teniendo la reacción contraria a la que había tenido con Silvio.

–¿Dónde tenía los brazos?

–Uno estaba en mi cintura… bueno, más abajo –se corrigió a sí misma–. El otro, no me acuerdo.

Nate le rodeó la cintura con un brazo.

–Nos apañaremos con esto. ¿Era más o menos como estamos?

–Sí.

Él bajó la cabeza hasta que su boca estuvo a unos centímetros de

la de ella. A ella se le paró el pulso.

–¿Qué haces?

–Empújame.

Ella levantó una mano y le empujó el hombro con todas sus fuerzas, pero era como intentar mover una pared de ladrillos.

–Cuándo estás tan cerca, pierdes fuerza –le explicó él–. Necesitas espacio. O bien te haces ese espacio para poder atacarlo, cosa que no vas a poder en esta situación, o buscas los puntos vulnerables.

–¿Los puntos vulnerables?

–Mi entrepierna. Intenta subir le rodilla deprisa y con fuerza.

–No.

–Eres una gladiadora.

Ella apretó los dientes e intentó levantar la pierna, pero no consiguió nada.

–No tienes sitio, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

–¿Cuáles son mis otros puntos vulnerables?

–¿La cara?

–Sé más concreta.

–¿Los ojos?

–¿Cuál más?

–¿La nariz?

–Sí, pero el cuello es mejor. Un golpe rápido y fuerte en el cuello, en la nuez de un hombre a ser posible, es perfecto. Me aturdiría tanto que te soltaría. Meter los dedos en los ojos también está bien. El objetivo es desorientarme lo bastante como para escaparte.

Ella asintió con la cabeza.

–Vamos a empezar desde el principio.

–¿Desde el principio?

–Tienes que volver a ponerte en situación. Imagina que está pasando, recuerda toda la secuencia y busca uno de mis puntos vulnerables. Yo no sé cuál será y eso te da el factor sorpresa que tendrías en esa situación.

–De acuerdo –concedió ella con los labios apretados.

Él le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí.

–¿Preparada?

–Sí.

Él bajó la cabeza y esa vez la besó. Al contrario que el beso que le dio delante del secretario de registro, ese fue un beso inevitable, dominante, que quería imitar el que le había dado Silvio, pero ella confiaba en Nate. Aun así, el corazón se le aceleró por lo impotente

que se sentía, por lo fuerte que era él. Cuando él profundizó el beso, cuando reclamó algo que ella no estaba dispuesta a darle, se puso rígida, reunió fuerzas y le golpeó el cuello con la mano derecha. Él la soltó y se llevó las manos al cuello.

–Bien hecho –la felicitó él entre toses–. Esperaba que fueses a los ojos.

Mina lo miró fijamente con los puños cerrados a los costados y sintiendo la descarga de adrenalina por todo el cuerpo.

–¿Estás bien?

–Sí –él entrecerró los ojos–. El beso era necesario, Mina. Tenías que evocar la reacción violenta para emplear tu fuerza.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Qué habrías hecho después?

–Correr.

–¿Adónde?

–Por la puerta principal. La casa estaba vacía.

–Muy bien. Tienes que buscar gente, buscar ayuda.

Ella abrió los puños y tomó una bocanada de aire para intentar serenarse.

–Acabas de recuperar el poder, Mina –Nate se acercó a ella–. Yo sabía que ibas a golpearme y, aun así, me anulaste el tiempo suficiente como para zafarte.

Ella asintió con la cabeza y le ordenó al corazón que se sosegara porque estaba delante de Nate, no de Silvio.

–Si tienes el poder –siguió Nate–, puedes decidir en quién confías, puedes decidir qué situaciones aceptas. No todos los hombres son violentos. Algunos solo querrían besarte por placer… por el tuyo y el de ellos.

Ella ya lo sabía, pero lo que había sentido cuando Nate la había besado…

–¿Qué?

–El pánico –ella se llevó una mano al corazón–. Sé que puedo confiar en ti y, aun así, me sentía aterrada.

–Como dije, date un poco de tiempo.

–Tienes razón –Mina esbozó una sonrisa forzada–. Es que no soporto darle ese poder sobre mí.

–Pues no se lo des.

–¿Cómo dices? –preguntó ella parpadeando.

–¿Confías en mí?

Ella asintió con la cabeza.

–Entonces, vuelve a ser tú misma –él se acercó otro paso más–. No sentimos atraídos el uno por el otro, Mina, muy atraídos, pero

yo no soy Silvio. Yo puedo besar a una mujer y alejarme de ella por muy alterado que esté, independientemente de mis sentimientos, porque los controlo. Nunca haría daño a una mujer. Por eso, bésame en este momento, sustituye lo que pasó con Silvio con una experiencia positiva.

–No podemos hacerlo –replicó ella con la boca abierta–. Tenemos una regla.

–La incumpliremos por un beso. Cuanto más tiempo permitas que eso te corroa por dentro, más te costará quitártelo de encima.

Ella tenía la sensación de que era verdad. No quería acarrear esa mentalidad de víctima, no quería darle la oportunidad de que se adueñara de ella, porque la Mina Mastrantino que había sido esa noche no era la Mina de verdad, la Mina que había ahuyentado a sus fantasmas de la infancia en un internado porque no había habido nadie que lo hiciese por ella, la Mina que había aprendido a sobrevivir sin amor diciéndose que algún día lo tendría, como parecía tenerlo todo el mundo que la rodeaba, la Mina que era más fuerte que esa.

–Sí. Hagámoslo.

–Ven…

Mina, por un instante estremecedor, pensó que podía estar loca porque ese hombre era peligroso, innegablemente peligroso, como él mismo había reconocido. Sin embargo, ella había reconocido que confiaba en él. Nate estaba dejando que ella tomara la iniciativa y no haría nada.

Ella dio dos pasos hasta que estuvo casi tocándolo. Se detuvo con su timidez innata. Nate la miró a los ojos y ella dio el último paso y contuvo la respiración cuando él la tomó de la cintura con una mano y la atrajo hacia sí. Ella creyó que se inclinaría y la besaría, pero se limitó a mirarle fijamente los labios como si fuesen la cosa más fascinante del mundo, como si tuviese todo el tiempo del mundo. A ella se le aceleró la respiración y le bulló la sangre. Él bajó la boca sin tocar la de ella. Sus alientos se mezclaron y ella estaba casi jadeando cuando él ladeó la cabeza y le tomó la boca. Le agarró la cara con delicadeza, como si pudiese apartarla en cualquier momento, y le recorrió los labios con una minuciosidad exquisita que estuvo a punto de hacer que cayera de rodillas. El beso, largo e hipnótico, siguió hasta que quedó inerte entre sus dedos y la sangre le corrió como la lava por las venas.

Nate bajó las manos a sus caderas y la acercó a él hasta que estuvo tan cerca como en el beso de práctica. Sin embargo, esa vez no tenía miedo, solo quería más.

Él le pasó la lengua por el labio inferior y se lo mordió con delicadeza. Ella dejó escapar un gemido que le salió de lo más profundo de la garganta. Él la complació, introdujo la lengua en su boca y el beso se convirtió en una indagación ardiente y desinhibida.

Se le contrajeron las entrañas. Jamás la habían besado así, como si él quisiera devorarla, poseerla. Los besos que le habían dado en su búsqueda de marido habían sido comedidos. Ese no tenía nada de comedido, era intenso y sensual, como la obertura de una ópera que iba construyendo lentamente el tema principal.

Ella correspondió a las caricias de su lengua con movimientos dubitativos. Fueron unos intentos torpes, pero a Nate parecieron gustarle y la apremió a que siguiera con una voz baja y ronca. Ella se agarró de su camisa para mantener el equilibrio y se arqueó instintivamente. Él la adaptó al contorno de su poderoso cuerpo como si hubiese estado esperándolo y ella inclinó la cabeza hacia atrás mientras la devoraba más profundamente. Notó la ardiente y turgente erección y la sangre le hirvió más todavía. Lo agarró con más fuerza de la camisa. No podía soltarlo cuando el beso, cuando él, era tan maravillosamente embriagador.

Perdida en un universo que era solo Nate, la sensación de su cuerpo pétreo y ardiente contra el de ella, tardó un par de segundos en darse cuenta de que ese ardor había desaparecido, de que Nate se había separado con las manos en las caderas para sujetarla, como si supiera lo desestabilizada que estaba.

–Un beso –murmuró él mirándola fijamente–. Ahora, voy a alejarme, Mina, como dije que haría.

–Yo… Eso ha sido…

–Lo que espero que borre aquel otro beso de tus memoria –él hizo una mueca con la boca–. No volverá a suceder.

–No.

Estaba completamente segura de que no volvería a suceder nada parecido.

–Buenas noches –se despidió él tomando la chaqueta de la silla.

Ella lo siguió con la mirada. Parecía tan tranquilo como si estuviera acostumbrado a que las mujeres cayeran de rodillas… metafóricamente. Ya sabía por qué no había aceptado a ninguno de los pretendientes que su madre había intentado endosarle. Ninguno de los solteros que le había presentado, algunos de ellos muy guapos, había conseguido que sintiera la décima parte de lo que había conseguido Nate. Tomó aliento, se quitó los zapatos con los pies, los recogió y se dirigió hacia su dormitorio. Podría haber dado

resultado y haberle borrado todo lo demás de la cabeza, podría haberle demostrado que podía confiar en sus instintos, pero, seguramente, el problema iba a ser encontrar la manera de pensar en algo que no fuese lo que acababa de pasar.

Capítulo 7

MINA había tenido razón el día de su boda. Un beso de Nate era inolvidable. Había pasado una noche en vela dando vueltas en la inmensa cama e imaginándose lo que sería estar entre sus brazos, preguntándose todo lo que podría enseñarle.

Algo que se quedaría en su imaginación, se dijo a sí misma mientras se sentaba en una reunión con Giorgio y su equipo de marketing para comentar la campaña de fidelización de clientes. Lo que le había dado Nate no tenía precio, era la oportunidad de demostrar que era algo más que una cara bonita que solo podía vender su imagen, la oportunidad de demostrar que era capaz de hacer algo más que presentar a alguien con cortesía en una reunión a tomar el té o limpiar retretes en el Giarruso.

Nate también le había dado algo que quizá fuese más importante todavía. La noche anterior le había recordado que, por muy abrumada que estuviese por su situación, no era solo una criatura de Dios al capricho del mundo que la rodeaba, era una mujer que había elegido su destino, que por fin era independiente. Era algo que le había enseñado la madre de Celia durante las vacaciones escolares que había pasado en Niza con los Bettencourt mientras su madre recorría el mundo con sus distinguidos amigos, cuando se encontraba sola y creía que tenía que tener algún defecto para que su madre nunca le hiciese caso.

Juliana Bettencourt le había dicho que era especial, que resplandecía por dentro y por fuera, que no lo olvidara nunca, que eligiera un porvenir que le ofreciera todo lo que se merecía. Estaba decidida a hacer precisamente eso mientras los especialistas en marketing que la rodeaban empleaban términos que ella desconocía como CRM (gestión de la relación con los clientes) o CTR (porcentaje de clics). No podía desperdiciar esa oportunidad por un beso, por muy increíble que hubiese sido. Aunque hubiese conseguido que se hubiese sentido viva de verdad por primera vez en su vida, aunque la atracción que sentían Nate y ella pareciese de las que solo se daban una vez en la vida.

Durante los días siguientes se sentó con Nate en reuniones sobre la expansión de la cadena y en una *conference call* con el equipo mundial de marketing. El jueves, se reunieron con la agencia de

relaciones públicas que Giorgio y su equipo utilizaban para poner en práctica las campañas de marketing. Ella comentó a Nate las ideas que habían generado, quien aportó sus propias ideas, le dijo que las de ella eran sólidas y le pidió que lo hablara con Giorgio. Tener un proyecto propio hacía que le resplandecieran las mejillas y que caminara con brío.

El sábado, cuando Nate y ella se montaron en el avión que los llevaría a Hong Kong, se había adaptado a su nuevo papel y ya no parecía un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, como la había descrito Nate.

Si bien le dolía que su madre no se hubiese molestado en llamarla otra vez, se compensaba con que Silvio también la hubiese dejado en paz. Al parecer, se había olvidado de ella de verdad. Dejó esa preocupación atrás y solo miró hacia delante.

Nate estaba haciéndolo bien. Había pasado la semana anterior sin hacer ni el más mínimo caso de la química abrasadora que había entre su esposa y él, había sometido a su protegida a un implacable ritmo de trabajo pensado para borrarle de la cabeza aquel beso. Su estrategia había dado resultado en términos generales. Ella había aceptado todo lo que le había propuesto y se había dedicado a elaborar planes minuciosos. La perspicacia que había mostrado aquel día en el Giarruso le había indicado que su intuición sobre ella era acertada. No tardaría mucho en ser de gran valor para la empresa.

Donde su estrategia no era tan efectiva, donde Mina y él tenían problemas, era en los intervalos como el interminable viaje de Capri a Hong Kong pasando por Londres. Esa atracción empezaba a bullir y se abría paso en la relación hasta que uno de los dos tenía que sofocarla conscientemente. Mina le dirigía una de esas miradas de soslayo que había estado dirigiéndole desde aquel beso ardiente y dejaba muy clara la curiosidad por lo que podría pasar entre ellos. Él, en cambio, esquivaba esas miradas con la eficacia implacable de un hombre que reconocía el peligro en cuanto lo atisbaba.

Aquella noche encendió un interruptor en la cabeza de su inocente esposa, le había mostrado lo que era la química de verdad con un beso que había llegado a ser mucho más intenso que lo que se había propuesto que fuera. Sin embargo, eso no sucedería, aunque tampoco podía negar que él también sentía curiosidad, porque no sería humano si no se preguntara lo que se desvelaría si quitaba las capas que cubrían a su hermosa esposa. Su matrimonio era un matrimonio de conveniencia, una transacción comercial,

aunque un poco más compleja que las normales. Si eso no era motivo suficiente para no acostarse con ella, que fuera virgen sí lo era. Apostaría cualquier cosa a que su esposa no había tenido relaciones íntimas y, por lo tanto, estaba vedada para él. No jugaba con vírgenes por principio, lo contrario de lo que había hecho Franco en la fiesta de Curious. Hizo una mueca de fastidio por el asunto inconcluso que tenían el actor y él. Aquella noche, Franco había sido como un felino que había arañado a su esposa para fastidiarlo. Le impresionaba hasta qué punto quería machacarlo por haber asustado a Mina. Ese sentido de protección tan intenso que sentía hacia ella era otro motivo para mantenerse alejado de su esposa, y lo había sentido desde el principio.

Mina era demasiado íntegra para existir en su mundo, donde las relaciones eran transacciones, donde las mujeres que se acostaban con él sabían que iban a durar muy poco en su cama. Un fin de semana ardiente en Río… un noche a quinientos dólares el cubierto por una buena causa en Nueva York… la posibilidad de que su nombre acabara en los ecos de sociedad… Era una simbiosis en el mejor de los casos. Nadie se hacía ilusiones falsas, solo buscaban el placer mutuo.

Mina era completamente distinta, era una mujer del tipo más peligroso, cuya inocencia y vulnerabilidad exigían que un hombre se dedicara plenamente a ella o no se dedicara en absoluto. Él entraba en la segunda categoría porque no sabía lo que eran los lazos. Ni siquiera estaba dispuesto a invertir en su familia. En Natalia, su medio hermana que se había quedado encerrada en casa, hasta hacía poco tiempo, por lo vulnerable que se sentía después de que la hubiesen secuestrado durante una estancia en París. En Dario y Dante, sus hermanos gemelos que habían desgarrado a la familia Di Sione por la disputa que habían mantenido. En Matteo, su hermano menor que había levantado un fondo especulativo increíblemente rentable con riesgos calculados. Las inversiones en otras personas no entraban en su cartera, tenían demasiada letra pequeña.

Mina, que estaba dormida y acurrucada al lado de él en el asiento, se agitó y su pelo oscuro y despeinado y sus voluptuosas curvas captaron su atención. No era difícil imaginársela en la cama mientras le recorría el cuerpo con la mirada y se deleitaba con la maravillosa curva de su trasero. Al depredador que llevaba dentro le gustaba la idea de ser el primero en tocar esa belleza prohibida, pero el realista sabía que nunca podría cumplir las cláusulas que la acompañaban.

Mina abrió los ojos como si solo hubiese echado una cabezada con un ojo medio abierto. Él intentó borrar de su cara cualquier rastro de lo que había estado pensando, pero no fue lo bastante rápido y ella se puso roja como un tomate.

–¿Qué hora es?

Él se maldijo a sí mismo por el desliz.

–Todavía nos queda hora y media. Te contaré lo que vamos a hacer cuando te hayas despejado.

Ella asintió con la cabeza, se levantó y se dirigió hacia el cuarto de baño con la presteza de una mujer que sabía lo que le convenía.

Se mojó la cara en el diminuto cuarto de baño e intentó aclararse el cerebro, que parecía detenido en alguna zona horaria entre Capri y ese sitio. Tenía que dejar de fantasear con lo que sentiría si… estaba con su marido. Eso no iba a suceder nunca. Nate lo había dejado muy claro. Sin embargo, acto seguido hizo algo así, la miró como si quisiera comérsela y las reglas saltaron por los aires.

Se secó la cara con la toalla y se pintó un poco los labios, el único maquillaje que se permitía en los viajes. Se dijo seriamente que tenía que concentrarse, salió del cuarto de baño, sacó un bloc de notas y un bolígrafo del bolso y se sentó al lado de Nate.

–Tenemos dos objetivos en Hong Kong –empezó a explicarle él–. El primero es reunirnos con Sheng Zhu, un chef con estrellas Michelin que propone la posibilidad de abrir un restaurante en el Grand Hotel. Tenerlo sería todo un éxito para el hotel. Mingmei, la directora del Grand, ha estado ocupándose de las negociaciones, pero quería que yo estuviera para firmar el contrato final.

Mingmei, su examante. Ella no hizo caso de la punzada de celos. Él solo la había besado para demostrarle algo y por nada más.

–¿No ganó uno de esos concursos para chefs de primera categoría?

–Sí. Por desgracia, también tiene una personalidad acorde con su fama. La cuestión es si merece la pena correr el riesgo. Mingmei cree que sí.

–¿Y el segundo objetivo?

–Esta tarde nos reuniremos con Mingmei y su equipo para ponernos al tanto de aspectos generales, para presentar el plan mundial de marketing y gestión al equipo directivo. Voy a almorzar con un inversor que vive allí para hablar de un proyecto. Tú le explicarás a Mingmei el plan de marketing porque lo conoces y yo estaré ocupado. Eso nos ahorrará algo de tiempo.

Para cuando Nate había terminado de informarle y de contarle la propuesta de Sheng Zhu, ya habían aterrizado en el aeropuerto de Hong Kong. El coche que les había mandado Mingmei estaba esperándolos en la puerta. La propia Mingmei estaba en la acera cuando la limusina se detuvo delante de la marquesina roja del Grand Hotel. Alta y delgada como un junco, la increíblemente hermosa Mingmei Gao, como se presentó a sí misma, besó a Nate en ambas mejillas con calidez. Su pelo, largo, moreno y liso, sus ojos oscuros con unas cejas perfectamente perfiladas y su boca con los labios pintados de rojo se conjuraron para hacer que ella se sintiera poca cosa en comparación. Además, Mingmei la analizó de pies a cabeza.

–Bienvenida al Grand Hotel de Hong Kong –murmuró ella en un inglés impecable con un ligerísimo acento–. Enhorabuena por su matrimonio y espero que los dos sean muy felices.

Si la examante de Nate sentía algo hacia su marido, como había insinuado Susana, lo disimulaba detrás de una fachada imperturbable.

–Gracias –contestó Mina–. Ha sido todo… muy precipitado.

–Tanto que, según Josephine, no habéis tenido tiempo de organizar una luna de miel –le regañó Mingmei a Nate–. Me he tomado la libertad de organizaros algo especial para la noche anterior a que os marchéis.

–¿Especial…?

–Os he preparado la suite nupcial, naturalmente –Mingmei sonrió–. Los ocupantes han estado encantados de pasarse a la suite presidencial.

–No era necesario…

–Claro que lo es. Os acompañaré.

Otro ascensor transparente, marca de la casa de los hoteles Grand, los llevó a la planta cincuenta y dos. Mingmei entró con ellos en la inmensa suite con una luz tenue que resaltaba los tonos cálidos del lujoso interior. Los ventanales permitían tener una vista impresionante de Hong Kong, pero Mina no podía apartar la vista de la cama enorme con pétalos de rosa sobre la colcha color rubí que dominaba la habitación contigua. ¡Solo había una cama! Nate miró a Mingmei con un brillo irónico en los ojos.

–Has exagerado. No hacía falta que hicieras esto, podemos alojarnos en una suite normal.

–Es posible que tú no seas romántico –replicó Mingmei mirándolo de una forma muy elocuente–, pero estoy segura de que Mina lo agradece.

–Sí –Mina intentó esbozar una sonrisa forzada–. Es increíble. *Mille grazie.*

–Os dejaré para que os arregléis. Mina, nos veremos a mediodía en el despacho. Podemos almorzar algo y repasar el plan de marketing.

Mina asintió con la cabeza y se quedó mirando la cama cubierta de pétalos de rosa mientas Nate acompañaba a Mingmei hasta la puerta. Se había adueñado de ella con aquel beso en Capri y ella se había olvidado del sentido común, de pensar racionalmente. Nate había sido quien había decidido que no pasaría. Sin embargo, ¿qué pasaría cuando compartieran esa cama? Por una parte, por esa parte que acababa de descubrir, y que intentaba evitar por todos los medios, la parte que quería sentir todo lo que Nate había despertado en ella, sabía que era una mala idea, pero el deseo de volver a vivir esa pasión hasta el final era asombrosamente fuerte.

–No podemos compartir esa cama –soltó ella mientras Nate volvía a la habitación.

Él se quedó delante de ella con una sonrisa burlona.

–Me temo que no nos queda más remedio.

–Dormiré en el suelo.

–Nadie va a dormir en el suelo, Mina –él sonrió más todavía–, pero, por curiosidad, ¿tu afirmación tajante de que no podemos compartir la cama es porque crees que no podrás contenerte? Yo he demostrado que puedo ser un buen chico…

–¿A las mujeres les parece que esa… esa arrogancia es atractiva? –preguntó ella sin salir de su asombro.

–Sí –murmuró él inclinándose para hablarle al oído–. Estás intentando disimular tu curiosidad muy bien, Mina, pero no lo bastante.

A ella le dio un vuelco el corazón y se apartó de toda esa testosterona.

–Eso no resuelve nuestro problema.

–Resolveré ese problema llevando calzoncillos, para tu tranquilidad. En cuanto al otro problema, seguiremos con la abstinencia. Ha dado cierto resultado hasta el momento.

Que Nate soliera dormir desnudo alteraba bastante sus sentidos, pero más los alteraba pensar cómo estaría con calzoncillos.

–Ya me has visto solo con una toalla –le recordó él–. Pues igual. Por curiosidad, ¿qué habrías hecho si se me hubiese caído la toalla?

–Denunciarte por escándalo público.

Mina se dio media vuelta y se dirigió hacia el cuarto de baño entre las risas de Nate.

–No te serviría de caballero andante si estuviese entre rejas, ¿no?

No podía pensar en camas y calzoncillos cuando estaba presentando el plan de marketing mundial a la examante de su marido. Además, habría agradecido no sentirse tan intimidada por la presencia de la otra mujer. Mingmei era tan inteligente como hermosa y hacía preguntas que a ella no se le habían pasado por la cabeza. Cuando terminaron, se sentía como una mera aficionada. Apretó los dientes, apagó la presentación y se dejó caer sobre el respaldo.

–¿Alguna pregunta más?

Mingmei cruzó los brazos sobre el pecho.

–Mina, ninguna de mis preguntas era una crítica. No habría esperado que supieras la respuesta. Eran cuestiones para presentar al equipo mundial y pensarlas más.

Ella bajó la cabeza. Tenía que aprender a dominar su expresión.

Cuando Nate le mandó un mensaje para comunicarle que estaba retrasándose con el almuerzo con el inversor, los directivos de Mingmei ya habían empezado a llegar a la reunión que tenían programada.

–¿Por qué no presentas tú el plan de marketing? –le propuso Mingmei–. Nate puede terminar cuando llegue.

Una oleada de pánico se adueñó de ella. Conocía la presentación, pero hacerla a un equipo de directivos cuando solo llevaba una semana en ese puesto… Nate había dejado muy claro que tenía ajustarse a su papel.

–¿Quieres un consejo? –Mingmei la miró fijamente–. Aprovecha todas las ocasiones que se te presenten. Si no te sientes segura al hacer algo, hazlo de todas maneras. Finge la seguridad hasta que la tengas.

Mina se tragó la tensión que le atenazaba la garganta. Se conocía la presentación al dedillo.

–Sí, la haré.

Le temblaron las rodillas cuando se levantó en la cabecera de la sala de reuniones y Mingmei la presentó a la media docena de directivos que dirigían los departamentos de ventas, clientes y marketing. Con la boca seca y las manos sudorosas, pulsó el botón del mando a distancia para empezar la presentación. Era una gladiadora.

Empezó con la voz tensa y demasiado deprisa, pero, afortunadamente, era un ambiente favorable y los directivos la

paraban para hacerle preguntas cuando querían ahondar en algún punto.

Notó que la voz y los hombros se relajaban a medida que todos iban participando. Quince minutos después, cuando entró Nate, estaba a medio camino de la presentación y muy bien encauzada.

Él abrió los ojos, miró a Mina, a la mesa de directivos y a su esposa otra vez. Ella pensó que la interrumpiría y tomaría la palabra, pero se sentó en la silla que había más cerca de la puerta. Siguió con la presentación y le pareció que no estaba enfadado, como en la reunión con Giorgio, y decidió que quizá hubiese hecho lo que tenía que hacer. Nate la observó desde la cabecera opuesta de la mesa, tenía una mirada inescrutable e intervenía cuando hacía falta, pero dejó que ella llevara las riendas de todo lo demás. Cuando terminó la presentación y se sentó, tenía las piernas como si fuesen de gelatina, el corazón le latía desbocado y se sentía eufórica. No había dejado que la dominara el miedo a no ser lo bastante inteligente, como le había pasado muchas veces en su vida. Se sentía muy bien, como si hubiese empezado a aniquilar a sus demonios.

Nate no dijo nada hasta que terminaron las reuniones y se montaron en el ascensor transparente que los llevaría a su suite.

–¿De quién ha sido la idea de que hicieras la presentación?

–Lo propuso Mingmei –ella lo miró de soslayo–. ¿Te parece bien?

–Sí, lo hiciste muy bien.

–Me preocupaba que estuvieses enfadado –reconoció ella resoplando.

–Me habría enfadado si hubieses presentado los resultados económicos del año, pero presentaste algo que sabías –él la miró con los ojos entrecerrados–. Estoy pensando en ofrecerte un papel doble cuando lleguemos a Nueva York. Una parte del tiempo como mi protegida y otra parte en el equipo mundial de marketing. Si quieres dirigirte por ese camino…

–Sí –ella asintió con la cabeza–. *Mille grazie*. Significa mucho para mí, Nate.

–Ya veremos lo que piensas cuando conozcas a mi directora de marketing. Es un dragón que echa fuego por la boca, pero también es la mejor en su terreno.

Fueron a cenar con Mingmei en el restaurante de la azotea, que tenía unas vistas impresionantes de la ciudad. Al observar detenidamente a la examante de Nate, decidió que Susana había tenido razón. El trato de Mingmei con Nate era estrictamente

profesional, pero, de vez en cuando, ella captaba algo en los ojos de la otra mujer. ¿Era añoranza o admiración?

–Mingmei es encantadora –comentó ella mientras entraban en la suite.

–Deberías saber que fuimos amantes, por si te dicen algo.

–Susana me lo contó –Mina se quitó el chal–. Creo que pensó que era preferible que lo supiera.

–Fue hace tres años, antes de que empezara a trabajar conmigo. Ya no hay nada entre nosotros.

Por parte de él… Ella apretó los labios y miró hacia otro lado.

–No tienes que explicarme tu vida personal.

Dicho eso, se fue al cuarto de baño con sus celos irracionales y se lavó antes de acostarse. Nate seguía trabajando cuando le deseó buenas noches. Tiró los pétalos a una papelera y se acurrucó con un libro para intentar quedarse dormida antes de que él se acostara. Seguía despierta y mirando el techo una hora y media después, cuando Nate entró. Ella miró hacia otro lado mientras se desvestía, colgaba el traje y se acostaba.

–¿No puedes dormir?

–No.

–¿Quieres que te cuente un cuento?

–No.

–Mejor –él dejó escapar una carcajada–. Los únicos que se me ocurren son pornográficos.

–¡Nate!

–Duérmete, Mina.

Ella cerró los ojos con todas sus fuerzas, él se tumbó de costado y todo quedó en silencio. Se oía el reloj que había encima de la repisa de la chimenea. Estaba inquieta. Se puso de costado y abrazó la almohada. Era demasiado blanda y detestaba las almohadas blandas. Tomó la almohada que había dejado en el suelo, pero era demasiado dura. Dejó escapar un suspiro.

–Por todos los santos –murmuró Nate mientras encendía la luz.

Ella pudo ver su increíble pecho. Nunca había visto nada parecido, era como una escultura y se le hacía la boca agua. Él le miró la cara antes de mirarle el camisón de encaje que Susana se había empeñado que se comprara para la luna de miel. La expresión de su rostro hizo que se pusiera roja hasta la raíz del cabello.

–No duermo mucho –comentó él mirándole la cara otra vez–, pero sí tengo que dormir algunas horas. Te aseguro que esta noche no voy a cruzar la línea central a pesar de ese encaje tan tentador que llevas puesto, a pesar de que me provoca todo tipo de fantasías.

Ella lo miró a los ojos. Eran tan oscuros que podría perderse completamente en ellos, y le tentaba mucho hacerlo.

–Susana se empeñó en que me lo comprara –susurró ella–. No fue idea mía.

Su mirada penetrante como un rayo láser le indicó que eso era lo de menos. Ella le dio la espalda y abrazó la almohada dura con el corazón desbocado. Deseaba con todas sus ganas saber cuáles eran sus fantasías, quería sentir sus preciosas manos mientras las representaba, quería sentirse tan viva como se sintió aquella noche en Capri, quería saber, por una vez en su solitaria vida, qué se sentía al ser centro de la órbita del alguien, de un hombre como Nate. Quería vivir esa pasión embriagadora y absorbente y, sin embargo, ella tampoco iba a ser quien cruzara la línea. Se jugaba demasiado.

Capítulo 8

LA semana en Hong Kong voló a una velocidad endiablada. Tuvieron una primera reunión con Sheng Zhu al día siguiente y el famoso chef les esbozó la idea de un restaurante vanguardista en el Gran Hotel del que, según él, hablaría toda la ciudad. Mina tuvo la oportunidad de ver el lado agudo y despiadado de su nuevo jefe, quien machacaba sistemáticamente las propuestas de Sheng Zhu y presionaba para conseguir una exclusividad mayor. Ella estuvo segura de que rompería la sociedad si no estaba hecha a su medida, y, al parecer, Sheng Zhu también, y prometió volver la mañana que se marchaban con una propuesta nueva.

Pasó el resto de la semana aprendiendo el funcionamiento del hotel con Nate y Mingmei. Al final de la semana tenía tanta información en la cabeza que casi había podido olvidarse de que tenía que dormir con él. Casi. Aunque Nate no dormía gran cosa. Trabajaba más que cualquier persona que ella hubiese conocido. Se acostaba mucho después de que ella se hubiese quedado dormida y se levantaba antes. No podía entender que rindiera tanto cuando descansaba tan poco, pero daba resultado y el contacto entre ellos era menor.

Esa noche, sin embargo, era la última noche que iban a pasar en Hong Kong e iba a ser una prueba de fuego. Mingmei les había preparado una cena especial de luna de miel en la suite, e iban a tener que aceptarla si no querían parecer ingratos. Cautelosa, echó una ojeada a la suite cuando llegaron de las reuniones. La mesa, al lado del ventanal, tenía dos velas encendidas en el centro, una fuente con ostras y un cubo con hielo para enfriar champán. La luz era muy tenue y se oía una canción clásica de Ella Fitzgerald. Se le secó la boca. Una cosa era pasar por alto la atracción que sentía hacia Nate cuando estaban en una habitación llena de gente y otra muy distinta cuando estaban en una escena preparada para la seducción.

Un destello le llamó la atención. Entró más en la habitación y se encontró un traje de noche sobre una butaca, dos delicados y resplandecientes zapatos con tacón de aguja al lado y una tarjeta que decía: *Póntelo*. Nate se acercó para tomar un sobre cerrado, lo abrió y leyó el texto.

Un Piper Heidsieck de 2002 está de camino. Disfrutad con la música y bailad un poco antes del menú de seis platos que os ofrecerá algunas de las exquisiteces de Hong Kong.

Nate arqueó una ceja al ver la expresión de Mina.

–¿Tienes miedo de que te pise? Te diré que bailo muy bien.

Él sabía perfectamente de qué tenía miedo y no era de bailar. Ella se pasó el pelo por encima del hombro con la esperanza de que pareciera un gesto de despreocupación.

–Estoy segura de que bailas muy bien, de que es parte de tu imagen de conquistador.

–¿Conquistador? –preguntó él sin disimular el tono burlón–. ¿De dónde has sacado eso? ¿De una película antigua?

Ella no le hizo caso y tomó el vestido. El corte era de inspiración asiático y estaba hecho en color crema con los bordados y la pedrería más exquisitos que había visto en su vida.

–Póntelo antes de que llegue el champán –le pidió Nate.

Ella se lo puso aunque solo fuese para pensar en otra cosa. Se había empleado abundante tela para hacer el vestido, pero era entallado y se le ajustaba perfectamente al cuerpo resaltando todas las curvas. El único toque atrevido era el escote de la espalda que dejaba mucha piel a la vista. No le sorprendió lo más mínimo que Mingmei tuviera tanto ojo para la ropa. Se puso los resplandecientes zapatos de tacón, que le quedaban perfectamente, y volvió al salón. Nate se había quitado la chaqueta y llevaba una camisa gris de tono plateado con unos pantalones negros que moldeaban a la perfección su cuerpo musculoso. Su innegable virilidad, en un espacio tan pequeño, se adueñó de ella como una oleada embriagadora. Él se la comió con la mirada, con una admiración tan sincera que la dejó sin respiración.

–Debería haberme dejado puestas la chaqueta y la corbata ante tanta perfección…

–Estás mucho más relajado sin traje y corbata.

–No estoy seguro de que deba estar relajado.

–Esta… conversación no facilita la situación.

–Creo que, en este momento, no está mal ser consciente de uno mismo –replicó él con una sonrisa.

Una discreta tos le indicó a ella que no estaban solos. Se dio la vuelta y vio que un camarero vestido de negro sujetaba dos copas y una botella de champán envuelta en un paño blanco. Al parecer, tenían su propio camarero para la cena, algo que la tranquilizó

bastante. Una carabina era exactamente lo que necesitaban Nate y ella.

El camarero sirvió las copas, dejó la botella en el cubo con hielo y se retiró junto a la puerta para no molestar. Nate le puso una mano en la parte más baja de la espalda y la llevó a la terraza para mirar las impresionantes vistas del puerto Victoria, la isla de Hong Kong y Kowloon. Se estremeció al sentir la fuerza de sus dedos en la piel de la espalda. Tenía que dominarse. Se concentró en la vista y se encontró absorta por las luces que explotaban por encima de la ciudad. Rayos láser y focos de todos los colores salían de lo alto de los edificios y se perdían en el cielo o caían sobre el puerto mientras unos fuegos artificiales la deslumbraban al ritmo de una música que podía oír desde esa distancia. Era un espectáculo como no había visto otro.

–Es fantástico. ¿Qué se celebra?

–Se llama la sinfonía de la luz y se produce todas las noches. Pretende celebrar la energía y diversidad de Hong Kong.

Mina lo miró absorta y pensó que podía estar en otro planeta, no simplemente en otro continente distinto al de su país. Entonces, se dio cuenta de lo mucho que había cambiado su vida en dos semanas, en lo estimulantes, aterradores e irreversibles que eran esos cambios.

–Tienes una mirada pensativa –comentó Nate apoyando los codos en la barandilla.

–Eso me resulta agridulce –Mina señaló la vista–. Quería mi libertad con toda mi alma, quería tener la oportunidad de hacer algo por mí misma, pero también me siento… desgarrada, también siento añoranza –ella suspiró–. Qué bobada, por una madre que no me soporta, por una vida que me hizo desdichada.

–Es lo que conoces –replicó él con calma–. Da miedo adentrarse en lo desconocido, aunque sepas que es el camino acertado. Algunas veces quieres echarte atrás, quedarte con lo que conoces aunque te haga infeliz.

–¿Has sentido eso alguna vez?

–Más de una vez –él esbozó una sonrisa–. He corrido muchos riesgos en mi vida, no consigues triunfar si no los corres, pero eso no significa que no tuviera miedo. Miedo de hacer la llamada equivocada o de que la magia desapareciera como había aparecido. Es humano tener miedo, lo que define a una persona es lo que hace con ese miedo.

A ella la tranquilizó mucho que un hombre tan triunfador como Nate no hubiese estado completamente seguro de sí mismo alguna

vez. Dio un sorbo de champán y miró los fuegos artificiales.

–Cuando estaba en el colegio, después de que mi padre muriera, me tumbaba en la cama por la noche y el futuro me daba mucho miedo, no sabía qué iba a ser de mí. Me preguntaba por qué Dios se lo había llevado a él y no a mi madre. Deseaba para mis adentros que lo hubiese hecho y luego me aterraba que me castigara por pensar esas cosas tan horribles.

–Yo diría que es comprensible que lo pensara una niña de ocho años.

–Es posible –ella se encogió de hombros–. A mí me parecían pensamientos atroces e imperdonables. Por eso, me inventé una familia para que me hiciera compañía. Tenía cinco hermanos, un perro que se llamaba Gigi y dormía a los pies de mi cama y unos padres que iban a buscarme todas las vacaciones.

–¿Tu madre te dejó sola alguna vez en vacaciones? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Muchas. Cuando me hice amiga de Celia, pasaba las vacaciones con su familia.

Él se quedó un rato en silencio.

–Algún día tendrás tu propia familia.

¿La tendría? ¿Anhelaba más la fantasía que la realidad? Quería hacer muchas cosas antes, sobre todo, saber quién era ella y lo que quería.

–¿Quién era ese mentor del que hablaste? –le preguntó ella a Nate.

–Giovanni, mi abuelo paterno. Él me mandó a la universidad y me llevó a trabajar con él en la naviera Di Sione.

–¿Es el mismo abuelo que quiere el anillo?

–Sí.

–Una vez dijiste que tu padre no formó parte de tu vida, ¿cómo llegaste a conocer a tu abuelo?

–Mi padre murió en un accidente de coche cuando yo tenía diez años. Mi relación con Giovanni empezó cuando yo tenía diecisiete años, cuando él necesitó un trasplante de médula. Ninguno de mis medio hermanos era compatible y Alex, mi hermano mayor, me buscó para comprobar si yo lo era. Sí lo era e hice el trasplante. Ahí empezó nuestra relación.

–Tuvo que ser una manera de conoceros increíblemente… emotiva.

–Fue… intensa.

–Dijiste que no estás muy unido a tus hermanos…

Él dio un sorbo de champán y apoyó la copa en la barandilla

mirando al infinito.

–Hay demasiadas cosas sin resolver entre nosotros para que podamos estarlo.

–¿Qué quieres decir?

–Algunas veces, es más fácil dejar el pasado donde está, no reabrir las heridas.

Ella se acordó de que sus perfiles no decían nada sobre su historia personal. No había sido una casualidad, él protegía un pasado del que se había distanciado. ¿Por qué lo había abandonado su padre? ¿Qué había pasado para que sus hermanos y él no se unieran después de la muerte de su padre cuando podría pensarse que darle la vida a su abuelo sería la vivencia que más podía unir a esas personas? Era muy tentador seguir haciéndose preguntas, pero lo dejó como estaba porque él miraba fijamente hacia la noche e indicaba claramente que esa conversación había terminado.

–Giovanni tuvo mucha suerte de que estuvieses tú.

La melodía seductora y cadenciosa de Duke Ellington llenó el silencio que se hizo.

–Creo que es al revés –replicó él por fin–, pero no va a estar mucho tiempo más. Tiene leucemia otra vez y esta va a matarlo.

A ella se le encogió el corazón. Por eso quería el anillo su abuelo, quería recuperar una parte de su pasado antes de que lo perdiera.

–Nate… –ella puso la mano en su brazo–. Lo siento mucho.

–No pasa nada –él endureció la expresión–. Soy afortunado por haberlo tenido el tiempo que lo he tenido.

Sin embargo, sí pasaba algo y podía verlo en el brillo que le oscurecía los ojos, en cómo apretaba los dientes y en que no quería mirarla a los ojos. Estaba sufriendo, pero nadie lo diría. Iba a llevarle un recuerdo muy valioso a su mentor, quien podría haber sido la figura paternal que no había conocido, y todo para verlo morir.

–Está bien, pero sí pasa algo –comentó ella en voz baja.

–¿Qué va a pasar? –él la miró–. Está muriéndose y ni yo ni nadie puede hacer nada para evitarlo.

–Hablar de ello podría ayudar.

–Lo tengo asumido –sus ojos se oscurecieron como una tormenta–. Déjame en paz, Mina.

Ella lo dejó. Terminó el champán en silencio mientras las piezas de su enigmático marido empezaban a encajar. No iba a expresar todo el dolor porque se consideraba un gladiador y nunca mostraría debilidad.

Entonces, se oyó una canción de Frank Sinatra que a ella le encantaba. Nate dejó la copa y le tendió la mano.

–Para que podamos decir que hemos bailado una canción por lo menos después de todas las molestias que se ha tomado Mingmei.

A ella le pareció que podía ser una mala idea. El champán empezaba a llegarle a la sangre y a inducirle unas peligrosas ganas de jugar con fuego. No era una buena idea cuando era muy importante mantener las cosas entre Nate y ella en un plano profesional.

Él la estrechó contra sí, la estrechó tanto que notó sus poderosos muslos contra los de ella y su olor especiado y embriagador se adueñó de sus sentidos. Tenía una mano entrelazada con la de ella y la otra descansaba con delicadeza sobre su espalda mientras la llevaba con destreza. No había mentido y bailaba muy bien. En realidad, era como un sueño. Había bailado con muchos hombres en los actos sociales a los que había tenido que asistir, pero bailar con Nate bajo las estrellas y con la única compañía de Frank Sinatra era un mundo completamente distinto. Era tan fuerte y tan demoledoramente viril que era imposible no pensar en que la dominaría fácilmente si quisiera, que haría todo tipo de cosas inimaginables. Sus pensamientos deberían haberla puesto en guardia, pero, en cambio, le daba miedo lo que él podría no hacerle nunca, lo que podría no llegar a pasar entre ellos.

–Está enamorada de ti, lo sabrás.

–¿Quién?

–Mingmei. Ella no lo dice, pero yo puedo verlo.

–Terminamos bien –replicó él con una expresión impasible–. Mingmei sabía cuál era el trato.

A ella se le escapó la pregunta que había estado abrasándola por dentro durante toda la semana.

–¿Por qué? ¿Por qué rompiste con ella? Mingmei es impresionante, es inteligente, extrovertida, entretenida… ¿Qué puede faltarle?

–No se trata de lo impresionante que sea una mujer. No me interesan las relaciones permanentes con nadie.

–¿No te sientes solo?

Él esbozó una sonrisa cínica.

–No me refiero al sexo –aclaró ella sonrojándose–. Me refiero la compañía de verdad.

–¿Cómo definirías la compañía de verdad, mi dulce e inocente Mina? –él dio un giro y la miró a los ojos–. ¿Pasando toda la noche con las mujeres con las que salgo para contarles mis secretos más

profundos y sombríos? ¿Diciéndoles cómo me siento en el desayuno para empezar el día como un hombre pleno?

–Me refiero a alguien que esté ahí al final del día para contarle cómo te ha ido, haya sido un día bueno o uno malo, a alguien a quien le importe cómo has pasado el día y nutra tu lado emocional.

–No tengo lado emocional.

Al menos, ninguno que fuese a reconocer. Fingir que no se preocupaba era su mecanismo de defensa, como el de ella había sido encerrarse en sí misma. Había visto que él se preocupaba. Todo lo que había hecho por ella había sido porque se preocupaba por su bienestar, no era solo corresponder y hacer lo mismo con otra persona, como había dicho él.

–Todo el mundo necesita relacionarse, Nate. Yo intenté convencerme de que no lo necesitaba y me pasé la vida sin hacerlo, pero nada puede sustituir el amor incondicional que nos da alguien. Necesitamos la relación emocional para sobrevivir.

–Algunos. Otros estamos mejor solos. Cásate y forma una familia ideal, Mina. Haces bien, pero no es lo mío.

–¿Quién ha dicho que quiera sentar la cabeza? Quiero la libertad ahora que la tengo. El resto ya llegará más tarde.

–Crees que quieres la libertad. Pronto querrás algo más. Todas las mujeres quieren ser madres por naturaleza.

Su actitud condescendiente la irritó.

–Si tú lo dices…

–¿Buscas pelea, Mina? –le preguntó él con los ojos entrecerrados–. Eso es novedad.

–Es posible que esté cansada de que me digan lo que quiero. Hay todo un mundo para conocerlo, Nate, no solo el empresarial, y pienso hacerlo.

Él se movió más despacio cuando sonó otra canción de Sinatra, pero más lenta.

–Soy el primero en aprovechar las ocasiones –murmuró él con desgana aunque la mirada que tenía clavada en ella no tenía nada de desganada–. ¿Qué harás cuando termine nuestro año? ¿Vas a tener toda una serie de amantes para satisfacer tu necesidad de relacionarte? ¿Tendrás unas aventuras cortas y agradables para que nadie se apegue demasiado?

–Estás jugando conmigo.

–Tengo curiosidad. Te olvidas de que sé que eres… casta, Mina. ¿Cómo interviene eso en todo esto? ¿Piensas entregar tu virginidad al primer hombre que se cruce en tu camino?

Ella bajó las pestañas. Si lo hiciera, se la entregaría a él.

–Mi virginidad es algo circunstancial, una moneda de cambio que empleó mi madre para venderme. Yo me niego a considerarla así. Cuando decida entregársela a un hombre, será una decisión consciente que he tomado sin que complique demasiado las cosas.

–Entiendo –él asintió pensativamente con la cabeza–. ¿Qué pasará si él se enamora de ti? ¿Lo echarás de una patada y dirás que no estás preparada?

–¿Quién ha dicho que yo lo echaré de una patada? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Eres devastadora e innegablemente deseable, Mina. Tienes el aire de vulnerabilidad que hará que los hombres hagan cualquier cosa por tenerte si les ofreces tu inocencia. No podrán evitarlo.

Ella lo miró a los ojos durante un rato largo y abrasador. Le parecía ridículo hablar de otros amantes cuando el único que quería que la acariciara era Nate, cuando eso era lo único que había deseado desde que le dio ese beso demoledor.

–No va a pasar, Mina –su voz ronca fue como una caricia lenta y poderosa sobre su piel–. Tenemos una sociedad muy práctica.

Ella lo sabía, pero no podía dejar de mirarlo a los ojos.

–Lo sé –reconoció Mina–. Sé que es un disparate, pero… pero no puedo dejar de pensar en lo que pasó entre nosotros, en lo viva y… entregada que me sentí.

–Inténtalo con más ahínco. No puede suceder, yo no mezclo el placer con el trabajo.

–Tú fuiste quien dijo que difícilmente nuestra relación podía llamarse laboral. Creo que la llamaste «singular».

–Bastante singular –gruñó él con ojos tormentosos–. Eres vulnerable, Mina. Me miras como si fuese un caballero andante que va a rescatarte cuando no lo soy ni mucho menos. No tienes ni idea de lo que estás provocando.

Ella tragó saliva.

–*Soy* vulnerable en este momento, pero *quiero* sentirme vulnerable, *quiero* querer lo que quiero. Quiero saber y entender quién soy. No me hago ilusiones sobre lo que va a pasar entre nosotros. Acabo de decir que no busco un compromiso, por el momento, ni hasta dentro de mucho.

Él se quedó en silencio, en un silencio tal que ella podía oír los latidos acelerados de su propio corazón.

–Sé clara –él exigió él al cabo de un rato–. ¿Estás diciéndome que quieres que nos acostemos sin importarnos las consecuencias?

–No paras de provocarme, Nate. Tú tampoco te olvidas de esto. ¿Qué quieres tú?

Nate se dio cuenta de que no le faltaba razón. ¿Qué quería él? No podía olvidarse de eso con Mina cuando le gustaba tanto tenerla entre los brazos, cuando las delicadas curvas que lo tentaban irresistiblemente estaban al alcance de sus manos. Había pasado a la ofensiva para distraerla cuando ella había empezado a hurgar en partes de su vida que nunca desvelaría, pero también había empezado algo que no podía terminar. Le soltó la mano y le pasó el pulgar por la mejilla y el carnoso labio inferior.

–De lo que deberías tener miedo es de que aceptara tu oferta, Mina, porque hasta yo tengo un límite y estoy acercándome muy deprisa a él.

Ella abrió mucho los ojos, pero se estrechó contra él, no se apartó, mientras le recorría los labios con la áspera yema del dedo.

–Mina –gruñó él–, deberías alejarte, te prometo que yo no soy la relación que buscas.

Ella se quedó donde estaba con la mirada clavada en la de él. Él introdujo el pulgar en la calidez de su boca, observó que sus preciosos ojos se encendían como llamas y perdió la cabeza.

La agarró de las caderas y la estrechó con fuerza contra sí. Mina bajó las pestañas largas y sedosas cuando él inclinó la cabeza y la besó en la boca. Se deleitó con sus labios hasta que no quedó ni un milímetro que no hubiera explorado. Cuando ella le rodeó el cuello con una mano, él le separó los labios e introdujo la lengua. Ella había aprendido de la otra vez y encontró el ritmo enseguida, adaptó su lengua a la de él. Su cuerpo reaccionó tan visceralmente que debería haberlo detenido en ese instante, pero, en cambio, lo estimuló. La piel desnuda de la espalda era una tentación irresistible y bajó la mano hasta la base de la espina dorsal para estrecharla con más fuerza. Ella contuvo el aliento cuando notó su erección.

–Todavía queda mucho tiempo –murmuró él pasándole la boca por la mejilla hasta llegar a la oreja.

Ella, en cambio, se arqueó hasta adaptarse tan bien contra él que dejó escapar un gruñido y se quedó completamente quieto.

–Me vuelves loco. Muévete, Mina –le pidió él mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

–Nate… –susurró ella en un tono disparatadamente sexy y que hacía que sonara como *Niiit*.

Él bajó la boca por el cuello hasta ese punto donde se notaba su pulso desbocado. Mina se estremeció por los besos ardientes con la boca abierta y entrelazó los dedos con su pelo.

Nate volvió a subir la boca a la de ella y le tomó los labios con unos besos implacables. No pudo resistirse más y le tomó con la

mano unos de sus pechos perfectos. Ella se quedó rígida cuando le pasó el pulgar por el pezón medio erecto. Se lo pasó una y otra vez hasta que ella gimió y se derritió.

–¿Te gusta? –murmuró él sobre sus labios y dedicándose al otro pecho.

–Sí –susurró ella–. Me siento en llamas, Nate.

La cabeza le explotó y no quedó ni rastro de sentido común. Le pasó el dedo por el pezón hasta que estuvo tan duro como su gemelo. Mina se movía apremiantemente contra él y él le agarró el trasero, esa parte de su cuerpo que había anhelado desde el principio, para colocarla de tal forma que quedó entre los muslos de ella. Se adaptaba tan bien a las palmas de sus manos que supo que la tomaría así, si la tomaba, algo que, naturalmente, no haría.

El primer plato iba a llegar en cualquier momento y estaban quedándose sin tiempo.

Mina se frotaba contra la sólida columna de su cuerpo como un gato que se rascaba.

–Sí… Así, Nate… *Per favore*…

La llevó contra la pared y le levantó el vestido por detrás de las piernas. Le daría el alivio que ansiaba y acabaría con aquel disparate. Mina contuvo el aliento como si se quedara boquiabierta cuando le tomó con una mano la calidez de entre sus muslos. Movió los dedos con un balanceo lento que hizo que ella empujara sus caderas contra su mano. ¡Estaba muy receptiva! Subió la mano por el abdomen e introdujo los dedos por debajo de la cinturilla de las braguitas hasta que encontró la humedad aterciopelada. La sangre de la cabeza se le agolpó en las sienes.

–Separa las piernas –le susurró él al oído–. Necesito sitio.

Ella separó los muslos. Las piernas le temblaban tanto que él tuvo que sujetarla con una mano mientras el pulgar de la otra le acariciaba la esencia de su ser con un movimiento lento y rotatorio. Mina dejó escapar unas palabras roncas e insoportablemente sexys en italiano mientras con los ojos cerrados se agarraba con las manos al cemento que tenía detrás.

Él se inclinó para recibir en su boca todos sus gemidos y jadeos mientras le acariciaba la húmeda calidez. Ella se retorcía mientras el movía el pulgar sobre el clítoris con un movimiento irregular que hacía que el orgasmo no llegara. Mina arqueó la espalda y se mordió el labio inferior con la respiración entrecortada y desesperada.

–Más, *per favore*…

Él introdujo dos de sus largos dedos entre la húmeda calidez. Sus

gritos se aceleraron por la avidez.

–Nate…

Niiit…

Apretó los dientes por el arrebato de deseo y le acarició la pequeña protuberancia con el pulgar hasta que llegó a un orgasmo largo e intenso que sacudió su cuerpo menudo. La abrazó cuando le cedieron las rodillas y la sujetó hasta el último estremecimiento. Nunca le había excitado tanto el clímax de una mujer, nunca le había hecho temblar por las ganas de tomarla. Entonces, volvió a la cruda realidad, a lo que había hecho. Se recordó que no la había tomado y que todavía podía recuperar el dominio de todo eso… Era una mentira que no podía tragarse ni él mismo. No había cruzado una línea, había cruzado el Rubicón. Había querido acariciar a Mina, la había incitado a ella y se había incitado a sí mismo hasta llegar a un punto irreversible y había cruzado esa línea.

Se oyó el ruido de unos platos al chocar, era el primer plato de la cena.

Apartó a Mina con las manos temblorosas y, por primera vez en su vida, con la cabeza tan llena de emociones que no podía llegar a entender lo que había pasado ni asimilarlo. No podía cenar, como tampoco podía mirar la expresión aturdida de su esposa. ¡Su esposa!

–Tengo que irme.

–¿Qué? –preguntó Mina bajándose el vestido–. Ha llegado la cena.

–Cena sin mí –replicó él pasándose los dedos entre el pelo.

–Nate…

Él se dio media vuelta y se marchó.

Capítulo 9

PASAMOS a los plazos? –preguntó Sheng Zhu.

Nate asintió con la cabeza. Ya había oído bastante durante los diez primeros minutos de la presentación del célebre chef como para saber que el Grand Hotel firmaría esa asociación. Sheng Zhu ofrecía la exclusiva de cinco años que exigía él, las cuentas parecían claras y estaba claro que el chef era un empresario inteligente primero y una personalidad vehemente después. Les había dado todo lo que habían pedido.

Desgraciadamente, la botella de su whisky de malta favorito, que se había bebido casi entera la noche anterior en un club llamado el American Bar, no había resuelto su otro problema. Le había dado un dolor de cabeza bastante considerable, pero no le había dado ninguna respuesta sobre lo que podía hacer con su irresistible y sexy esposa.

Se dejó caer sobre el respaldo con la taza de café humeante en la mano e hizo un gesto de fastidio cuando la cabeza se quejó por el movimiento. Mingmei le dirigió otra mirada de curiosidad, como si sus espías le hubiesen informado de que se había marchado de la cena con Mina, aunque quizá fuese porque había desconectado hacía media hora.

Había sido un necio al creer que podía dominar esa cosa entre Mina y él. La química entre ellos era demasiado fuerte y tenían demasiadas ocasiones de disfrutarla. Le gustaría poder retroceder en el tiempo y borrar ese momento de insensatez de la noche anterior, pero no iba a suceder cuando la atracción entre Mina y él vibraba a través de la mesa como si estuviese viva, cuando la había acariciado de la forma más íntima posible y había hecho que gritara su nombre con las luces de Hong Kong resplandeciendo alrededor de ellos.

Mina lo miró entre las pestañas bajadas, con desconcierto, dolor y aprensión. Él no había vuelto a la suite hasta bien pasada la medianoche y esa mañana había ido temprano al gimnasio para mantener cierta distancia entre ellos.

La apreciaba, la apreciaba sinceramente y era la primera mujer de la que podía decir eso, pero nunca podría ofrecerle lo que ella acabaría queriendo, un matrimonio ideal y una familia que acabara con esa soledad que la había acompañado durante demasiado

tiempo.

Ella había asegurado que podría sobrellevar una aventura entre ellos, pero ¿era verdad? ¿Convertiría su relación laboral en algo incómodo e insostenible? ¿Podría entregarle su virginidad con la despreocupación de la que había hablado ella y alejarse al cabo de ese año sin lazos sentimentales?

Si él no aceptaba su oferta, otro lo haría. Cerró los ojos cuando le palpitó la cabeza solo de imaginarse que un hombre como Franco podría convertirse en el primer amante de Mina.

Dio un sorbo de café. Podía dejarlo todo como estaba, agarrarse a la excusa de que nunca mezclaba el trabajo y el placer, pero Mina tenía razón. Su relación ya había borrado muchos límites y no había marcha atrás. La única pregunta era cómo avanzar.

Mina se levantó y esbozó una sonrisa forzada cuando acabó la reunión con Sheng Zhu. Ese día no le había costado ceñirse a su papel de oyente activa. El cerebro le daba vueltas como un molino de viento, la humillación y el desconcierto se alternaban para que no dejara de girar. ¿Por qué la había abandonado Nate de esa manera? ¿Qué había hecho mal? ¿Por qué había parecido que estaba tan enfadado? No se arrepentía de nada de lo que había pasado entre ellos. Aprender a perseguir lo que quería y disfrutar de esos éxitos iniciales le habían despertado el anhelo de conocer todo lo que podía ofrecerle la vida, pero, si iba a estropear todo lo que Nate y ella habían empezado a construir juntos, había sido un error monumental… Podía haberlo sido.

Se había quedado dormida a medianoche, cuando Nate no había vuelto todavía y cuando ya se habían llevado, casi intacta, la maravillosa cena que les había preparado Mingmei. Luego, se había despertado esa mañana y se había encontrado con su cara gélida y distante cuando volvía del gimnasio. ¿Lo había apremiado demasiado? Él también la había apremiado, la había desafiado, la había tentado, ella no había sido la única. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta y fue a la máquina de café antes de la reunión siguiente. Se le heló la sangre cuando una sombra cayó sobre ella.

–Un momento, por favor.

La sofisticada colonia de Nate le llenó la cabeza como un recordatorio hipnótico de la noche anterior. Se atrevió a mirarlo y comprobó que seguía claramente… agitado. Hizo un gesto con la cabeza hacia el pasillo y ella lo siguió. Se dio la vuelta y apoyó una mano en la pared.

–Tenemos que hablar.

Efectivamente, tenían que hablar antes de que acabara histérica.

–Creo que debería esperar hasta que estemos en las Maldivas –siguió él en tono tenso–. Tengo que hacer un montón de trabajo en el avión y tenemos que tener esta conversación en privado.

Ella no podía interpretar absolutamente nada de su expresión.

–Estoy de acuerdo.

Sin embargo, no fue tan fácil soportar toda una mañana de reuniones antes de que se montaran en el avión que los llevaría a Maldivas ni las horas de vuelo en silencio. Cuando aterrizaron en la única pista de la diminuta isla en medio del Océano Índico, ya estaba medio histérica. Un coche los llevó hasta el puerto, donde se montaron en un barco que los transportó hasta el exclusivo complejo turístico que Nate iba a comprar y que estaba en una isla privada. Mina contuvo la respiración cuando el barco atracó en el embarcadero de una villa que estaba posada en medio del mar con una estrecha pasarela que la conectaba con la isla y el complejo turístico, era un paraíso flotante. Estaba atardeciendo y la villa con tejado de cristal estaba iluminada por dentro. Una piscina pequeña, un jacuzzi y una terraza con tumbonas completaban la idílica imagen, pero lo que no podía dejar de mirar era el interminable color azul que los rodeaba, era como si estuviesen solos en medio del océano. ¿Allí iban a quedarse? Le parecía demasiado íntimo, no había escapatoria independientemente de la dirección que tomara su conversación.

Un empleado con camisa blanca salió de la villa, se presentó y metió el equipaje. Nate lo acompañó y ella se quedó contemplando la vista. En Sicilia tenían playas preciosas, pero estaban llenas de gente. Jamás había visto algo parecido a eso.

Nate apareció a su lado. Se había quitado la chaqueta y la corbata y se había desabotonado un par de botones de la camisa.

–He pensado que podíamos beber algo y disfrutar de la puesta de sol antes de cenar.

A ella se le aceleró el pulso y le sudaron las manos. Asintió con la cabeza y se tragó los nervios.

–Me gustaría cambiarme antes.

Encontró su equipaje en el amplio dormitorio con paneles de madera oscura y una cama enorme perfectamente situada para disfrutar de la puesta y la salida del sol a través de las altas puertas correderas del cristal. Una cama. ¿Indicaba lo que estaba pensando Nate o lo que les habían asignado? Dejó de echar leña al fuego de los nervios que la corroían por dentro y se cambió los pantalones y

la camisa por un vestido estampado con flores. Salió a la terraza otra vez y vio a Nate, que observaba el sol que se ocultaba por el horizonte bajo un cielo color turquesa.

–Es casi irreal, ¿verdad? –comentó ella al acercarse.

–Sí. Quizá sea injusto que solo unos pocos puedan llegar a verlo.

–Dijiste que el trato está casi cerrado, ¿no?

–Deberíamos dejarlo zanjado esta semana.

Luego, se dirigirían a Nueva York, donde viviría a partir de ese momento. Se le encogió el estómago solo de pensar en que se introduciría en el mundo de Nate, que ocuparía el lugar de su esposa con tanta tensión entre ellos.

Él sacó una botella del cubo con hielo y sirvió dos copas de champán. Ella miró con cautela la copa que le ofrecía y se sonrojó.

–No sé si debería beber…

–Tu reacción de anoche fue desinhibida y preciosa, Mina. Muy excitante para un hombre. No tienes por qué avergonzarte.

Entonces, ¿por qué la abandonó? Él le puso una mano en la espalda y la llevó hacia un sofá. Ella se sentó al lado de él con las piernas dobladas debajo mientras la brisa le refrescaba un poco la acalorada piel. Nate dio un sorbo de champán y la miró.

–Anoche quise darnos un poco de tiempo para pensar, para serenar las cosas y que pudiéramos emplear la cabeza, no las hormonas, para decidir si es una buena idea que tengamos una relación íntima.

Ella se quedó sin respiración y dejó la copa en la mesa. Eso significaba que él estaba planteándoselo…

–Crees que no dije sinceramente lo que dije, que no puedo sobrellevar una relación contigo porque no tengo experiencia.

–¿Puedes? ¿Podemos añadir la complejidad de una relación sexual a lo que ya tenemos y esperar que podamos salir airosos? Si no podemos, si no nos metemos en esto con las mismas expectativas, tenemos que olvidarlo en este momento. Mi prioridad es que salgas adelante, Mina, que te hagas una carrera profesional y que seas independiente cuando esto haya terminado. Te lo mereces después de todo por lo que has pasado.

–Me has encauzado y sabes cuánto lo agradezco, pero no voy a desviarme por nada del mundo, significa demasiado para mí.

Él la miró un rato con un aire pensativo.

–No estoy seguro de que puedas separar la idea que tienes de mí como héroe de lo que soy en realidad.

Eso podía ser verdad, pero ella no sabía si podría hacerlo en ningún aspecto de su relación. Lo que tenían era singular por cómo

había empezado y eso no iba a cambiar nunca, pero lo que pasara después eran decisiones de dos adultos que sabían muy bien lo que estaban haciendo, y ella sabía lo que estaba haciendo. Dio un sorbo de vino para reunir valor.

–Quiero que seas mi primer amante, Nate, quiero tener esa experiencia contigo, quiero que sea tan inolvidable como sé que puede serlo. No espero nada más de ti y no permitiré que afecte a nuestra relación laboral.

–No estoy seguro de que puedas afirmar eso –replicó él abriendo los ojos casi imperceptiblemente.

–Puedo y lo haré.

Él desvió la mirada hacia el horizonte y solo se oyó el canto de los pájaros.

–A lo mejor, debería preguntarte lo mismo. ¿Qué quieres de mí, Nate?

Él volvió a mirarla y el brillo de sus ojos hizo que el corazón le diera un vuelco.

–Quiero lo que he querido desde el principio. Quiero tenerte en mi cama, Nina, quiero recorrer cada centímetro de tu cuerpo con la boca, las manos y todo lo que se me ocurra.

Ella tomó aire. Estaban rodeados por un cielo de tonos morados, pero parecía como si no tuviera suficiente oxígeno para su cerebro. El champán le pareció la solución. El espumoso era seco y refrescante, le bajaba bien por la garganta, como el sol se hundía en el mar dejando detrás un impresionante cielo teñido de rosa. Cuando lo terminó, casi se había convencido a sí misma de que le había relajado los miembros entumecidos y le había aclarado la cabeza. Entonces, Nate le tomó la mano, entrelazó los dedos con los de ella y se le paró el pulso. Miró su mano fuerte y elegante, se acordó de lo que había hecho con ella la noche anterior y se estremeció por dentro.

–¿Quieres cenar? –le preguntó él

Ella lo miró a los ojos y negó con la cabeza. Un brillo iluminó los ojos de él, que tomó la copa vacía de su mano y la dejó en la mesita. Le rodeó la cintura con las manos, la levantó y la sentó a horcajadas sobre los muslos. Contuvo la respiración. Era puro músculo y tenía toda la intensidad de su mirada clavada en ella. Podría haber estado tentada a salir corriendo si el deseo que se reflejaba en sus ojos no la hubiese atraído tanto que no pudo moverse.

–Eres muy hermosa –dijo él con la voz ronca–. Haces que me olvide del sentido común, me olvido de todo menos de querer

tenerte.

Ella no supo si era un halago o una crítica, y tampoco le importó gran cosa cuando él bajó la cabeza y le tomó la boca con uno de esos besos devastadores que le inutilizaban en cerebro. Le tomó las mejillas entre las manos y lo besó con cautela, se exploraron y se dejaron explorar con unos besos lentos e indolentes que se parecían a la noche que los envolvía y que hacían que cayeran cada vez más en el hechizo del otro. Los labios, la lengua, los mordisquitos provocativos… Lo hicieron todo durante siglos, hasta que llegó a preguntarse si Nate haría algo más y le mordió el labio inferior con cierta desesperación. Él se apartó con un brillo burlón en los ojos.

–¿A qué viene eso?

–¿No vas a…? Ya sabes, ¿no…?

Él se dejó caer sobre el respaldo y esbozó una sonrisa.

–Aquí estoy, Mina, a tu disposición.

Sintió que algo le atenazaba las entrañas por la insinuación, pero él tenía la boca suave por los besos y los ojos de un marrón oscuro aterciopelado. Estaba dejando que ella tomara la iniciativa, estaba cerciorándose de que estaba tranquila, estaba poniéndola por delante, como hacía siempre. Tragó saliva con una opresión en el pecho. Apartó la mirada de la mirada ardiente de él y le soltó el primer botón de la camisa. Poco a poco, fue desbotonándole los demás y se le fue secando la boca a medida que iba viéndole el torso, un torso musculoso y terso, increíble. Tomó aire entrecortadamente cuando le rozó los abdominales inferiores y se sintió embriagadoramente estimulada. El siguiente paso le pareció sorprendentemente intuitivo. Apoyó las manos en su piel cálida y le pasó los labios por los músculos fibrosos mientras absorbía su sabor salado. Nate dejó escapar un sonido de satisfacción y bajó las manos al sofá para que ella llegara mejor. Ella le pasó las yemas de los dedos por los pezones endurecidos, tan parecidos y tan distintos a los de ella. Nate tomó una bocanada de aire.

–Te cuidado, los hombres somos muy sensibles ahí.

Ella lo acarició con delicadeza, le recorrió los pectorales con los pulgares hasta que él le agarró las manos y se las bajó a los costados.

–Se acabó de hacer eso.

Ella se preguntó qué tenía que hacer, pero no tuvo que preocuparse. Nate la besó en la sensible piel de la base del cuello mientras le bajaba los tirantes del vestido. Sus labios siguieron la dirección de las manos y le recorrieron la parte alta de los pechos y la separación entre los dos. Contuvo la respiración cuando él bajó

más la tela y le miró los pechos desnudos. El deseo que se reflejaba en sus ojos mientras la acariciaba hizo que se le encogiera el estómago.

–Muy hermosos.

Ella cerró los ojos y contuvo la respiración cuando le acarició los pezones con los pulgares. La sensación era mejor incluso que la de la noche anterior, más intensa… Sintió una calidez húmeda en uno de los pezones y abrió los ojos. Nate tenía la cabeza agachada y la boca alrededor de la carne anhelante. Volvió a cerrar los ojos con fuerza cuando se la lamió, la tomó entre los dientes y succionó. Dejó escapar un ligero gemido.

–¿Te gusta?

Ella asintió con la cabeza. Él repitió la operación en el otro pecho hasta que ella introdujo los dedos entre su pelo como si su vida dependiera de eso y con el cuerpo en máxima tensión.

–Nate… Es demasiado…

Él levantó la cabeza y volvió a sentarla sobre sus muslos. La caricia de sus manos por el interior de los muslos era hipnótica y de una intimidad deslumbrante.

–No necesitas menos –murmuró él–, necesitas algo distinto.

Ella recordaba lo distinto de la noche anterior y quería repetirlo, salvo que le parecía demasiado íntimo que él le mirara la cara mientras se acercaba al punto ardiente entre las piernas. Cerró los ojos y esperó expectante. Él detuvo las manos.

–Abre los ojos, quiero ver tu reacción.

–No… –replicó ella con un hilo de voz.

–Sí.

Ella abrió los ojos, él apartó la delicada tela de las bragas y le acarició la carne húmeda y ardiente. Cerró los ojos cuando sintió una descarga abrasadora por todo el cuerpo. No podía hacerlo.

Sus diestros dedos la acariciaban por encima y por dentro y ella se arqueaba. Sentía el aliento cálido de Nate en la oreja y notaba cuánto le gustaba su reacción, lo sexy que era. Si sus dedos eran diestros, su voz ronca era más sexy todavía. Estaba tan ardiente que no podía respirar.

–Nate…

–Cariño, me vuelve loco cómo dices mi nombre.

Entonces, dejó de acariciarla y ella fue a quejarse cuando la levantó de encima de él, la sentó en el sofá y se arrodilló delante de ella.

–Nate…

–Tranquila, no he terminado.

Ella lo miró boquiabierta.

–Nate… ¿qué vas a…? No puedes hacer eso…

Él le separó los muslos y se colocó entre ellos.

–Va a gustarte, te lo prometo.

–Sí, pero…

Él le subió el vestido por los muslos.

–¿Pero…?

–Es… inmoral.

–Es inmoral –reconoció él mientras introducía las manos por debajo de su trasero para llevarla hasta el borde del sofá.

Mina dejó caer la cabeza sobre los almohadones mientras él le quitaba la ropa interior de encaje y la dejaba a un lado. Cerró los ojos con el corazón desbocado cuando él separó los muslos y le separó la hendidura más íntima con los dedos. Le pasó lentamente la punta de la lengua y arqueó las caderas.

–Nate…

Él le puso una mano en el abdomen para sujetarla mientras la devoraba. Cada caricia en ese punto húmedo y ardiente hacía que la sensibilidad inicial fuese convirtiéndose en un placer más profundo y embriagador. La acarició una y otra vez hasta que suplicó y dijo su nombre con la voz entrecortada. Él expresó su satisfacción con un murmullo ronco y volvió a introducir los dedos dentro de ella. La penetración mezclada con la boca la llevó mucho más lejos de donde había llegado la noche anterior. Hasta que no aguantó más.

–*Per favore*… Por favor…

Él cerró la boca sobre el clítoris y la mandó a otro universo. Todavía estaba volviendo del orgasmo cuando Nate la tomó en brazos y la llevó al dormitorio oscuro y silencioso. La dejó de pie con las rodillas temblorosas y las piernas a punto de ceder, encendió una luz tenue y ella se sintió más débil todavía cuando le rodeó la cintura con un brazo. El deseo se reflejaba en sus ojos.

–¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza y él esbozó una sonrisa.

–¿No te ha parecido demasiado… indecoroso?

–Sí, pero me ha gustado.

El fuego de sus ojos hizo que ella se derritiera por dentro. Él le levantó la barbilla con un dedo y la besó lentamente. Ella se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y correspondió al beso. Se estrechó contra él para sentirlo más cerca y se quedó helada cuando notó la erección palpitante contra el abdomen. Era muy grande. ¿Era normal? ¿Cómo iba a… lidiar con ella? Retrocedió un paso y tomó aliento. Nate frunció el ceño.

–¿Qué pasa?

–Eso –contestó ella mirando la protuberancia de los pantalones–. Las chicas del colegio decían…

–¿Qué decían?

–Que una mujer podía… Ya sabes… Aliviar a un hombre…

Él hizo una mueca y ella tuvo la sensación de que estaba riéndose de ella.

–Es verdad –reconoció él con seriedad–. A los hombres les gusta eso, pero yo prefiero aliviarte a ti.

–Bueno –ella sintió un estremecimiento en las entrañas–, me parece bien…

Nate le dio la vuelta y la besó en la nuca.

–Será mejor que bien.

Ella volvió a estremecerse mientras le bajaba la cremallera del vestido hasta la cintura, se lo quitaba de los hombros y dejaba que cayera al suelo. La besó en los omóplatos, se arrodilló y siguió besándola hasta que tuvo la boca en la curva del trasero. Ella contuvo la respiración.

–Nate, ¿qué estás haciendo?

–Dándome un placer –contestó él con la voz ronca y sin apartar la boca de su piel–. He tenido fantasías con esta parte concreta de tu anatomía.

Él le dio la vuelta con las manos en las caderas y la mirada ardiente clavada en su cuerpo.

–Impresionante –comentó él en voz baja–. Eres el sueño del cualquier hombre.

Ella lo miró fijamente, sin poder apartar la mirada de él. Le daba igual si era el sueño de cualquier hombre, solo quería serlo de él. Nate la agarró con más fuerza de las caderas y la atrajo hacia sí. Mina lo observó cuando él clavó la mirada en los rizos oscuros que tenía éntrelos muslos.

–No –le pidió ella agarrándole de los pelos–. Nate, no…

La devolvió a la vida con sus besos reverenciales. Se le tensó el cuerpo y, cuando él se levantó y la tomó en brazos para dejarla en la cama, estaba jadeando por él.

Nate se quitó la camisa y el resto de la ropa. Mina abrió los ojos como platos. ¿Cómo iba a salir eso? No podía salir bien. Él se tumbó al lado de ella y la besó en la boca.

–Estás hecha para tomarme –murmuró él sobre sus labios–. Te lo prometo, Mina. Confía en mí.

Ella confió y su boca se suavizó debajo de la de él, su cuerpo se destensó con sus caricias. Entonces, dejó de acariciarla para ponerse

un preservativo. Sus movimientos rápidos le indicaron lo mucho que la deseaba. Se colocó entre sus piernas, le separó más las rodillas y puso las manos debajo de su trasero. La levantó y acercó el enorme miembro al centro de su ser. Ella cerró los ojos y esperó el dolor. Nate, en cambio, la incitó para que se acostumbrara a la sensación y presión de él, hasta que ella no aguantó más y se arqueó.

–Nate, *per favore*…

–¿Me deseas? –le preguntó él con los ojos como ascuas.

–Sí.

Él entró lo justo para dilatar un poco su cuerpo y esperó a que ella se acostumbrara. Cuando ella elevó las caderas, siguió entrando sin dejar de mirarle la cara. Fue una experiencia tan erótica que ella se olvidó del miedo. Volvió a arquear las caderas para tomarlo más hasta que notó cierta resistencia.

–Un poco de dolor y, luego, muchísimo placer –le prometió él con la voz ronca.

Ella se agarró a la sábana mientras él acometía con delicadeza y atravesaba la barrera. Mina sintió un dolor desgarrador y Nate se quedó completamente quieto. Hasta que el dolor empezó a desvanecerse y se sintió plena y dilatada por su virilidad, poseída.

–¿Estás bien? –le preguntó él con un destello en los ojos por el esfuerzo que estaba haciendo para contenerse.

Ella asintió con la cabeza e hizo un esfuerzo para relajarse mientras él empezaba a moverse. La molestia se convirtió en placer al acariciarle él todas las terminaciones nerviosas que tenía por dentro, al ir entrando y saliendo. Ella empezó a mover las caderas para pedirle más y Nate la abrasó con la mirada.

–¿Bien?

–Muy bien, Nate. No tenía ni idea de que pudiera estar… tan bien.

–Te lo dije –él le tomó el trasero con las manos y la besó en la boca–, tu precioso cuerpo estaba hecho para mí.

Sus palabras la derritieron por dentro, como si fuera un charco de placer mientras él entraba cada vez más dentro. Sin embargo, era algo más que eso. Quizá él no captara la conexión entre ellos, pero ella sí la captaba y era especial, poderosa. Siguió arqueando las caderas para tomarlo más profundamente y le pidió más. Él hizo que dijera su nombre mientras se lo pedía, la llenó más, la llenó una y otra vez hasta que se sintió en llamas. Entonces, la inclinó un poco con una mano en el trasero, entró más profundamente todavía y alcanzó un punto que anunciaba un placer como ningún otro. Ella

le mordió el labio para apremiarlo, él gruñó y acometió con más fuerza.

–Te necesito conmigo, cariño. ¿Puedes sentir eso?

–Sí… Oh, Nate…

Entonces, él marcó un ritmo bárbaro y primitivo que ella siguió hasta que él alcanzó ese punto y la hizo mil pedazos. Mina experimentó un orgasmo tan intenso que le clavó las uñas en los muslos. El cuerpo de él se puso en tensión y luego se estremeció agarrándola con fuerza del trasero. Cuando se quedó inmóvil por fin, se tumbó de espaldas y la arrastró sobre su pecho. Su mundo se enderezó lentamente. Mantuvo los ojos cerrados. Todo había sido tan perfecto que quiso memorizar cada detalle y cada minuto de lo que había pasado.

Nate, demasiado inquieto después de la devastadora experiencia de haber arrebatado la inocencia a su esposa, dejó a Mina dormida y pidió una comida ligera por si se despertaba con hambre. Luego, tomó el ordenador portátil y fue a la terraza a trabajar. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y miró el reflejo de la luz en el agua. Era como llamas en el lienzo azul oscuro que lo rodeaba. Si bien había previsto que al acostarse con Mina intentaría por todos los medios que su primera vez fuera satisfactoria, no se había imaginado siquiera el efecto que su esposa iba a tener en él, que cada centímetro de ella iba a inflamarle los sentidos, que cada reacción inocente y apasionada a sus caricias lo habían metido profundamente en la tela de araña que había tejido sin ningún esfuerzo alrededor de él, que lo habían metido en el espíritu incandescente que era Mina. Para él, que hubiera pasado por lo que había pasado y que hubiese salido con esa fuerza, con esa confianza en el mundo que la rodeaba, era algo muy notable, la superviviente que había en ella era tan sexy como el suculento envoltorio.

Levantó la cabeza al oír el rugido de un avión que despegaba a lo lejos, que atravesaba la quietud casi escalofriante que lo rodeaba, que obligaba a su cerebro a reconocer la verdad. No podía decir que lo que acababa de hacer era solo una relación sexual. Hasta un hombre que se engañaba a sí mismo sería un necio si lo decía. Sentía algo por Mina, algo que no había sentido por ninguna mujer. Iba más allá del sentido de protección que le había inspirado al principio y llegaba a un lugar muy profundo en el pecho, un lugar que se había vedado hacía mucho tiempo. Sabía lo que era permitirse sentir, desear cosas que no podía lograr porque, al contrario de lo que creía su abuelo y de lo que Mina le había

acusado, había intentado relacionarse con su hermano Alex. Lo había buscado, había intentado acercarse a él cuando empezó a trabajar en la naviera Di Sione porque creía que los dos se parecían, que los dos habían sido animales heridos que se habían convertido en guerreros. Quizá lo hubiese intentado para dejar atrás su sombrío pasado y el de su hermano, pero Alex lo había desdeñado como si no fuese lo bastante bueno como para respirar el mismo aire que él. Agarró con fuerza el ordenador portátil, la herramienta que había empleado para dirigir un imperio que había levantado ladrillo a ladrillo por la necesidad que tenía de demostrar que nada de todo eso le importaba, que podía resplandecer más que nadie.

Algunos días conseguía convencerse a sí mismo de que era verdad. Otros, el pasado le corroía las entrañas. Era el precio que pagaba por llevar una vida como esa.

La estela de humo que había dejado el avión se disolvió en el cielo como un jirón gris en la negrura. La expresión maravillada de los ojos oscuros de Mina mientras la tomaba le llenaba la cabeza, la expresión por lo que habían creado juntos. Sabía que estaba jugando una partida peligrosa con ella. Por muy inevitable que pareciera, las reglas que se había empeñado en imponer parecían más importantes que nunca. No tenía nada que ofrecerle a Mina, salvo una tutela y una posición que podían facilitarle una carrera empresarial cuando hubiese pasado ese año. Otro hombre le daría ese amor incondicional y para toda la vida que ella anhelaba. La única salida era limitarse al placer mutuo que se habían prometido, si no, le rompería el corazón y no podía hacer eso cuando a su esposa ya le habían hecho añicos el corazón demasiadas veces.

Capítulo 10

TODO era distinto después de la noche con Nate. El mundo le pareció más brillante mientras recorrieron la isla con el director del complejo turístico y vieron las mejoras que se habían hecho recientemente, todo le pareció mucho más vívido y real que antes, como si Nate hubiese despertado una parte sensorial que nunca había sabido que tuviera.

Saltaba a la vista hasta qué punto no había vivido. La rabia consigo mismo por haber permitido que su madre rigiera su vida se convirtió en agradecimiento porque, por fin, había tomado las riendas de su destino y estaba decidida a aprovechar cada ocasión y a disfrutarla.

Otra certeza perturbadora le pareció evidente durante esos dos días embriagadores en las Maldivas. Estaba enamorándose de Nate, y mucho. Algo que había dicho que no haría. Intentaba convencerse de que tenía que ser por el aura de caballero andante que había construido ella alrededor de él y por lo que le había dado él, esa libertad para labrarse una vida a su medida. Sin embargo, se temía que era mucho más que eso.

Era un disparate, se dijo a sí misma mientras volaban a través del mundo en dirección a Nueva York, su nuevo lugar de residencia. Era un disparate enamorarse de un hombre que no quería tener una relación permanente con nadie, que saldría corriendo en dirección contraria si se enteraba de sus sentimientos. Miró de soslayo a su marido, quien estaba sentado en el asiento de al lado del de ella y leía un informe con el ceño fruncido. Ni siquiera sabía del todo cómo había pasado. Quizá hubiese sido cuando se adueñó de su inocencia con esa delicadeza tan conmovedora y cuando vio en sus ojos la misma reacción emocional que había sentido ella, como si lo que compartían fuera tan singular e intenso como parecía. Sin embargo, también era posible que todo eso fuesen imaginaciones suyas.

Sacudió la cabeza y tomó la taza humeante de algo que a duras penas podía llamarse café. Intentar convencerse de que Nate sentía algo por ella sería cometer un error mayor del que ya había cometido. Sería preferible que enterrara profundamente cualquier sentimiento y que empleara su energía mental para prepararse para

la llegada a Nueva York. La prensa sensacionalista ya se había enterado de su boda con Nate. Al parecer, un empleado del Gran Hotel de Hong Kong le había dado la primicia a un periodista. El periodista había indagado un poco, se había enterado de su matrimonio frustrado en Palermo y la había calificado como «La impresionante novia siciliana a la fuga de Nate». Se le revolvió el estómago. Tenía la desenvoltura social entre la alta sociedad como para ser la esposa de Nate, pero también tenía la sensación de que su sofisticación iba a ser más que insuficiente en los círculos donde él se movía. Además, se avecinaba la prueba de fuego de demostrar que valía para su nueva función en el marketing…

Sintió un escalofrío por dentro. Nunca había estado en Estados Unidos, nunca había estado en Nueva York y solo lo conocía por las películas. Le parecía que estaba lleno de hombres y mujeres de negocios impecablemente vestidos que hablaban muy deprisa y tenían un sentido del humor muy cáustico. ¿Qué sería de ella?

–Deja de angustiarte o me veré obligado a buscar la manera de distraerte –murmuró Nate.

El brillo de sus ojos hizo que le vibrara cada célula de su cuerpo.

–No me angustio –él arqueó una ceja–. Bueno, la verdad es que sí. ¿Qué pasará si no les caigo bien a mis compañeros de trabajo? ¿Qué pasará si no les caigo bien a tus amigos y a la prensa?

–Les encantarás porque tienes un encanto natural que se ganará a todo el mundo, Mina. Además, también tienes talento. Sé cómo eres y todo irá bien.

Mina se aferró a eso mientras aterrizaban en un aeródromo privado de Nueva Jersey y se montaban en un coche que estaba esperándolos. Nate llamó por teléfono a su abuelo para ver si podían pasar por allí para enseñarle el anillo antes de que empezara la semana laboral, pero tenía un gesto sombrío cuando cortó la llamada.

–Ha estado mal esta semana.

–¿Deberíamos ir en otro momento? –preguntó ella con el corazón encogido.

–No. Una visita corta le parece bien, está deseando ver el anillo.

El tráfico era muy lento y Mina sacó el anillo del bolso para mirar con detenimiento el precioso zafiro.

–Una vez dijiste que el Anillo de la Fuente fue de Giovanni, ¿por qué tuvo que venderlo?

–Vino de Italia a Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial con lo puesto y tuvo que venderlo para poder empezar.

Ella dio la vuelta al anillo.

–Tiene una inscripción por dentro, la vi en el despacho de Pasquale. *Amante de mi corazón–BA*.

–No son las iniciales de Giovanni –replicó él mientras lo tomaba con el ceño fruncido.

–Quizá no sean unas iniciales, quizá sea una especie de mensaje a una enamorada.

Nate lo pensó mientras seguían el lento viaje a Long Island. ¿Había tenido Giovanni un amor que había tenido que dejar en Italia? Encajaba en cierta medida con los objetos que habían recuperado sus hermanos, todos eran recuerdos valiosos que se podrían regalar a un amor. También era posible que no tuvieran nada que ver con un asunto amoroso y fueran recuerdos que tenía su abuelo de distintos sitios y momentos de su vida. Giovanni había estado casado con su esposa, Maria, durante casi veinticinco años y, que él supiera, había sido bastante feliz. Sin embargo, su abuelo era un misterio y siempre lo había sido. Él tenía la sensación que el legendario magnate no lo había contado todo. Le daba vueltas a la cabeza para encontrar la clave del pasado de su abuelo cuando llegaron a la villa Di Sione. El médico estaba marchándose en ese momento.

–Sed breves, necesita descanso.

–¿Hay un… plazo nuevo? –preguntó Nate con una opresión en el pecho.

–No –contestó el médico–. Pasa semanas buenas y malas. Esta ha sido complicada. Los fármacos le ayudan con el dolor, pero también lo dejan sedado.

Nate llevó a Mina hasta la escalera tallada que llevaba a los aposentos de Giovanni. Levantó una mano para que ella esperara en la puerta y él entró. Su abuelo estaba en la inmensa cama de caoba y parecía desalentadoramente pequeño. Estaba reclinado sobre un montón de almohadas y tenía los ojos entrecerrados.

–Nathaniel, ¿has traído a tu esposa? –le preguntó Giovanni en voz baja y ronca.

Lo sabría por la prensa sensacionalista. Nate asintió con la cabeza y llamó a Mina.

–Me gustaría presentarte a mi abuelo Giovanni. Giovanni, la familia de Mina era la propietaria del anillo.

Giovanni se incorporó un poco, hizo un gesto a Mina para que se acercara y le dio un beso en una mejilla.

–Creí que estaba alucinando cuando leí la historia en el periódico, pero sabía que Nate se enamoraría perdidamente cuando

encontrara a la mujer indicada.

–Todo pasó bastante deprisa –comentó ella con una sonrisa.

–¿De verdad dejaste a tu prometido en el altar?

–Sí. Nate y yo… fue un amor a primera vista.

–Como debe ser –replicó Giovanni con la mirada perdida en el infinito–. El gran amor es así.

La sonrisa de Mina titubeó, aunque Giovanni no se dio cuenta porque tenía los ojos clavados en el estuche que llevaba ella.

–¿Puedo ver el anillo?

Ella se lo entregó y él sacó el impresionante zafiro del estuche.

–Es exactamente como lo recordaba –murmuró él mirando fijamente el anillo que tenía en la palma de la mano–. Es curioso que puedas olvidar algo muy preciado con el paso del tiempo, pero una piedra así permanecerá con nosotros para siempre.

Nate se moría de ganas de preguntarle qué significaba el anillo para él, pero Giovanni ya había dejado muy claro que no pensaba contarlo.

–¿Puedo quedármelo unos días? –le preguntó Giovanni.

–Sí –Mina asintió con la cabeza–. No puedo vendértelo hasta dentro de un año, como te habrá contado Nate. Es una condición que puso mi padre cuando me lo dejó.

Giovanni asintió con la cabeza, cerró el estuche y parpadeó varias veces. Nate lo miró fijamente cuando una lágrima cayó por la curtida mejilla de su abuelo. Algo le atenazó el corazón con todas sus fuerzas. Jamás había visto llorar a Giovanni.

–Estoy muy cansado. Espero que me perdonéis si os pido que la visita sea corta.

–¡Claro! –exclamó Nate con un nudo en la garganta.

Su abuelo lo agarró de la muñeca para que se acercara.

–Es preciosa. Sé feliz, Nate.

Él abrió la boca para decirle que volvería a visitarlo a lo largo de la semana, pero no pudo por la emoción que le oprimía la garganta. Apoyó la frente en la de su abuelo.

–Te quiero –susurró Nate.

Los dedos de Giovanni se entrelazaron con los de él y algo le desgarró el pecho y lo arrastró hacia un mar tormentoso que amenazaba con tragárselo. Se dio media vuelta y se marchó de la habitación antes de que lo hiciera.

Nate llevó a Mina al ático que tenía en el piso cincuenta y cinco del Grand Hotel.

–Si necesitas algo, díselo a Rosa –comentó él mientras la

acompañaba a la suite que le había asignado.

Fueron las primeras palabras que pronunció desde que salieron de la casa de su abuelo. Estaba tan emocionado que su corazón no lo aguantaba. La dejó para que deshiciera el equipaje, se fue a su despacho y se quedó mirando la vista de Manhattan por el ventanal. La rabia que lo dominaba por dentro era tan absoluta que le nublaba la visión, que no le permitía ver nada que no fuese devolver el golpe, escapar del dolor que lo desgarraba por dentro. Barrió la mesa con una mano y los contratos o informes salieron volando por los aires. No contento con eso, agarró el premio al mejor ejecutivo del año y lo tiró contra la pared, un pisapapeles de cristal labrado fue detrás.

Con la respiración entrecortada, apoyó las manos en la mesa, bajó la cabeza y se maldijo por haberlo dado todo por sentado, por dar por supuesto que esa vida privilegiada, que en realidad solo era una imitación mala y vacía de la existencia, podía compensar que deseara cosas que no había tenido nunca, que compensara haber mantenido en la distancia a su abuelo cuando Giovanni le había ofrecido todo lo que su orgullo no le había permitido aceptar. El amor que su padre se había negado a darle, la oportunidad de pertenecer a algo mayor que la solitaria existencia que había vivido.

Sin embargo, ni el todopoderoso Giovanni podía borrar las heridas que había dejado una tragedia, la disfunción que había provocado la relación inestable de Anna y su padre. Sus hermanos y él eran la demostración de eso.

–Nate…

Se dio la vuelta y vio a Mina en la puerta con los ojos muy abiertos y los puños cerrados a los costados.

–Déjame en paz.

–Nate…

–¡He dicho que me dejes en paz!

Ella se quedó pálida, se dio media vuelta y se marchó.

Mina terminó de deshacer el equipaje con los ojos ardiendo y el corazón acelerado. Le dolía la bofetada verbal que le había dado Nate. Estaba dolorido. No había dicho ni dos palabras desde que se fueron de Long Island y esa pérdida de dominio de sí mismo, ese dolor bárbaro que se reflejaba en sus ojos… Quería ayudarlo, consolarlo, pero Nate era un animal solitario. No quería que ella entrara en su cabeza ni que compartiera el dolor con él, quería enterrarlo hasta que saltara por los aires como una bomba de relojería.

Colgó el último vestido y guardó la ropa interior de encaje en un cajón. Nate le había dejado claro que no podía esperar intimidad de él, que solo era sexo, pero ella no podía negar que le dolía después de haber pasado tres noches entre sus brazos, de haber sentido una conexión sentimental entre ellos, aunque quizá solo fuesen imaginaciones suyas.

Se apoyó en el precioso vestidor de cerezo tallado a mano, se pasó una mano por el pelo y tomó aire para disipar la opresión que sentía en el pecho. ¿Qué estaba haciendo? Estaba dejando que los sentimientos hacia un hombre que no podía tener fuesen más profundos, hacia un hombre que no debería querer tener. Todo debería haber sido una aventura, vivir todo lo que había echado de menos con un hombre mundano y apasionante que le ponía la carne de gallina. Permitirse sentir algo por Nate, cuando él se alejaría de ella en cuanto fuera perdiendo el interés, era dirigirse al abismo. Tener algo que había anhelado tanto y quedarse sola otra vez era una amenaza demasiado grande para el frágil sentido de dignidad que había conseguido. Eso demostraría que no se la podía amar lo bastante como para conservarla, que no valía lo bastante, y no iba a pasar por ahí otra vez jamás en su vida. Se apartó del vestidor y pasó por delante del despacho de Nate. Estaba vacío y todo el ático estaba en silencio. Él debía de haber salido, siempre salía a pasear cuando sus sentimientos eran tan intensos que no podía soportarlos. Fue a la resplandeciente cocina de acero, se sirvió un vaso de agua y salió a la terraza. La ciudad de cemento y acero que se extendía por delante de ella era gris e inhóspita. Una capa de polución flotaba sobre los edificios, el aire le picaba en los pulmones y las bocinas, las sirenas y los pitidos se mezclaban para formar una sinfonía caótica que no la dejaría dormir en toda la noche. Una oleada de añoranza se adueñó de ella, añoranza del cielo y el mar azules, del sabor de la sal en los labios…

–No es una primera impresión muy buena –unas manos la agarraron de la cintura y la estrecharon de espaldas contra el pétreo cuerpo de Nate–, pero la ciudad puede ser muy bonita y apasionante.

Ella se quedó rígida y él le recorrió la nuca con los labios.

–No debería haber descargado mi rabia contigo, lo siento.

–Estás dolorido.

–Sí. Creía que había resuelto mis sentimientos, pero está claro que no lo he hecho.

–Quieres a tu abuelo y esto no va a ser fácil para ti.

–No le había dicho que lo quiero hasta hoy. Creo que podría

haber muerto sin saberlo.

Ella se dio la vuelta entre sus brazos.

–Lo sabe. No hay más que veros juntos para saberlo.

Él apretó los labios y el dolor le oscureció la mirada.

–He perdido mucho tiempo.

–Entonces, haz lo que no has hecho, logra una relación más estrecha con tus hermanos.

–Ya hemos hablado de esto. Hay muchas cosas sin resolver como para conseguirlo.

–¿Quién dice eso? ¿Quién no quiere tener esa relación? ¿Tú o ellos?

Él se puso tenso y ella pensó que quizá hubiese ido demasiado lejos. Se hizo un silencio hasta que él resopló y se pasó los dedos entre el pelo.

–Mi madre era la secretaria de mi padre. Tuvo una aventura con él durante una crisis en el matrimonio de él, creyó que la amaba y que dejaría a su familia por ella. Sin embargo, la relación de mi padre con su esposa Anna era así. Eran muy juerguistas y tenían personalidades inestables. Arreglaron el matrimonio y mi padre acabó la relación con mi madre. Ella era muy orgullosa. Dejó el empleo con Benito y encontró otro. Entonces, descubrió que estaba embarazada y no pudo conservar el empleo que había encontrado porque era muy duro. Volvió a encontrar otro, pero no le pagaban gran cosa. Mi padre había dejado muy claro que no quería saber nada de ella. Ella esperó hasta que estábamos prácticamente en la calle para ir conmigo una noche a su casa y pedirle ayuda económica. Él nos cerró la puerta en las narices.

Mina contuvo la respiración.

–Mi padre y Anna discutieron después de que mi madre y yo nos marcháramos. Esa noche iban a ir a una fiesta, a uno de esos sitios donde había droga por todos lados y los ricos se fundían el dinero jugando. Mi padre era famoso por su afición a las drogas ilegales y el alcohol. Después de la discusión, estrelló el coche contra un árbol y Anna y él se mataron.

–¿Qué pasó con tus hermanos?

–Giovanni se hizo cargo de ellos.

–Pero no supo nada de ti hasta más tarde –comentó ella al acordarse–, hasta que Alex te encontró. ¿Cómo supo él que existías?

–Porque aquella noche estaba mirando por la ventana y ató cabos.

Ella ladeó la cabeza e hizo la pregunta que le había rondado por la cabeza desde Hong Kong.

–¿Por qué no estrechaste los lazos con tus hermanos entonces? Devolverle la vida a tu abuelo tuvo que ser muy emotivo.

–Porque no quería tener una relación con ellos –contestó él en tono seco–. No quería saber nada de los Di Sione. No podía rechazar la oferta de Giovanni de mandarme a la universidad y de introducirme en el mundo empresarial, pero eso no significaba que quisiera tener alguna relación con una familia que nunca había reconocido mi existencia, que pensaba que yo no valía lo bastante como para formar parte de ella.

–Eso no era culpa de tus hermanos, era culpa de tu padre.

–Hice aproximaciones que se rechazaron. Yo sabía cuál era mi sitio.

–Es posible que ahora tus hermanos vean las cosas con una perspectiva distinta –ella se mordió el labio inferior y se lanzó a fondo–. Si no lo intentas otra vez, lo lamentarás. No sabes cuánto me gustaría tener hermanos. Es posible que crearan problemas, pero al menos habrían estado ahí, habría podido apoyarme en alguien.

–Esto es distinto –replicó él con un brillo de advertencia en los ojos–. No tiene sentido reavivar un pasado que no puede cambiarse. Déjalo como está, Mina.

–No puedes huir de tus sentimientos, Nate –ella sacudió la cabeza–. No puedes tirar por la borda algo tan valioso o lo que ha pasado hoy volverá a pasar, pero peor. Entonces, es posible que sea demasiado tarde.

–Mina –gruñó él rodeándole la cintura con un brazo y estrechándola contra sí mismo–, basta ya.

La furia se reflejaba en sus ojos como si tuviera vida propia y las manos la agarraban con una agresividad contenida. Estaba a punto de estallar otra vez.

–Bien –susurró ella–, muy bien.

El corazón le rebotó en el pecho cuando él le pasó un brazo por debajo de las rodillas y la levantó.

–¿Qué haces?

–Callarte.

Nate llevó a su esposa a su dormitorio en medio de un torbellino de sentimientos. Sentimientos intensos que Mina conseguía despertar con esa empatía que tenía. Además, no juzgaba, se limitaba a constatar y hacía que quisiera cosas que había decidido que eran imposibles desde hacía mucho tiempo. Permitir que sus sentimientos afloraran era como andar por un campo de minas. Como lo era reconocer lo mucho que significaba su abuelo para él y

lo enfadado que estaba consigo mismo. Era demasiado doloroso como para profundizar más y por eso dirigió toda esa intensidad hacia la mujer de la que no conseguía cansarse, la mujer que cuando estaba en un radio de dos metros conseguía que su mente se quedara en blanco. Dejó a Mina en el suelo.

–Quítate la ropa.

Ella lo miró con los ojos como platos mientras él empezaba a desvestirse. Nate creyó que podría negarse dado el humor de él, hasta que la pasión se reflejó en los ojos de ella. Era la atracción que no podía evitar y la confianza que depositaba en él le pidiera lo que le pidiera. Se llevó las manos al primer botón de la blusa y fue desabotonándosela lentamente. Él no dejó de mirarla a los ojos. Se bajó la cremallera de la falda y la dejó caer con un movimiento de las caderas que le endureció el miembro como una piedra. Lo miró de arriba a abajo solo con la ropa interior de encaje y se fijó en la última prenda que llevaba puesta. Los calzoncillos, aunque largos, no disimulaban lo más mínimo la erección.

–Ven.

Ella parpadeó y titubeó antes de acercarse y quedarse a unos centímetros de él. Era tan hermosa, tan deseable, que se le secó la boca. Él señaló los calzoncillos con la cabeza.

–Quítamelos.

Mina tragó saliva, se acercó un poco más, metió los dedos por debajo del elástico de la ropa interior y se la bajó hasta que el miembro se liberó como impulsado por un resorte. Él se dejó llevar por la fantasía que lo había obsesionado desde que ella se lo ofreció aquella noche en las Maldivas.

–Necesito… aliviarme –murmuró él con una voz rebosante de anhelo–, si te apetece.

Ella se sonrojó y a él le latió el corazón con tanta fuerza que le dolió en el pecho. Cuando ella se arrodilló con los ojos oscuros vidriosos por el deseo, la sangre se le arremolinó en la cabeza.

–Sí, me apetece, pero tienes que decirme si lo hago mal.

Si el cerebro le hubiese funcionado, le habría dicho que cada vez que lo tocaba lo hacía bien, pero había dejado de funcionarle cuando ella se había arrodillado. Mina le tomó el miembro entre los dedos y sus movimientos vacilantes hicieron que le bullera la sangre como no había hecho ninguna caricia experta. El placer que se reflejaba en su cara a medida que él se endurecía y crecía lo inflamó. Eso fue justo antes de que lo introdujera en la calidez de su boca. Introdujo las manos entre su pelo y le dijo cuánto le gustaba, cuánto lo deseaba y dónde lo deseaba. Mina lo complació como si

estuviera tan embriagada como él, hasta que la agarró de la muñeca.

–Como sigas así, vas a aliviarme demasiado –le explicó él cuando ella lo miró con pesadumbre.

Se inclinó, la tomó en brazos y la llevó a la cama. Ella lo miró mientras se ponía el preservativo. Estaba mucho menos cohibida que la primera noche y su rostro no disimulaba cuánto lo deseaba, y eso lo llevaba al límite. El colchón se hundió cuando se tumbó al lado de ella. La agarró de la cintura y la levantó para ponérsela encima y acariciarla con la erección. Mina cerró los ojos y dejó que él tomara la iniciativa.

–Nate…

Su húmeda calidez lo recibió con agrado mientras él la bajaba lentamente para que sintiera cómo iba llenándola poco a poco. Mina dejó escapar un gemido que le disparó la presión arterial por las nubes. La deseaba y la necesitaba demasiado. La necesitaba para que le anestesiara el cerebro y él sabía que podía. Levantó las caderas y la llenó del todo. Ella contuvo la respiración.

–¿Te gusta?

–Sí –ella tenía los ojos velados por el placer y clavados en los de él–. Me encanta así…

Él murmuró un juramento. La levantó y volvió a bajarla sobre él una y otra vez.

–¡Nate! –gritó Mina mientras se estremecía por dentro–. *Dio mio*, Nate…

Nate la agarró de la nuca y la inclinó hacia delante para ver la explosión de placer en sus ojos.

–Así, precioso… –volvió a murmurar él–. Llega al clímax por mí.

Sus ojos negros se derretían mientras se contraía alrededor de él. La sensación lo elevó hasta un clímax deslumbrante. Su cerebro tardó mucho en volver a la tierra mientras acariciaba las curvas de Mina. Ella se arqueó como un gatito.

–¿Quieres que vuelva a mi cuarto?

El corazón se le encogió por la pregunta. Debería llevarla allí, fijar unos límites desde el principio para que cada uno tuviera su espacio. Sin embargo, se había acostumbrado a tenerla entre los brazos y, además, ¿desde cuándo le había servido de algo resistirse a Mina?

–Quédate –murmuró él besándole levemente la sien–. Voy a apagar la luz y vuelvo.

Ella se acurrucó a su lado cuando volvió y él la rodeó con los brazos. Intentó no tener en cuenta que jamás había dejado a una

mujer pasar la noche en su cama y la premonición de que esa partida que estaba jugando con su esposa estaba condenada al desastre. Hacía mucho que había pasado el momento de echarse atrás.

Capítulo 11

SI a Mina le había parecido que las primeras semanas que había trabajado con Nate habían sido exigentes, el primer par de semanas en la sede central de Brunswick Developments fue un ejercicio de supervivencia. La directora de marketing era exactamente como le habían advertido que era; una neoyorquina implacable que no tenía tiempo para complacer a la esposa del consejero delegado, y Mina tampoco lo quería, quería valerse por sí misma. Fue lo que hizo cuando Carole la puso a trabajar inmediatamente. Después de mucho titubear en un proyecto, por miedo a pedirle ayuda a su intimidante jefa, empezó a hacerle preguntas. Aprendió más en esas dos semanas que lo que habría aprendido en un año en la universidad. Además, cuando Carole remató la segunda semana con un halago al primer plan de marketing que había hecho ella sola, creyó que podía morirse e ir al cielo. Fue casi suficiente para quitarle los nervios mientras Nate la llevaba al ático de su madre para asistir al cóctel que celebraba en honor de ellos.

Nate había dejado a su madre al margen todo el tiempo que había podido para que Mina se adaptara a la ciudad y al trabajo nuevo, pero no había podido contenerla más y esa noche sería su presentación a la flor y nata de la sociedad neoyorquina.

Empezó a sentir náuseas por los nervios mezclados con la forma de conducir de Nate. Era raro porque nunca se había mareado en un coche, pero estaban en Manhattan…

Nate la miró con detenimiento mientras subían en el ascensor al piso de su madre.

–¿Te pasa algo? Estás verde.

–Los nervios mezclados con tu conducción, espero.

–No te mareas en los coches.

–Normalmente, no.

–No estés nerviosa –él le tomó la nuca con una mano–. Está impresionante, señora Brunswick. Los cautivarás a todos.

Ella quiso decirle que dejara de llamarla así, que cada vez que lo hacía, como cada vez que la besaba, se enamoraba más de él. Sin embargo, la besó y se olvidó de todo, hasta del miedo de estar enamorada de él. Él apartó la cabeza cuando el ascensor se paró y sus alientos se mezclaron.

–Ahora pareces lo que representas –Nate apretó un botón para que no se abrieran las puertas–. Arréglate el pintalabios.

Una vez arreglada, entraron en la fiesta. Emily Brunswick, una mujer dinámica y atractiva de cincuenta y muchos años que le encantó a Mina nada más conocerla, se dedicó a presentarle a todo el mundo. Sofocadas las náuseas, disfrutó con Emily allanándole el camino. Estaba en plena conversación con su suegra y el director de una galería de arte cuando se le revolvió el estómago por el olor de los aperitivos. Volvió a sentir náuseas y empezó a sudar. No había tenido tiempo casi de excusarse y de llegar al cuarto de baño cuando el estómago decidió vaciarse. Una vez vaciado, se levantó, se mojó la cara e intentó arreglarse el maquillaje.

–¡Mina!

La voz de Nate atravesó la puerta de madera. Ella la abrió y se lo encontró con el ceño fruncido.

–¿Has vomitado?

–No –mintió ella–. Estoy bien.

–Mientes muy mal –replicó él inexpresivamente–. Nos marchamos.

–Pero tu madre se ha tomado tantas molestias…

No sirvió de nada. Él ya estaba arrastrándola hacia Emily para que se despidiera. Ella le aseguró a la madre de Nate que estaba bien, que, probablemente, solo estaría agotada y que le disculpara por haber acortado la velada. Una vez en el coche, Nate le soltó un sermón sobre que no debería dejar que esas cosas la alteraran.

–No creo que haya sido la fiesta –replicó ella–. Me encontraba muy bien después de los primeros minutos. Tu madre es encantadora.

–¿Puede ser una infección intestinal?

–Es posible.

Sin embargo, nunca había tenido una infección intestinal y nunca se mareaba en los coches. Cuanto más lo pensaba, más frío era el sudor. No podía estar… Había ido a un médico en cuanto llegó a Nueva York para que le proporcionara píldoras anticonceptivas y así estar doblemente segura de que no se quedaría embarazada, porque quedarse embarazada sería un desastre absoluto. Se pasó una mano por la frente. Estaba poniéndose enferma solo de pensarlo.

Nate la acostó en cuanto llegaron y fue a contestar unos correos electrónicos con la promesa de que volvería al cabo de unos minutos para ver cómo estaba. Ella apoyó la cabeza en las almohadas y miró, sin ver, la impresionante vista de Nueva York.

No podía estar embarazada. Nate usaba preservativos y ella tomaba la píldora, desde hacía poco, pero…

Se levantó de la cama, se puso los pantalones de yoga, una camiseta y las zapatillas de correr, tomó el bolso y dio un rodeo para evitar el despacho de Nate. Bajó a la planta baja y fue a la farmacia del vestíbulo. Asombrosamente, muchas personas debían de preguntarse si estaban embarazadas cuando estaban de vacaciones o en viajes de trabajo porque los estantes estaban llenos de pruebas de embarazo. Tomó dos y se puso en fila para pagar. Era una fila de cinco personas y se movió con impaciencia mientras esperaba. Pagó por fin y volvió corriendo al ático. Abrió la puerta con el lector de huellas digitales y… se topó con Nate. Retrocedió y escondió la bolsa detrás de su cuerpo.

–Me has asustado…

–¿Qué hacías vagando por las calles cuando estás enferma? –le preguntó él con una mirada sombría–. Vagando por las calles de noche.

–Necesitaba… un libro. Además, no estaba vagando por las calles, fui a la tienda del edificio.

–¿De verdad? –él señaló con la cabeza hacia la mano que tenía detrás de la espalda–. ¿Qué libro has comprado?

–Ninguno que te interese.

Ella fue a pasar al lado de él, pero la agarró con fuerza de la muñeca.

–¿Qué hay en la bolsa, Mina?

–Sinceramente –ella ladeó la cabeza–, ¿una chica no puede tener un poco de intimidad?

–Esta noche, no. No cuando hace una hora estabas vomitando y esa bolsa es de una farmacia.

–Es un remedio pasado de moda que usamos los sicilianos.

–Fascinante. Enséñamelo.

–Nate…

Él le arrebató la bolsa con la rapidez de un felino y ella se tapó los ojos con las manos. Se hizo el silencio más largo de su vida, hasta que bajó las manos y vio que Nate estaba gris.

–Solo es una precaución –le explicó ella precipitadamente–. Es imposible, mi imaginación estaba desbocada y…

–He usado preservativo todas las veces y tú tomas la píldora.

–Sí –ella asintió con la cabeza–. Como he dicho, solo es por precaución, porque ayer tampoco me sentí bien y me preguntaba por qué… Nate… –ella frunció el ceño al verlo más gris–. Deberías sentarte.

Él se pasó una mano por la barba incipiente.

–Creo que deberías hacerte la prueba –Nate le entregó la bolsa–. Una… Dos… Lo que dé resultado.

Ella agarró la bolsa y decidió que no podía hacer otra cosa. Fue al cuarto de baño con el corazón en un puño, cerró la puerta y se apoyó en ella. Podía hacerlo. Dos pruebas positivas después, estaba sentada en el sofá de dos plazas que había en el cuarto de baño cuando Nate abrió la puerta de par en par.

–Sal.

Ella le dio las pruebas, pasó de largo y se dejó caer en el sofá del salón. La tapa del cubo de basura se cerró del golpe y se hizo un silencio. Nate entró en el salón, fue directamente al mueble bar y se sirvió una copa.

–Lo siento –dijo ella en voz baja.

–¿Por qué te disculpas? –él le dirigió una mirada sombría–. Se necesitan dos personas para engendrar un bebé.

–Porque es un desastre.

Él no lo negó. Se sentó el lado de ella y dio un sorbo del líquido color ámbar.

–Yo jamás…

–No sigas –le interrumpió él con aspereza–. Yo nunca propondría algo así.

La expresión de Nate la sorprendió desprevenida. Entonces, se dio cuenta de lo que había dicho. Nate había sido el fruto de un embarazo inesperado.

–No quería decir…

–Ya lo sé.

Los segundos fueron pasando y el tictac del reloj que había en la pared era ensordecedor para los nervios a flor de piel de Mina. Cada segundo que pasaba y Nate seguía con esa expresión de consternación, más se le caía el alma a los pies. Él no quería una relación y mucho menos un hijo. Estaba horrorizado. Ella acababa de lograr la libertad y tenía un empleo que le encantaba. No podía haber llegado en peor momento. El pulso le palpitaba en las sienes. Quería sentir alegría porque un bebé era algo maravilloso, pero se tomó la cabeza con las manos y rezó para que todo eso fuese un sueño.

–No te dejes llevar por el pánico –murmuró Nate–. Lo resolveremos.

–¿Cómo? –ella levantó la cabeza–. No puedes mantener una relación, Nate. ¿Cómo vas a ser padre?

–Día a día, paso a paso. Además, creo que ya estamos

consiguiendo algo muy parecido a una relación.

–Porque sabes que puedes largarte en cuanto sientas claustrofobia. Acabaremos en cuanto te sientas un poco agobiado.

–Si eso fuese verdad, ya habría cortado –replicó él con una mirada inescrutable.

Él sabía que estaba enamorada de él. Se puso roja como un tomate.

–¿Por qué no lo has hecho? ¿Por qué vas a incumplir tus reglas por mí, Nate? ¿Por ese complejo de caballero andante que tienes conmigo aunque tú lo niegues? ¿Porque crees que soy muy vulnerable y que me derrumbaré si lo haces?

–No lo sé –contestó él mirando hacia otro lado.

–Yo sí –el dolor y la humillación hicieron que lo soltara todo–. Sientes algo por mí, pero no quieres indagar más porque te da miedo que se derrumbe el castillo de naipes que te has hecho.

–Te he dejado entrar, Mina –replicó él con los ojos como ascuas–. Te he contado cosas que no le había contado a nadie.

–¡Porque no te arriesgas a nada! Me habré marchado dentro de un año, tienes una salida –ella señaló con los brazos todo lo que los rodeaba–. Nada de esto es una amenaza porque solo estamos representando nuestros papeles. Tú eres el caballero andante y yo soy la damisela en apuros. Eso lo justifica todo.

Él dejó la copa en la mesa dando un golpe y la miró con rabia.

–¿Qué quieres de mí? Te aprecio y lo sabes, te he abierto mi vida y he intentado darte todo lo que necesitas.

–Y yo nunca podré pagártelo –ella levantó la barbilla ante la desesperación que brillaba en los ojos de él–. Nate, lo que me has dado es impagable. Entraste en mi vida y no solo me salvaste de Silvio, me salvaste de mí misma, de que sacrificara mi vida por un sentido equivocado de la lealtad a mi madre. Me has dado fuerza para que sea la persona que sabía que podía ser, aunque me daba demasiado miedo darme cuenta. Sin embargo –ella se señaló el abdomen–, esto es real. Es la llamada para que despertemos. Ya no podemos seguir jugando a esto.

Él la miró en silencio. Ella tomó aire y se obligó a hacer lo que él no iba a hacer.

–Si crees que nuestra relación no va a dejar de ser como es, me parece bien. Sinceramente, Nate, me parece bien. Ya te dije desde el principio que puedo sobrellevarlo y puedo. Yo… –la voz se le quebró y Mina se pasó los dedos por el pelo–…Yo solo quiero saberlo.

Nate volvió a tomar la copa y dio un sorbo con un gesto

impasible.

–Tenemos algo bueno, Mina. Creo que no tenemos muchas posibilidades. Hagamos que nuestro matrimonio sea permanente y lo que sea mejor para nuestro hijo.

Ella sintió una opresión en el pecho. No lo hacía porque la amara ni porque quisiera que ella formara parte de su vida.

–¿Porque no permitirás que tu hijo quede abandonado por su padre como te pasó a ti?

–Porque es lo que hay que hacer –contestó él en un tono tajante–. Este hijo se merece que su padre y su madre estén presentes en su vida.

Ella cerró los ojos por el dolor en las sienes. Le había dado miedo reconocer que lo amaba por eso, porque le daba miedo que él no sintiera lo mismo. Ya sabía la respuesta. Pudo ver claramente la relación tan destructiva que tendrían Nate y ella, que ella se pasaría la vida esperando a que él aprendiera a amarla, como le había pasado con su madre. Se rodeó con los brazos y notó la bilis en la garganta. No podía volver a ser esa versión de sí misma solitaria y anhelante de recibir amor.

–Mina –Nate la agarró del brazo–, estamos bien juntos. Tú estás prosperando en Brunswick Developments. Tiene sentido.

Ella abrió los ojos y el cariño que captó en la mirada de él hizo que se sintiera más desdichada todavía.

–No me planteo un matrimonio sin amor por muy conveniente que sea.

Los ojos de él reflejaron un sentimiento que ella no pudo interpretar.

–Esto no es una de esas películas de Hollywood que te encantan. Podemos llegar muy lejos si estamos bien juntos.

–No saldría bien –ella sacudió la cabeza–. Acabarías sintiendo rencor contra mí y contra el bebé. Tú mismo lo dijiste, no estás hecho para el matrimonio. Eres una persona solitaria, Nate. Necesitas tu espacio. Mis sentimientos hacia ti se interpondrían entre nosotros, como algo incómodo de que lo que no queremos hablar, y acabarías deseando haberlo acabado en este momento.

–No estás bien, no piensas de una forma racional. Mañana hablaremos de esto.

No cambiaría nada, se dijo a sí misma mientras él la acostaba y la dejaba para que probablemente le diera vueltas en la cabeza al problema que tenían. Ella había tenido la culpa de enamorarse, de convencerse a sí misma de que él podía cambiar cuando no cambiaría jamás.

Capítulo 12

MINA entraría en razón. No era la primera vez que Nate se lo decía a sí mismo días después de que su conversación con Mina sobre su futuro acabara en punto muerto. Había tardado en salir del aturdimiento, de la sensación de irrealidad que se había adueñado de su vida. Iba a ser padre y eso era lo único que había sabido con certeza que no sería nunca, que nunca había querido ser.

Inquieto porque esperaba una llamada desde la Costa Oeste que ya se había retrasado cinco minutos, se levantó de la mesa y fue hasta el ventanal. Esos días grises e invernales de Nueva York no le ayudaban a levantar el ánimo.

La situación con Mina seguía igual. Lo único que había podido decirle a su esposa en la tensa conversación que habían tenido había sido que sería responsable con su hijo, que nunca permitiría que se criara sin un padre, que estaría al lado de ella y su hijo, que renunciaría a la libertad que tanto apreciaba y que haría todo lo que pudiera por los dos. Eso tenía que ser suficiente.

En cuanto a las cuestiones ambiguas, lo que sentía hacia Mina, el empeño de ella en que lo afrontara, su desconcierto por todo eso, su estrategia había sido eludirlo. Cuando Mina entrara en razón, cuando comprendiera que estarían mejor si criaban juntos a su hijo, todo eso se solucionaría. No iba a decir cosas que lamentaría ni a prometer nada que no fuera a cumplir.

Fue a la mesa y llamó a Josephine por el interfono.

–¿Te importaría enterarte de por qué se retrasa la llamada de la Costa Oeste?

–Ahora mismo. Por cierto, Nate…

–Sí…

–Mina se ha marchado antes. Dijo que ya os veríais en casa.

–¿Se sentía mal? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Parecía que estaba bien. Un poco pálida quizá. Ha estado trabajando muchas horas.

Él se sentó detrás de la mesa. Mina siempre lo esperaba, siempre tenía trabajo. ¿Se sentía mal? Esa mañana había estado especialmente silenciosa en el coche. Estaba bastante ensimismada desde que se enteró de que estaba embarazada, pero esa mañana había sido distinto, había estado completamente distante. Se

levantó con inquietud, se puso la chaqueta, tomó el maletín y fue hasta la mesa de Jo.

–Contestaré la llamada en el coche.

Se encontró atrapado en el tráfico y la sensación de que algo iba mal fue en aumento. Cuando entró en el ático estaba irritable y preocupado. Cruzó el salón y encontró a su mujer en su dormitorio. .. con una maleta impecablemente hecha en el suelo.

–¿Qué es eso?

Mina dobló el jersey que tenía en las manos y lo dejó en la maleta. Cerró las manos a los costados y lo miró sin importarle la actitud agresiva de él.

–Me marcho.

Él se acercó más con un zumbido en la cabeza.

–¿Adónde te marchas exactamente?

–A París. Voy a pasar una temporada con Celia.

Una furia que no podía explicar se adueñó de él.

–¿Eso es lo que haces? ¿Huyes de todo?

–Eso no es justo –replicó ella con una mirada sombría.

–Mina, podemos conseguir que esto salga bien si dejas de vivir en ese mundo de cuento de hadas y aceptas que el amor es un concepto mitológico que creáis las mujeres y que dura exactamente lo mismo que las feromonas.

–Mi madre me dijo la noche anterior a la boda, la noche en la que Silvio me pegó, que la vida no es un camino de rosas. Yo discrepo. Eso es lo que quiero. Prefiero unos años maravillosos a no conocer nunca el amor.

Él resopló.

–¿Vas a renunciar a la oportunidad de trabajar toda la vida en Brunswick Developments para irte a Paris? ¿Qué vas a hacer allí?

–Esperaba que me ayudaras a encontrar un trabajo en el Grand Hotel de París.

Él sintió una opresión en el pecho. Mina estaba hablando en serio.

–Yo vivo aquí. ¿Cuándo voy a ver a mi hijo?

–Tú vives en un avión –ella lo miró sin inmutarse–. No estarías en casa aunque yo viviera en Nueva York. Puedes ir a París igual de fácilmente.

Él se pasó una mano por el pelo. No le gustaba la idea de que hubiese un océano por medio, y no era solo por el bebé.

–No tienes que trabajar, independientemente de lo que hagamos.

–Quiero trabajar –replicó ella mirándolo a los ojos–. Todo esto, todo lo que me has dado, me ha mostrado cuánto lo quiero. Quiero

valerme por mí misma, perseguir mis sueños y que mi padre se sienta orgulloso allá donde esté. No será fácil con el bebé, pero me las arreglaré.

–¿Por qué no te quedas sin más? –preguntó él con delicadeza cuando la admiración le aplacó la ira–. No tires por la borda la vida que has empezado a construir. Encontraremos un sitio para ti.

–Porque tú estás aquí –a Mina le temblaron los labios–. Porque te amo. Ya lo sabes. Me moriría si te viera con otra mujer porque ya sé lo que se siente al tener algo tan perfecto. No puedo conformarme con menos.

A él se le paró el corazón e intentó respirar.

–Mina…

–Déjame que me marche. Déjame ser la gladiadora que me enseñaste a ser.

En ese momento, él deseó no haberle enseñado esa maldita comparación, que ella no tuviera la fuerza para marcharse porque él no tenía las agallas para impedírselo cuando el precio sería exponerse a todo el dolor que podía ofrecer el mundo, a ver la desilusión en los ojos de Mina cuando descubriera lo vacío que estaba por dentro.

–Muy bien. Haré que te contraten en el Grand Hotel. ¿Cuándo es tu vuelo?

–Esta noche. Iba a tomar un taxi. No hace falta que me lleves.

¿Esa noche? Nate sintió un dolor que lo atravesaba como una puñalada.

–Te llevaré. Avísame cuando estés preparada.

Había poco tráfico para ser la tarde de un día laborable y llegaron al aeropuerto en un tiempo récord. Aparcó delante de la puerta de entrada y se bajó para ayudar a una pálida Mina con el equipaje.

–¿Estás segura de que puedes viajar?

–Llevo en el bolso la medicina que me dio el médico.

Mina se estiró para darle un beso en la mejilla. Parecía tan pequeña y vulnerable que tuvo que hacer un esfuerzo para no estrecharla contra sí y prohibirle que se marchara.

–Te mandaré un mensaje en cuanto llegue a casa de Celia.

Una voz le decía que no la dejara marcharse, que sería el mayor error de su vida. Sin embargo, su instinto de supervivencia era más fuerte. Abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, pero ella ya estaba dándose media vuelta y alejándose… sin mirar atrás. Se montó en el coche y la observó mientras desaparecía en la terminal. Se acordó de cuando ella le abrió la puerta en Palermo, de aquella

visión maravillosa de ella vestida de novia, al alcance de su mano. No era lo bastante hombre para aceptar el regalo que era ella.

Nate acabó el segundo whisky en el silencioso y opresivo ático y pensó servirse un tercero. Estaba sentado en su butaca favorita, miraba las luces de Nueva York e intentaba no oler el delicado perfume de Mina que todavía flotaba en el aire. Su presencia parecía estar por todos lados, en su cabeza, en su corazón… Esa noche, cuando volvió y el mayordomo del hotel le había preguntado por ella, él lo había mirado aturdido, como si le hubiese preguntado por qué era amarilla la luna. Estaba enamorado de ella desde hacía semanas. Él, quien ni siquiera creía en el concepto de esa palabra, o, mejor dicho, quien la rechazaba por lo que había llegado a simbolizar; dolor, rechazo, desengaño. El vacío que sentía en ese momento era distinto al que había caracterizado toda su vida. Saber que quizá se sintiera pleno si tuviera a Mina hacía que fuese más agudo. Con ella, había sido feliz por primera vez en su vida. Se había embarcado en ese matrimonio con la advertencia de que no era real. Todo tenía un objetivo; un anillo para que su abuelo fuese feliz durante los últimos días de su vida y una vida nueva para Mina. Sin embargo, en realidad, todo había sido real entre ellos. En vez de afrontar la verdad, en vez de afrontar lo que sentía hacia Mina, había decidido permitir que la historia llegara hasta la conclusión inevitable con la esperanza de que nunca tuviera que tomar una decisión, que nunca tuviera que reconocer lo que sentía hacia su esposa.

Sin embargo, Mina lo había desenmascarado. Él quizá le hubiese enseñado a ser una guerrera, pero ella le había enseñado que los supervivientes como ellos también tienen que librar sus batallas internas, desmontar las defensas que habían levantado para poder tener un porvenir que dejase atrás el pasado. En eso, iba muy por delante de él. Ella le había concedido unos meses inapreciables con Giovanni y le había enseñado que reconocer sus sentimientos no iba a destruirlo, iba a liberarlo. Aun así, había dejado que se marchara como si pudiera existir sin ella. Frunció el ceño y agarró la botella. La destapó, pero volvió a taparla y tomó el teléfono.

–Nate –Alex lo saludó sin disimular la sorpresa–. ¿Qué tal?

–¿Podemos quedar para tomar algo?

–¿Ahora?

–Ahora, mañana o cuando puedas.

–Claro. ¿Nos encontramos en el sitio nuevo del Ritz?

Treinta minutos después, estaba sentándose enfrente de su

hermano mayor en el bar con vistas a Central Park.

–Nate… –le saludó Alex en ese tono mesurado tan típico de él.

–Alex.

El parecido físico entre los dos era innegable, pero no se quedaba solo en el exterior; los dos tenían una personalidad que tendía a ser sombría. Alex miró la camisa arrugada y el pelo despeinado de Nate.

–A juzgar por tu aspecto, te vendrá bien beber algo.

–O seguir el ritmo.

Su hermano llamó a un camarero, le pidió una botella de whisky y se hizo un silencio cauteloso.

–Gracias por venir –dijo Nate por fin–. ¿Qué tal te fue la misión que te encomendó Giovanni?

–Tengo el cuadro, y una princesa.

–¿Una princesa?

–Es una historia muy larga. El cuadro es un retrato de Lucia, la reina exiliada de Isola D'Oro. Es un retrato muy… íntimo –Alex sacudió la cabeza–, pero Giovanni lo quería y eso hace que me pregunte si es posible que tenga todo un pasado que ignoramos por completo.

–Cuando estuve en Sicilia –intervino Nate–, hice que un detective privado buscara algo de la familia Di Sione. No hay ni rastro de Giovanni, ni en Livorno ni en ningún sitio de Italia.

–Es posible que nos enteremos de la verdad ahora que Giovanni ya ha recuperado todas las piezas del rompecabezas. ¿Tú has conseguido la tuya?

–Sí, el anillo. Mina vio una inscripción en el anillo. *Amante de mi corazón–BA*.

El camarero llegó con el whisky y Alex sirvió una porción generosa a cada uno.

–¿Quién es BA? –preguntó Alex con el ceño fruncido.

–No tengo ni idea.

–Tengo la sensación de que me has llamado para hablar de algo más que de Giovanni –comentó Alex chocando el vaso con el de Nate.

Nate dio un buen sorbo, dejó el vaso y miró a su hermano.

–Mina está embarazada.

–Enhorabuena… creo…

–Quiero saber algo de Benito –dijo Nate bruscamente–. ¿Qué padre era? ¿Qué hombre era?

–Muy deficiente –Alex se dejó caer sobre el respaldo de la butaca con el whisky en la mano–. Giovanni y él tuvieron

problemas que nosotros supimos siempre. Mi padre se negó a trabajar con él en la naviera Di Sione. Montó distintas empresas, que fracasaron y que Giovanni ayudó a financiar, pero nada cuajó.

–Supongo que las juergas y el consumo de drogas no ayudó.

–No –reconoció Alex–. Mi madre se… limpió. Cambió la adicción a las drogas y el alcohol por la adicción a las compras, pero nunca fuimos una familia. Ninguno de los dos tenía ningún interés en ser padres. Nos criábamos con las niñeras.

Todas las piezas empezaban a encajar en la cabeza de Nate, empezaba a entender por qué habían padecido tanto sus hermanos.

–Te da miedo no ser un buen padre porque no tuviste uno –supuso Alex entrecerrando los ojos–. Porque mi padre era como era.

–¿Acaso no es eso lo que pasa? –murmuró Nate llevándose el vaso a los labios–. El ejemplo…

–Pero tú tienes una madre que te quiere –le interrumpió Alex–, algo que nosotros, los Di Sione, no tuvimos. Alguien que te inspiró para que alcanzaras tus sueños, que te moldeó para que fueras el hombre que eres. Tu nombre es la llave para entrar en cualquier sala de juntas de este planeta, Nate, y, sin embargo, creo que tu rencor afecta al concepto que tienes de ti mismo –Alex señaló a Nate con el vaso–. Lo sé muy bien porque me pasa lo mismo.

Nate parpadeó y asimiló las palabras de su hermano.

–Cuando empecé a trabajar en Di Sione y acudí a ti, creía que nos parecíamos mucho, pero tú me rechazaste, actuaste como si no mereciera respirar el mismo aire que tú.

–Era complicado para mí –reconoció Alex–. Me recordabas aquella noche… cuando mis padres murieron, la noche de mi propio fracaso… contigo. Es posible que mantenerte en secreto fuera más fácil para mí, pero tuvo que ser infernal para ti. Me costaba verte allí y ver a mi abuelo que intentaba expiar mis pecados.

–Nunca me sentí cómodo con aquello –Nate sacudió la cabeza–. Creo que Giovanni, al ascenderme en la empresa, intentaba compensar el pasado, pero yo no lo quise nunca.

–Lo sé, pero entonces yo no podía soportarlo. Era joven y era más fácil sentir rabia que sentir remordimiento… y sigue siéndolo.

–Siento que pasara lo que pasó –dijo Nate al cabo de un rato.

–Yo debería disculparme –Alex sacudió la cabeza–. Acudiste a mí cuando necesitabas un aliado y yo te di la espalda. Ahora me arrepiento, me arrepiento de muchas cosas.

Nate asimiló esa revelación. En realidad, lo que siempre había creído saber no estaba tan claro. La vida tenía capas y había que

excavarlas para encontrar la verdad. Efectivamente, el concepto que tenía de sí mismo estaba falseado.

–La vida es complicada, las relaciones son complicadas.

Alex esbozó una sonrisa cínica y levantó su vaso para brindar.

–Bienvenido a los Di Sione, la familia más disfuncional del planeta.

Algo cambió dentro de Nate mientras chocaba el vaso de su hermano. Quizá fuese la esperanza de que al futuro pudiera ser distinto.

–¿Cuándo voy a conocer a Mina?

–No estoy seguro de que vayas a conocerla –Nate dejó el vaso y miró a su hermano–. Está volando a París mientras hablamos.

–¿Quieres hablar de eso?

–¿Tienes toda la noche?

Su hermano señaló con la cabeza la botella de whisky.

–¿Por qué crees que pedí una botella?

Capítulo 13

MINA supuso que las gladiadoras podían llorar si tenían un motivo bueno para hacerlo. Alejarse del hombre que amaba mientras él se quedaba mirando parecía un motivo más que suficiente, sobre todo, cuando el final de la aventura había dejado claro lo engañada que estaba, que los sentimientos que había estado convencida que ese hombre sentía hacia ella solo habían sido una demostración de honor, el mismo honor que había mostrado desde el principio. Además, ¿acaso no había sido una necia al haber pensado que era algo más?

Había hecho lo que tenía que hacer, se repitió una y otra vez durante el vuelo de Nueva York a París. Había intentado ver la parte práctica de seguir casada con Nate y de dedicarse a trabajar, pero le había resultado demasiado doloroso ver que Nate hacía un esfuerzo para fingir que le hacía feliz convertirse en padre y marido permanente cuando, evidentemente, eso era una maldición para él. Se olvidaría de Nate con el tiempo, pero, si se hubiese quedado, él habría ido absorbiéndole el alma hasta que se hubiese quedado con toda, hasta que le hubiese resultado imposible marcharse. Los dos habrían empezado a odiarse por lo que querían y no podrían tener nunca.

Creía que se había recompuesto cuando Celia la recogió y la llevó a su precioso piso antiguo en el centro de París. Sin embargo, cuando su amiga le pidió que se lo contara todo, las lágrimas volvieron a brotar.

–No pierdas más tiempo con él –le había aconsejado Celia en ese tono tajante y tan francés que tenía–. Los hombres son como las estaciones; llegan y se van. Esta semana tengo mi reunión literaria. Léete el libro, disfruta de unos buenos cotilleos y lo verás todo de otra manera.

Se leyó el libro tumbada en el sofá de Celia y comiendo queso y galletas para mantener a raya las náuseas. El lunes, cuando se celebró la reunión literaria en la diminuta sala de Celia, ya disimulaba mejor el dolor y la tristeza. Brigitte, la integrante del grupo que faltaba, iba a llegar tarde por un asunto de trabajo. A las siete, cuando llamaron a la puerta, Celia fue a abrir sin dejar de hablar, pero se quedó muda cuando vio quién era. Mina se quedó

pálida.

–Es una reunión literaria –le comunicó Celia a Nate–. Los hombres no están permitidos.

–¿Qué libro habéis leído? –preguntó él parpadeando.

–*La edad de la inocencia.*

–No puedo ayudaros –Nate señaló a Mina con el ramo de flores que llevaba–. Esperaba poder llevarte a cenar.

¿A cenar? ¿Había aparecido en París como por arte de magia y quería que fuese a cenar con él? Miró fijamente al hombre que tanto la había hecho llorar. Estaba casi irresistible con vaqueros y una cazadora de cuero. Tragó saliva y consiguió hablar.

–Me temo que no estoy disponible para un caballero andante.

–¿Y para un hombre que lamenta profundamente que lo mejor que le ha pasado en su vida se aleje de él? –Nate le clavó la mirada en los ojos–. ¿Para un hombre que quiere repetir esto desde el principio, pero de verdad? Nadie va a salvar a nadie, Mina, nada de recreaciones hollywoodienses, solo la verdad pura y dura.

Ella se quedó sin aliento y la chica que estaba sentada a su lado bajó el libro.

–Esto es mucho mejor que el libro.

–Si tú no lo quieres, me lo quedo yo –murmuró la guapa rubia que tenía sentada al otro lado.

Eso hizo que Mina se levantara. Recogió el chal del sofá y se dirigió hacia Nate con las piernas temblorosas. Le faltaba un botón de la camisa, una barba incipiente y oscura le cubría la mandíbula y estaba un poco despeinado. Se le encogió el corazón y Nate le entregó las flores a Celia con la más cautivadora de sus sonrisas.

–¿Te importaría…?

–No –contestó Celia mirándolo fijamente–. Hazle algo y tendrás que vértelas conmigo.

Una vez en el coche que los esperaba fuera, Nate le tomó la mano. Tenía que protegerse el corazón, se dijo a sí misma. Todavía no había oído lo que tenía que decir, pero vio la tensión de su gesto y no retiró la mano. Jamás había visto nervioso a Nate. Llegaron poco después al Grand Hotel y el ascensor transparente los llevó hasta el ático. Nate la llevó a la terraza, donde había una mesa puesta para dos con una vista de París de fondo. Mina se sentó en unos de los sofás de la zona de estar y miró el rostro tenso de su marido.

–¿Qué has querido decir con «repetir esto desde el principio»?

Él se sentó a su lado.

–Te olvidas de «la verdad pura y dura».

–Nate…

–Cuando tenía cinco años, le pregunté a mi madre por qué no tenía un padre, como los demás niños que conocía. Ella me contestó que el mío tenía otra familia, que me quería mucho, pero que no podía ocuparse de nosotros dos. Lo acepté con la inocencia de un niño de cinco años, pero no dejaba de preguntar cuándo iba a ir a visitarnos. Él nunca nos visitó y dejé de preguntarlo. La primera vez que lo vi fue la noche que mi madre me llevó a casa de mi padre. Estaba nervioso y emocionado, tenía curiosidad. Tenía una imagen de él, hasta que abrió la puerta, nos miró a mi madre y a mí y nos dijo que nos marcháramos –ella entrelazó los dedos con los de él–. Mi madre le rogó que le escuchara, que nos ayudara. Él le dijo que dejara de mentir, que era una ramera que quería que le diera dinero por un hijo que no era suyo.

–¿Cómo pudo hacer eso? –preguntó ella con la boca abierta.

–No estaba en sus cabales. Anna fue a la puerta y se organizó un jaleo tremendo. Mi madre se asustó y nos fuimos a casa. Me acuerdo que pensé si estaba mintiendo él o si mi madre me habría mentido a mí. Me acostó y oí que lloraba. Me dolió tanto que decidí dormirme. Me desperté en plena noche con la cama llena de vómito –ella le apretó la mano con fuerza–. No estoy contándotelo para darte pena, estoy contándotelo porque esa noche vi que mi madre, la persona más fuerte que conozco, se moría. Trabajó en dos empleos para llevar comida y mantuvo la familia unida, pero no volvió a ser la misma persona después de aquello. Ella todavía lo amaba.

–Y decidiste que nunca serías tan vulnerable a una mujer.

–A nadie. Me fui del colegio y me metí en una pandilla callejera. Iba por el mal camino cuando apareció Alex y me encontró. Tuve la oportunidad de elegir el camino y, afortunadamente, tuve a Giovanni para que me guiara. Canalicé en mi profesión la obsesión para demostrar que mi padre estaba equivocado. Llegaría tan alto que nadie podría desdeñarme. Sin embargo, el primer año en la naviera Di Sione fue complicado. Me encontraba fuera de lugar, en un mundo desconocido. Alex y yo parecíamos cortados por el mismo patrón. Naturalmente, no vivíamos en los mismos mundos, pero los dos luchábamos contra nuestros pasados, éramos como animales heridos que intentábamos ser guerreros. Una noche le propuse salir a tomar una cerveza y él me miró como si fuese escoria –Nate sacudió la cabeza–. No fue culpa suya. Giovanni nos había puesto en una situación incómoda, a mí me había ascendido en la empresa y había dejado que él subiera peldaño a peldaño.

Además, Alex tenía remordimientos por no haber dicho nada sobre mi existencia. Había mucho mar de fondo en nuestra relación.

–Pero yo no debería haberte presionado cuando no sabía toda la historia.

–Hiciste bien al presionarme. Llamé a Alex y tomamos una copa. No es que sea perfecto, pero es un primer paso.

Mina notó que le escocían los ojos y Nate le pasó un pulgar por la mejilla.

–He rehuido lo que hay entre nosotros porque hiciste que deseara lo que me había dicho a mí mismo que era imposible; tú, una relación con mis hermanos, todo lo que ya había aceptado que no tendría nunca. Tú querías ser una gladiadora y luchar por lo que querías, pero yo no.

–Tú has sido quien me ha dado eso –replicó ella mientras le caía una lágrima por la mejilla.

–No –él volvió a secarle la lágrima con el pulgar–. Tu fuerza sale de dentro de ti. Eres una superviviente y has decidido dejar atrás el pasado. Yo solo te enseñé a utilizarla. Yo, en cambio, utilicé mi pasado como una excusa para no hacer nada. Me negué a creer en el amor porque amar, hacerte vulnerable, solo había sido motivo de dolor en mi vida. Me convencí de que lo que sentía por ti solo era instinto de protección porque reconocerme que te quería significaba dejarte ver esa parte rota y vacía que no había dejado ver a nadie, esa parte que me daba miedo que rechazaras.

A ella se le nubló la visión y empezó a llorar como una Magdalena.

–Todos estamos rotos, Nate, todos y cada uno. Lo que importa es lo que hacemos cuando lo sabemos.

–Es verdad. Fui a hablar con Alex porque ser padre me aterra. No tengo un ejemplo a seguir, no tenía ni idea de qué padre era mi propio padre. No sirvió de gran cosa porque, al parecer, no era un padre en absoluto. Sin embargo, sí sé que quiero ser un padre para nuestro hijo, que haré todo lo que pueda.

Ella tragó saliva y pensó que había interpretado muy mal su miedo.

–¿Crees que yo no estoy asustada? ¿Crees que no me pregunto lo mismo con una madre como la mía?

Él la agarró y la sentó sobre sus rodillas.

–Serás una gran madre por tu pasado, no a pesar de él. Has aprovechado las complicaciones de tu vida para ser más fuerte, no más débil, y le darás esa fortaleza de espíritu a nuestro hijo.

–¿Y qué pasa con tu necesidad de libertad? –ella le acarició el

mentón–. A lo mejor acabas odiándonos al bebé y a mí y quieres recuperar tu vida.

–Eso no pasará –replicó él con la mirada velada–. Esta semana no he dormido ni comido porque tú no estabas ahí. Te necesito en mi vida, Mina.

Ella le pasó un dedo por la pechera de la camisa.

–Me he dado cuenta de que te falta un botón. Estás un poco desaliñado.

Él no hizo caso de la provocación y le levantó la barbilla con un dedo.

–Ya sabes la verdad sin tapujos. Dime si sigues queriéndome, Mina, porque si dices que sí, esta vez será para siempre.

–¿Acaso tienes que preguntarlo? Tu lado humano te hace más atractivo, Nate Brunswick. Además, ya empecé a enamorarme de ti la primera vez que te vi.

–Estabas ridículamente sexy con el uniforme de doncella.

–Y tú estabas muy, muy indecente.

Nate la besó en los labios.

–Te encantó hasta el último minuto.

–Sí, es verdad.

Volvió a besarla. Fue un beso largo y lento que rubricó las promesas que se habían hecho bajo el cielo estrellado de París. Los dos dejarían atrás sus pasados y agarrarían con las dos manos esa posibilidad de ser felices. Eran dos supervivientes que habían aprendido que el destino no estaba escrito, sino que dependía de las decisiones que tomaran.

Mina le rodeó el cuello con los brazos, le devolvió el beso y pensó que Nate había tenido mucha razón. Al fin y al cabo, era una gladiadora y la fe era un requisito.

Epílogo

Nueva York nueve meses después

La catedral de la parte oeste de Manhattan resplandecía por la luz del atardecer que entraba por las vidrieras. Resplandecía casi tanto como Mina mientras Nate le ponía un anillo con un diamante para que acompañara al anillo que le había puesto hacía un año en Palermo, en un día tumultuoso y lleno de emociones que les había cambiado las vidas. Esa vez, cuando levantó la cara para que le diera un beso, no estaba nerviosa, no tenía dudas sobre el porvenir, solo sentía la hormigueo que le producía el beso de su marido, un hormigueo que no iba a desaparecer jamás.

–¿Te parece suficiente camino de rosas? –murmuró Nate sin separar los labios de los de ella.

–Sí –contestó ella mientras se ponía de puntillas para besarlo.

El sacerdote tosió cuando esa muestra de afecto se alargó un poco demasiado. Nate apartó la cabeza con un brillo burlón en los ojos. Mina retrocedió casi sin poder contener el resplandor que sentía por dentro. La ceremonia terminó, Natalia le devolvió a Giovanni Vincenzo Brunswick, de dos meses, y recorrieron el pasillo hacia la puerta. La familia Di Sione los miró con satisfacción desde la izquierda. Había sido una proeza reunirlos a todos en el mismo sitio. La madre de Mina, su abuela, algunos primos y Celia estaban sentados a la derecha.

Luego se celebró una recepción en la finca de los Brunswick en Westchester. Una finca con amplios jardines donde el pequeño Giovanni podría jugar algún día y con un estanque con peces que le encantaba a Mina. Se bebió mucho vino y las risas retumbaron por los jardines mientras los Di Sione y los Mastrantino se mezclaban. Su madre, afortunadamente, se portó ejemplarmente.

A Mina se le encogió el corazón al ver a su marido con sus medio hermanos. Había bajado la guardia y había entablado una relación más profunda con todos ellos, sobre todo, con Alex, quien tenía un carácter muy parecido al de Nate. La fiesta duró hasta las tantas, hasta que su marido dirigió algunas miradas ceñudas a los invitados, quienes se montaron en sus coches y ellos pudieron entrar para relevar a la niñera de sus obligaciones. Giovanni estaba profundamente dormido con un puño metido en la boca. Nate le

pasó un dedo por la mejilla con un brillo en los ojos que decía todo lo que no podía expresar con palabras. Algunas veces se quedaba mirándolo, como si estuviera fascinado, hasta que Mina lo llamaba para que se acostara. Sin embargo, esa noche no lo hizo.

–Creía que no iban a marcharse nunca –gruñó él mientras apagaba la luz y salía de la habitación con ella.

–Estaban pasándolo bien.

Mina se quitó los zapatos con los pies y se le aceleró el corazón cuando vio la expresión de avidez de su marido. Se acercó a él y se puso de espaldas para que le bajara la cremallera del vestido. Él se la bajó mientras le recorría el hombro con la boca.

–¿Estás agotada?

Normalmente, lo estaba. Quería ser una madre que se ocupaba de su hijo a pesar del puesto que tenía en el departamento de marketing de Brunswick Developments. Eso había significado que había caído rendida en la cama durante las últimas semanas, desde que volvió a trabajar. Por fin el médico les permitió… intimar otra vez. Algo que había sido complicado cuando Nate no se caracterizaba por la paciencia precisamente. Se dio la vuelta y se encontró con la mirada de avidez de su marido.

–No.

–Perfecto –él le quitó el vestido de los hombros y dejó que cayera al suelo–. Porque necesito aliviarme.

–¿Es una petición? –preguntó ella con una llamarada en las entrañas.

–Esta vez, no.

Él bajó la mano entre sus muslos para buscar su rincón más íntimo. Mina echó la cabeza hacia atrás mientras la acariciaba de esa forma que la volvía loca.

–Ha sido demasiado tiempo –susurró ella.

–Eso es decir poco.

La tomó en brazos y se tumbó en la cama con ella a horcajadas sobre sus caderas. La miró a los ojos, le agarró una mano y se la llevó a la cremallera que cubría la protuberancia que había debajo de los pantalones.

–Nate… –murmuró ella captando el apremio palpitante de él.

–Es inmoral, lo sé, pero hazlo en cualquier caso.

Ella le bajó la cremallera y, completamente vestido, lo montó hasta el final.

–Te amo –murmuró él cuando tomaron aire por fin–. Incluso más que antes.

–Me alegro porque has prometido que será para siempre –replicó

ella con el corazón derretido.

Él le tomó una mano y le besó el dorso.

–Siempre cumplo mis promesas, *signora* Brunswick.